COLECCIÓN
PASADO
IMPERFECTO

VALIENTES

Hernán Brienza

Crónicas de coraje y patriotismo en la Argentina del siglo XIX



SEGUNDA EDICIÓN VALIENTES

MAREA EDITORIAL

COLECCIÓN
PASADO
IMPERFECTO

VALIENTES

Hernán Brienza

Crónicas de coraje
y patriotismo
en la Argentina
del siglo XIX



SEGUNDA EDICIÓN
VALIENTES

MAREA
EDITORIAL

Hernán Brienza

VALIENTES

Crónicas de coraje y patriotismo

en la Argentina del siglo XIX

MAREA

Diseño de tapa y de la colección: Gaby Feldman

Edición: Constanza Brunet

Asistencia de edición: Virginia Ruano

Corrección: Marisa Corgatelli

Agradecemos a José Massaroli la gentil autorización

para reproducir la ilustración de tapa.

© 2010 Hernán Brienza

hbrienza@editorialmarea.com.ar

© 2010 Editorial Marea S.R.L.

Pico 1850 (1429EFD) Ciudad de Buenos Aires

Tel.: +5411 4703-0464

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN: 978-987-1307-36-4

Impreso en la Argentina

Depositado de acuerdo a la Ley 11.733

Todos los derechos reservados.

1ª edición: Octubre de 2010

1ª reimpresión: Junio de 2011

A Laura.

A mi familia en su máxima expresión y comprensión.

A los amigos: los viejos, los nuevos, los olvidados,
los renovados, los persistentes.

A la extensa lista de héroes olvidados a lo largo de
estos doscientos años de historia. Porque ellos fueron
como nosotros.

A todos aquellos que sienten esa furibunda insistencia
de querer esta patria tantas veces demolida y tantas veces
levantada.

A los que la pelean con valor y honestidad, estén en la

trinchera que sea: la de este lado, la de enfrente, la de arriba

o la de abajo,

y a los que la pelean sin trincheras.

Capítulo 1

No hay más macho que la gata

Martina Chapanay

Lagunera fue, sí señor

hija del cacique Juan Chapanay y

de la Teodora, la

que el huarpe añora en

el alma nuestra debe perdurar.

Lagunera fue, sí señor

heroína fuerte cual ñandubay

la que el huarpe añora

en el alma nuestra debe perdurar.

Fue Martina Chapanay

la nobleza del lugar

cuyanita buena de cara morena

valiente y serena

no te han de olvidar.

La Martina Chapanay, cueca,

Hilario Cuadros

I

—Irrazábal... La Martina dice que lo anda buscando.

Pablo Irrazábal guardó silencio. Apuró el trago de caña y miró al pulpero. Hizo un chasquido con la boca y preguntó:

—¿Y para qué me anda buscando, la Martina esa?

—Para ajustarle la muerte del Chacho, Irrazábal...

El hombre achinó los ojos y recordó. Hace años que lo venían persiguiendo los signos de una felonía. Él, que había sido el terror y la muerte, ahora temía la venganza de un fantasma.

II

Año 1863. La sombra del Chacho Ángel Vicente Peñaloza recorre los llanos riojanos tras el desastre de Los Gigantes. Hasta allí lo persiguen las tropas nacionales que el presidente Bartolomé Mitre envió para someter a todos los caudillos federales. En San Juan la cara fiera del Ejército es Domingo Sarmiento, quien sostiene que no hay que ahorrar sangre de gauchos porque es el mejor abono para estas tierras. Detrás de los pasos del Chacho va el coronel Irrazábal, el chacal que bajo las órdenes del coronel oriental Venancio Flores ejecutó a 400 prisioneros en la Cañada de Gómez. El caudillo riojano llega al pequeño pueblo

de Olta y se dirige a la casa de su amigo Felipe Oros. Tiene setenta años y en la casa están también su mujer y su hijo adoptivo.

Irrazábal no sabe dónde está el Chacho. Pero utiliza el método habitual en los civilizadores para averiguarlo: la tortura. Detiene a siete partidarios del caudillo y los somete durante días al cepo colombiano, que consiste en un artefacto que se coloca en los tobillos y las muñecas y mantiene a la víctima en cuclillas acalambrando todos los músculos del cuerpo. Seis resisten el dolor hasta la muerte, el séptimo canta el lugar donde está Peñaloza.

El comandante Vera llega a la casa de los Oros y pide parlamentar con Peñaloza. El Chacho, que ya había firmado una tregua, entrega su puñal y está intercambiando pareceres con su adversario cuando un alboroto en la entrada de la finca llama la atención de todos. Enceguecido, Irrazábal grita: “¿Quién es el bandido del Chacho?”. Pregunta que, digno, el Chacho responde: “Yo soy el general Peñaloza, ¡pero no soy ningún bandido!”. Sin perder tiempo el coronel unitario toma una tacuara y la clava en el vientre del caudillo federal. La sangre mana generosa, como espantados los gritos de su mujer y sus gauchos. Irrazábal ordena: “Acribíllenlos”. Y una marejada de plomo se descarga contra Peñaloza y sus seguidores. Como era costumbre de la época, el feroz militar manda cortar la cabeza del anciano y colocarla en una pica en la Plaza Mayor de Olta, para que todos los gauchos retobados supieran lo que les esperaba si seguían la huella de su líder. Para culminar el rito macabro, obliga a la mujer del Chacho a barrer la plaza todos los días que tendrían que pasar para que la cabeza de su marido se corrompiera en la punta de la lanza.

III

Martina Chapanay, la mujer que nació entre los pantanales, había peleado al lado del Chacho Peñaloza. Y también había combatido a la derecha del otro gran caudillo riojano, el indómito Facundo Quiroga. Por eso cuando se enteró de cómo había sido asesinado el general de la Confederación juró vengar a su jefe: buscaría al asesino por toda lo provincia hasta hacerle justicia. Y, finalmente, lo encontraría.

IV

Hija del cacique huarpe Ambrosio Chapanay y de la huinca Mercedes González, Martina nació en 1800 entre los pantanos de Guanacache. De niña descubrió que la vida le iba a ser difícil. A los trece años murió su madre y su padre la envió a San Juan a educarse y formarse con Clara Sánchez. Pero la adolescente ya llevaba adentro el germen de su destino: sabía montar, pelear, lacear y era hábil con el uso de las armas. La ciudad, entonces, se convirtió en una cárcel para ella, y la impiadosa disciplina de su tutora, en un régimen de opresión para ese espíritu libre.

No tardó mucho la chica en escaparse de San Juan y refugiarse en el monte junto con un gaucho malo conocido como Cruz Cuero. Difícil es rastrear el momento en que se conocieron. Una primera versión supone que se vieron por primera vez en la casa de Sánchez. Él era un bandido que recién empezaba y que bajaba a la ciudad para elegir sus próximos golpes. Ella una muchacha que se enamoró del malevo y que supo que la única forma de liberarse era ir tras de ese hombre brutal y de “mala vida”. Pero Martina no le iba a la saga en bravura. Una noche, daga en mano, le indicó cuál habría de ser la nueva regla del juego: lo robado sería para los pobres.

Otra es la versión que más nos gusta —aunque inverosímil— para agregarle un poco más de romanticismo a esta historia de bandidos. Martina se había escapado sola de la ciudad y había armado su propia banda cuando el gaucho malo, que asolaba la zona de Medanales (hoy Lavalle), se le acercó y le dijo:

—Sé de tu fama y vengo a buscarte...

La piba no dudó. Ligera sacó de entre sus ropas de gaucho su faca y le encajó un planazo en la cara y, segundos después, Cruz sintió la convincente punta del hierro en el vientre. El hombre logró zafar y desde lejos y entre carcajadas le gritó:

—Pará la mano, Martina, que solo quería que arrimáramos, para vivir juntos.

Brava, indómita, altiva, la Chapanay, que era dueña de su cuerpo y de su gozo, contestó desafiante mientras guardaba su puñal:

—Entonces, habrá que pensarlo...

V

Imaginemos a Martina. Los libros nos dan algunas señales:

· Era mestiza, de piel cobriza y ojos negros. De pelo lacio, negro, como las crines de un caballo azabache.

· Era delgada y fibrosa. Fuerte y ágil, de pechos turgentes y brazos magros. Con piernas ligeras, escuetas, pero duras, envolventes.

· Era bonita. Pero con la belleza de esas mujeres ariscas, desobedientes, lejanas. Seguramente generaba el deseo entre los hombres porque era dueña de su sexo y ejercía esa potestad. Porque tomaba al hombre que quería y era imposible que uno llegara a acostarse con Martina sin la decisión de ella, cosa nada frecuente en ese tiempo.

· Su mirada debería ser hosca, profunda, pero con la belleza de la astucia y la desconfianza. Ojos vivaces, movedizos, con los párpados achinados y pestañas oscuras, lo que reafirmaba su fiereza.

· Vestía de gaucho, con botas de potro, chiripá, cinto de cuero, casaca y poncho. Y llevaba siempre el rebenque en la mano derecha, el facón cruzado en la espalda y el “verijero” escondido entre las ropas del vientre.

· Sabía montar y sabía pelear. Pertenecía al cuerpo de Caballería, el arma más eficaz de las montoneras federales. Cuando no estaba en batalla, muchas veces ni siquiera sacaba su facón y arremetía a puño limpio contra quienes osaban enfrentarla. La mayoría de las veces ganaba las peleas a trompadas limpias.

VI

Muchos sospechan que Cruz Cuero no existió. Que fue solo una leyenda. Otros, en cambio, sostienen que fueron compañeros durante casi una década, que combatieron juntos bajo las órdenes de Quiroga y que en los tiempos libres se dedicaban al bandidaje social, a robar a los ricos por los caminos y repartir el botín entre los pobres de la región. Dicen, incluso, que asaltaban las iglesias para que los cielos hicieran justicia en la tierra. Pero lo que parece cierto es el

recuerdo de las fiestas inolvidables que ofrecían cada vez que cometían un atraco sustancioso en dinero. Los bailes populares, cuentan, duraban varios días y, claro, siempre terminaban cuando los borrachos comenzaban a desconocerse y pelearse entre ellos.

Una versión sostiene que Cruz —vaya la literatura de su nombre— encontró la muerte en la batalla de la Ciudadela de Tucumán, en 1831, esa gran victoria federal que terminó con las andanzas del unitario Gregorio Aráoz de Lamadrid.

Sin embargo hay otra versión de cómo murió el amante de Martina. En uno de los tantos asaltos que la banda produjo en la primera mitad del siglo XIX, los bandidos secuestraron a un extranjero que al primer vistazo excitó a la Chapanay. Esa noche se llevó al prisionero a su lecho y lo amó hasta el agotamiento. Pero por la mañana, Cruz entró en la pieza y los descubrió juntos. Abofeteó a la mujer y con su pistola mató al amante con un disparo certero. Martina, entonces, la mujer a quien nadie le decía qué tenía que hacer con su cuerpo, tomó una lanza tacuara y se la clavó en el pecho a su compañero. En esos segundos interminables en que se apagaron los ojos de Cruz, Martina le dijo con la mirada que no había nacido todavía el hombre que podía ser su dueño.

Martina quedó así como única jefa de la banda. Durante años se dedicó a saquear y repartir el botín entre la gente pobre, defendiendo al paisanaje de las levas unitarias. En los valles y en los llanos se la conocía como la “montonera federala” y ella hacía honor a su apodo montada en su yegua tordilla, con el poncho colorado, sembrando el miedo a los ricos y los unitarios.

Pero cuando cayeron los federales, después del combate de Caseros —3 de febrero de 1852—, y sobre todo después de la caída de la Confederación ante los pies de Bartolomé Mitre en la escandalosa batalla de Pavón —septiembre de 1861—, las cosas comenzaron a complicarse. La llegada del Ejército Nacional a San Juan, comandado por el matagauchos de Domingo Sarmiento, y el terror impuesto por los coroneles orientales —Sandes, Paunero, Flores, Arredondo e Irrazábal, entre otros— empujó a los federales a refugiarse en las montañas. Perdido, el Chacho Peñaloza comprendió que no tenía más salida que firmar la paz. E iba camino a firmar la tregua cuando fue asesinado cobardemente por Irrazábal.

VII

Martina había quedado sola de toda soledad. Nazario Benavídez había sido asesinado por los unitarios. Lo mismo había ocurrido con el Chacho Peñaloza. Acorralada en las montañas, con una compañía de apenas 200 montoneros, decidió negociar con el nuevo poder que surgía de Buenos Aires. A cambio de la paz logró un indulto y el grado de sargento mayor del Ejército Nacional. No era la utopía federal, pero tampoco era la muerte. Y permitía ganar tiempo hasta que los vientos políticos cambiaran. Los vientos, claro, no cambiaron durante más de medio siglo.

Pero Martina pudo reivindicar a su líder asesinado. Porque hay muchas formas de vengar a un muerto. La más sencilla, la más torpe, es matar a hierro al que a hierro mató. Hay formas más sublimes. La Chapanay, sin quererlo, contra su voluntad, incluso, fue más sutil, aplicó una justicia menos primitiva.

Fue una noche de fiesta. En un baile ofrecido a la soldadesca en la ciudad de San Juan. Martina tomaba y bailaba, se reía, elegía los cuerpos, las miradas, observaba a esos hombres curtidos por la guerra, por el crimen, familiarizados con la muerte. Porque es en esas parrandas entre hombres y mujeres que matan donde se festeja con mayor alegría la vida. Porque la risa, el alcohol, el sexo son quizás los mejores aliados contra el horror y la angustia. Bailaba la federala una cuequita en el centro del salón cuando lo vio. Allí estaba él; morochazo, de ojos como la noche sin luna, con el pelo encrespado y graso, sonriente con una mueca de hiena. Feo hombre era Pablo Irrazábal, el asesino de Peñaloza.

No dudó, Martina. Y le envió sus padrinos para desafiarlo a duelo. Quería vengar el asesinato de su líder. El coronel apenas miró a los enviados: “Dígale a esa que Irrazábal no se bate con ladrones”. La mujer, ya entrada en años, con las canas cubriendo su cabeza, se abrió paso entre la gente. Se hizo un silencio duro, quejoso. Y Martina atacó: “Yo jamás me he quedado con lo que no es mío, siempre se lo di a los pobres”. Irrazábal la miró con desprecio y contestó: “Siendo así las cosas, y como soy el ofendido, tengo derecho a elegir las armas”. Dura como era esta mujer de cien batallas, retrucó: “La ofendida soy yo, pero lo dejo elegir a usted para que sepa que la vengadora del Chacho no es ninguna cagona”. Los duelistas, entonces, coincidieron que el desafío iba ser a sables y a muerte.

Irrazábal debe haber soñado con Peñaloza la noche antes del duelo. O su

fantasma se le debe haber presentado entre las penumbras de su habitación. Tal vez, solo ocurrió que cuando se despertó intuyó que esa iba a ser su última mañana. Lo cierto es que a la hora señalada para el duelo, las manos le temblaban y un sudor frío nacía en su nuca y le recorría la espalda. La Chapanay, en cambio, estaba valerosa. Tiraba estocadas y mandoblazos al aire para atemperar el brazo. Y cuando el brutal general Arredondo dio la señal para iniciar el lance, Martina miró implacable a su enemigo y ella, que era mujer, le gritó:

—¡Defendete, hijo de puta, porque te voy a matar, y te voy a matar como matan los hombres, no como vos mataste al Chacho!

Nadie sabe qué ocurrió exactamente en ese momento en la cabeza de Irrazábal. Nadie sabe si fueron los ojos de la muerte, la voz contundente de Martina o el nombre asesinado lo que quebró la voluntad del chacal. Su rostro empalideció, comenzó a sudar frío, sintió que flaqueaban sus piernas y que sus tripas se revolvían. Ante la primera estocada de la Chapanay, su mano soltó el sable y echó su cuerpo hacia atrás, como mareado. Se hizo un silencio ruin, burlón, quebrado apenas por las risas chuscas. Irrazábal, el brutal coronel, el asesino implacable, el que supo sembrar el miedo, retrocedía como un chico avergonzado. Martina comenzó a reírse a carcajadas. Los cronistas escribieron: “El coronel se retiró del lugar víctima de un ataque de nervios”. La verdad era otra. Irrazábal, literalmente, se había cagado en la patas.

VIII

Se vuelve de cualquier lado excepto del ridículo, dice la sabiduría popular. Por eso Irrazábal no pudo volver a pisar la provincia de San Juan y fue trasladado a otro destino. Martina volvió al valle. La Policía la dejó en paz. Y ella se ganó la vida en sus últimos años como rastreadora y baqueana. Murió en 1874, en Mogna, una aldea al sur de Jachal. Algunos dicen que por el veneno de una serpiente. Nos gusta creer en la otra versión. La que refiere que Martina murió a los 74 años por la mordedura de un puma que había cazado con sus boleadoras.

Capítulo 2

Un manto de neblinas

Antonio el Gaucho Rivero

Cifras rojas de los aniversarios,

pompas de mármol, arduos monumentos,

pompas de la palabra, parlamentos,

centenarios y sesquicentenarios,

son la ceniza apenas, la soflama

de los vestigios de una antigua llama.

“Elegía de la Patria”,

Jorge Luis Borges

Su nombre tiene los resabios del gusto a tierra del río Uruguay. Dicen quienes lo recuerdan que nació en ese caserío que ya no se llama Arroyo de la China cuando el año ocho amanecía. Sostienen también que en esos campos irregulares, victimizados por las crecientes inesperadas, se hizo diestro con el puñal; que allí aprendió a lacear, a domar, y a bolear animales. Y allí aprendió también a hundir el acero en la carne. No mucho más se sabe de él pero se intuyen su barba oscura, sus ojos indómitos, su coraje —apenas como unas ganas de matar— y las geografías de su destino: las islas del sur, la babilónica Londres y el promontorio de Obligado. Pocos sabían su nombre verdadero, Antonio, se llamaba. Quienes lo conocieron le decían, por su condición de pobre, el Gaucho Rivero. Y fue el hombre que, una mañana de agosto de 1833, les arrebató las islas Malvinas a los ingleses a fuerza de cuchillo e hizo que flameara la bandera azul y blanca en ese sur, que muchos pretendían que fuera de todos y ahora es de otros.

Rivero —dejaré el nombre de Gaucho para quienes lo conocieron— llegó a las islas en 1827 acompañando a Luis Vernet, un hombre de negocios que años después sería gobernador de las islas. No contaba con veinte años cuando sintió bajo sus pies la tosca, esa tierra húmeda, movediza, resbaladiza y fría característica de las islas. Ni cuando sintió el aire helado invadir sus fosas nasales e interrumpirle el pecho. Conocía el mar pero no sabía de la inmensa soledad de las islas. Eran un puñado de hombres los que viajaban con él. Apenas veinte o treinta, muchos peones como él, y alguno que otro hombre de negocios que soñaba como el Sancho Panza del Quijote con tener una isla propia.

Fueron tiempos duros. Rivero, por esos años, conoció el dolor en las manos en invierno, la sequedad de la mirada por el incontrolable viento y el silencio que apenas quebraban los peones que, como él, vivían emponchados para combatir el invierno. Gustaba de conversar con “Brassido, Juan” y con “Luna, José María”, gauchos también, hombres de a caballo en tierras de mar.

La frialdad de las fechas relata que en 1829 Vernet recibió el cargo oficial de comandante político y militar de las islas Malvinas. Y que el primer conflicto internacional lo protagonizó en agosto de 1831 al apresar a tres goletas balleneras estadounidenses que navegaban ilegalmente en aguas argentinas. Vernet parlamentó con los tres capitanes piratas y acordó viajar a Buenos Aires para iniciar un proceso en su contra. Llegados a la metrópoli, el representante de los Estados Unidos negó los cargos y ordenó al buque de guerra Lexington

atacar las islas en represalia. Presurosa, la nave se dirigió al Sur y, tras cañonear las defensas de las islas y encarcelar a sus habitantes, se apoderó de la plaza y su capitán pronunció una frase muy significativa: “Estas islas pertenecen al mundo”. Rivero, Brassido, Luna, entre otros, se escaparon al interior de la isla y vivieron ese período de ocupación como fugitivos, esperando que los yanquis decidieran abandonar las islas, cosa que los invasores hicieron un mes después.

Durante dos años, los habitantes de las islas se dedicaron a recomponer los destrozos hechos por los estadounidenses y a fortalecer las defensas de la isla. Vernet, desde Buenos Aires, le ordenó al sargento mayor de Artillería, Francisco Mestivier, que restableciera el orden en Puerto Soledad. Poco duró la quietud.

Hacia fines de 1832, un motín acabó con la vida del artillero y la isla quedó al mando del teniente coronel de Marina José María Pinedo. Pero unos meses después, en enero de 1833, la corbeta inglesa Clío quebró el horizonte y comenzó a acercarse por esos revoltosos mares del Sur hacia las islas. Rivero y los suyos la vieron acercarse con desconfianza. Y sus presagios se cumplieron.

El capitán John James Onslow puso pie firme en Soledad el 3 de enero de 1833 ante la pasividad de Pinedo y los suyos. Dominada la situación, arrió el pabellón azul y blanco —la bandera nacional por aquellas épocas no era celeste sino color azul profundo— e izó el trapo británico que aún hoy flamea en las islas. Vernet, que estaba en Buenos Aires, mandó rápidamente su renuncia como comandante de las islas. Pinedo, un hombre de mano lenta para la guerra y ligera para las renuncias, ordenó a sus soldados recoger los pertrechos y partió en la goleta Sarandí rumbo a tierra confederada. De esa manera, cuenta la historia verdadera, la de los libros polvorientos, los ingleses se adueñaron de las Malvinas.

Onslow no tenía la intención de quedarse a vivir en las furibundas islas del sur. Por eso nombró al inglés Matthew Brisbane y al francés Jean Simon, el siempre relegado capataz de Vernet, como autoridades máximas de la isla, y al irlandés William Dickson, administrador y almacenero oficial, el segundo cargo en importancia. El inglés había dado libertad de acción a sus delegados con la única condición de que en el mástil principal de Puerto Soledad flameara siempre la bandera de las tres cruces.

Pero la libertad en mano de los capataces significó poco más que la esclavitud para los gauchos. Las condiciones de trabajo se hicieron más duras:

quedó prohibido para el gauchaje alimentarse de animales dóciles como las ovejas; y el jornal comenzó a pagarse con vales emitidos por Simon —pesos malvineros— que ni siquiera Dickson aceptaba en el único almacén de Puerto Soledad. Y como si esto fuera poco, debían soportar la bandera de los invasores danzando al compás del enrevesado viento isleño.

Masticaba odio Rivero mientras comía la testaruda carne de un animal salvaje o cuando recibía el desprecio del almacenero. Y comprendió que esa bandera era la causa de sus males, comprendió que la amistad del francés y el gringo con los nuevos dueños de la tierra iba contra sus principios. Primero habló con Brassido y Luna. Hubo un acuerdo, una alianza intuitiva contra los nuevos dueños del poder. Comenzaron a reunirse en las afueras del pueblo y, entre mateadas y fogones, mientras se alimentaban de animales cimarrones, llegaron a una conclusión: había que terminar con la justicia de los ingleses. El fuego le daba al rostro del Gaucho una tonalidad fiera, quizás el anaranjado pegado a los dientes o el rojo chispeante en los ojos. Rivero, acostumbrado a matar fieras, se inició en la idea de matar cristianos. Brassido y Luna asintieron.

Comenzaron a reunir armas y a reclutar a los indios agauchados: González, Manuel; Flores, Luciano; Zalazar, Felipe; Latorre, Marcos y Godoy, Manuel son los nombres que figuran en el frío expediente que celosamente se guarda en Londres.

La furia estalló la madrugada del 26 de agosto. Rivero entró en la casa de Simon puñal en mano e hizo lo que sabía hacer: degollar. Y vindicó su destreza con el francés que apenas había abierto los ojos en su cama caliente. La carne cedió al acero y la sangre brotó como una revelación que no fue la única en esa helada madrugada roja. Brassido, Luna y los suyos desataron el horror en las calles de Soledad. Otros cuatro hombres conocieron la muerte esa mañana: Brisbane, el egoísta y expoliador Dickson, Ventura Pasos y un alemán de apellido Wagner.

Aquietado el músculo asesino, Rivero reunió a los suyos en la plaza de Soledad y replegó la bandera enemiga. No lo dicen las letras frías del expediente ni de la historia, pero la tradición oral asegura que se improvisó allí una bandera azul y blanca que fue, quizás, el pabellón más digno que flameó en esas tierras lejanas.

¿Mató Rivero por amor a la Patria? ¿Fue un héroe o un simple delincuente?

¿O acaso en estas tierras, debido a la crueldad de la dominación, la justicia sea negra y barbárica? Nos gusta creer que sí, que Rivero fue un patriota, sucio y brutal, es cierto, pero un valiente de los nuestros.

Las voces inglesas los acusan de delincuentes, los señalan como “indios y gauchos asesinos”, poco más que animales. Pero la historia argentina tampoco se ha puesto de acuerdo en cómo tratarlos. La academia ha cerrado la discusión creyendo a pie juntillas los expedientes británicos. Para el revisionismo, en cambio, Rivero fue el primer defensor de la soberanía nacional en las islas Malvinas. Me gusta la explicación del historiador marxista Eric Hobsbawm, que escribió sobre los bandidos sociales —los Robin Hood que el pueblo admira— como personajes rurales que buscan “corregir los abusos” mediante una “justa venganza”, y los consideró una forma “primitiva de protesta”. Quizás, sin saberlo a ciencia cierta, el Gaucho hizo patria, así, en minúscula, sin la pompa ni el mármol de los grandes generales, pero con la segura certeza del hierro popular.

Poco duró la bandera azul y blanca en Soledad. En enero de 1834 el buque Challenger y la embarcación Hopeful tocaron costa malvinense. De su vientre descendió una partida fuertemente armada que puso en fuga a Rivero y los suyos. La veintena de habitantes de la isla fue testigo de cómo los nuevos invasores, al mando del teniente Henry Smith, arriaron el casero pabellón argentino e izaron la prolija bandera británica.

Desde los cerros el gauchaje malo decidió presentar batalla a su manera, atacando inesperadamente a las patrullas que iban en su búsqueda: una mínima guerra de guerrillas que concluyó cuando Luna cayó detenido y traicionó a los suyos. Los británicos irrumpieron en la guarida de los criollos y los apresaron el 18 de marzo sin que éstos pudieran siquiera defenderse. Hambrientos, muertos de frío, delgados, fueron engrillados y alojados en los calabozos de la alcaldía. Unos días después los cinco detenidos fueron embarcados en la nave Talbot rumbo a Londres.

El juicio militar a Rivero y los suyos fue una farsa. La acusación de traición a la Corona Británica fue desestimada de inmediato por la sencilla razón de que ninguno de ellos se había reconocido como súbdito de su Majestad. Los gauchos fueron mostrados como animales de circo y los fiscales, incluso, dudaron de su condición de seres humanos. El cautiverio en territorio enemigo duró prácticamente un año. En 1835, Rivero y los suyos fueron embarcados rumbo a

Buenos Aires.

Culpa de los caprichos de la memoria colectiva, la vida de Rivero se ha perdido por completo. Nada se sabe de los caminos que recorrió hasta el día de su muerte. Nadie conoce qué fue de su mano diestra para matar, de su habilidad para atrapar animales cimarrones, ni de su bravura. Alguien —la cita no es fidedigna— lo supo miliciano del poderoso Ejército Confederado en tiempos de Juan Manuel de Rosas. Y no falta quien asegura que perteneció a la temida mazorca, dirigida por Ciriaco Cuitiño y Leandro Alén. Cierta, en cambio, es la fecha y la circunstancia de su muerte.

Dicen que los ingleses eran los dueños de su destino. Aquellos que lo quisieron ajusticiar en las islas lejanas del Sur, los que quisieron colgarlo por traidor a la Corona en esa otra isla chúcara, los que estuvieron allí, demorados en el Paraná por las cadenas del general Lucio Mansilla. Porque fue justamente allí, en la Vuelta de Obligado, ese heroico 20 de noviembre del 45, donde el Gaucho Antonio Rivero encontró el final de agua y de fuego que toda la vida lo anduvo buscando.

Capítulo 3

La vertical del madero

Bartolomé Mitre

—¡Cuidado deberías tener de tus palabras, hijo de loba! ¿O no sabes con quién estás hablando? —respondió airado el general cartaginés Asdrúbal Ben Barkha, llevando amenazadoramente la mano izquierda al pomo de su pesada espada de bronce templado.

—La vida es breve y hay que honrarla, por tanto, no me metes miedo, amo de un ejército de esclavos —replicó Regulus altivo—. He de saber morir como un romano, si se da la ocasión, y de seguro se dará, porque abogaré por el rechazo a tu pérfida oferta, más producto de vuestra debilidad, que de vuestra magnanimidad y buena fe.

Regulus,

Chester Swann

I

Odio a Mitre.

Y, en realidad, en este capítulo voy por el desquite.

Voy a contar una historia de resistencia.

Como si se tratara de un juego de espejos enfrentados yo, que escribo historias argentinas, busco al hombre que inventó la historia argentina, al hombre que más resistí desde que leí el primer libro. Tengo un problema con Bartolomé Mitre. Lo odio y lo repudio profundamente.

Pero al mismo tiempo hay algo en su vida que me inspira respeto.

Hay en su juventud cierto espíritu garibaldino, cierto romanticismo importado y creído que me producen piedad, ternura, admiración. Es un jovencito engreído, jugando al héroe unitario, vistiendo a la europea, creyendo que de él depende la suerte de Juan Manuel de Rosas, escribiendo malos versos y malas obras de teatro, paseándose entre las trincheras de Montevideo, seduciendo uruguayas y exiliadas y encontrándose frente a frente con Giuseppe Garibaldi en las fortificaciones durante el sitio que los federales le impusieron a esa ciudad rebelde y que siempre jugó en contra de los grandes proyectos nacionales y populares argentinos.

Pero no es solo ese vano jugueteo adolescente lo que me genera respeto en Mitre.

Ya sé que quizá Mitre sea el hombre más perjudicial de la historia argentina. Sé que fue un antirrosista fanático, aun cuando Don Juan Manuel le haya salvado la vida de joven. Que fue un militar cruel y sanguinario que mandó fusilar sin juicio previo a decenas de héroes argentinos, entre ellos Gerónimo Costa, de quien hablaremos más adelante, o al Chacho Ángel Vicente Peñaloza (aunque no fuera directamente, él dio la orden a Domingo Sarmiento). Que sus impiadosos coroneles orientales —Ambrosio Sandes, José Miguel Arredondo, Wenceslao Paunero, Ignacio Rivas, Emilio Conesa y Venancio Flores (llamado el “Degollador de Cañada de Gómez” porque en esa localidad hizo pasar por las

armas a cuatrocientos oficiales, suboficiales y soldados que ya se habían rendido)— sembraron el terror en las provincias que se negaban a someterse al poder central de la presidencia mitrista. Que trabó una relación de dependencia con Gran Bretaña de la cual costó casi cien años desembarazarse. Que fue el continuador de la política liberal colonialista de Bernardino Rivadavia. Que sumergió a la Nación en una guerra innecesaria que costó decenas de miles de muertos y que acabó con un país soberano como el Paraguay. Que fundó el diario *La Nación,* tribuna de todas las doctrinas en contra de los intereses de los sectores populares y nacionales. Que escribió la historia oficial a su medida —como hacen todos los historiadores—, pero él pretendió imponerla como si fuera la única científica (como hacen todos los historiadores). Y que, por último, traicionó al radicalismo popular en 1890 cuando cerró filas con Julio Argentino Roca. En síntesis: Mitre es algo así como el personaje más oscuro de la historia argentina.

Sin embargo, no puedo dejar de admirarlo. En un aspecto puramente personal, Mitre lo fue todo. Fue un hacedor. Hizo todo. Mal, pero lo hizo. No es el prototipo del hijo rico que ha nacido para inútil. No. Mitre es ese hombre emprendedor que no duda en realizar cualquier cosa en todo momento. A saber:

Mitre fue un mal poeta, pero fue poeta.

Fue un mal dramaturgo, pero fue dramaturgo.

Fue un mal novelista, pero escribió en prosa.

Fue un mal soldado y peor general, pero fue soldado y general.

Fue un mal presidente de la Nación, pero fue presidente.

Fue un mal historiador, pero fundó la historia oficial y escribió las biografías de José de San Martín y Manuel Belgrano.

Fue un mal periodista, pero fundó el diario *La Nación.*

Fue un mal traductor de *La Divina Comedia,* pero fue el primer argentino que tradujo a Dante Alighieri.

Pocos hombres han hecho tantas cosas en tan poco tiempo. Por eso lo admiro, y mi admiración es, además, mayor causa de odio.

II

No tengo probado que Mitre haya sido un hombre exageradamente valiente. Pero a veces, un gesto, una palabra, una forma de morir, valen toda una vida. Siempre que pienso en la figura del Mitre crepuscular, convertido en un caudillo porteño, lo imagino paseando por las calles de Buenos Aires con manos en los bolsillos y un chambergo negro en la mitad de la frente. Recuerdo haber visto algunas fotos con su frente mancillada, con la marca del valor por encima de las cejas. La historia de ese chambergo se remonta al 2 de junio de 1853, a la batalla del potrero de Langdon, en el sur de la Buenos Aires que todavía se resistía a dejar de ser una aldea.

III

Ese día se enfrentaron porteños y confederados. Buenos Aires era un Estado separado del resto del país y el general Hilario Lagos había decidido sitiar a la ciudad rebelde para someterla a la decisión de la mayoría de las provincias. El conductor de las tropas porteñas era el manco José María Paz —el de las exquisitas memorias— y el por entonces coronel Mitre, el jefe del Estado Mayor.

Apenas despuntó el día, Paz subió a una azotea de San Telmo y, por encima de los techos bajos, comprobó que las fuerzas de la confederación habían ganado territorio en la noche y que habían adelantado sus trincheras hasta el límite de la ciudad, es decir hasta los potreros de Langdon, cerca del Parque Lezama. De inmediato, le impartió la orden a Mitre de ir a repeler el avance enemigo. Y el autor de la novela *Soledad* llegó al lugar minutos después de las ocho de la mañana. Avanzaba a la cabeza de su regimiento —a su lado iba su hermano Emilio— cuando alguien le advirtió que ya estaban al alcance de las balas enemigas. Aparatoso como era, Mitre no le dio importancia al consejo y se dirigió con su tordillo a buscar un buen lugar desde el cual dirigir las acciones. Desde arriba de su caballo comenzó a dar las órdenes cuando la silbatina de las balas enemigas obligaron a los porteños a resguardarse del ataque. En un segundo feroz, Mitre cayó como un cuerpo muerto al suelo. Apenas intentó recuperarse cuando fue rodeado por todos sus ayudantes. Las caras de horror le demostraban que la situación era grave. Sentía la quemazón en la frente, un

puntazo, y la humedad de la sangre que bajaba por su rostro y empapaba su chaqueta. Sus ayudantes —entre ellos Felipe Ezcurra, sobrino de Don Juan Manuel— perdieron la calma e intentaron atenderlo de urgencia.

—No es nada, coronel —le mintió Ezcurra.

—Extraño, teniente, siento como si todavía tuviera el proyectil adentro...

Bartolomé los aventó con las manos y les pidió que lo ayudaran a subir al caballo. Los ayudantes lo miraron anonadados. Seco, pomposo, fanfarrón, con la barba empapada en sangre, el rostro bermejo, les dijo para el bronce:

—Quiero morir de pie, como un romano...

Entonces, puso un pie en el estribo, hizo fuerza para subir a su caballo pero el cuerpo no le respondió y cayó desmayado al suelo por segunda vez. Una vez más se levantó y tuvo tiempo para saludar y arengar a su tropa. Pero hablaba casi en susurros.

En el cuartel de Concepción, le hicieron los primeros auxilios y le diagnosticaron “gravísima fractura del frontal. La masa cerebral está comprimida por el hueso roto. Hay que operar de urgencia”. Para realizar la intervención en un lugar de mayor asepsia lo trasladaron a una casa del barrio de Constitución, hasta donde se acercó el cirujano Hilario Almeyda, quien le extrajo los fragmentos de huesos que se le clavaban a Mitre en el cerebro.

La operación se hizo, como era costumbre en la época, sin anestesia. El sufrimiento debió haber sido insoportable porque a Mitre no le dejó más alternativa que el humor. Con los ojos espantados, desorbitados por el dolor, llegó a decir antes de desmayarse: “Ustedes me tratan peor que el enemigo”.

Hay algo de elegancia y de coraje en la forma en que Mitre encaró su posible muerte. No es un acto. Es una frase, una palabra. Una intención. “Morir como un romano” recuerda a Marco Atilio Régulo, ese general romano que afrontó la tortura y la muerte con un estoicismo sublime frente a los cartaginenses en la Primera Guerra Púnica. Pero en el caso de Bartolomé la suerte también acompaña a su exquisita frase. Salvó su vida gracias a Delfina, su mujer, quien había bordado en el quepis una escarapela que amortiguó el impacto de la bala. Con el tiempo la herida cicatrizó pero la débil capa de piel que quedaba permitía ver los “latidos de la pía mater”, como declaró su médico.

Sobre todo cuando Mitre se enfadaba, cosa que hacía a menudo. Para proteger, entonces, su cerebro, el por entonces coronel usó siempre en público su típico chambergo blando.

IV

Siempre que odio a Mitre pienso en esta escena. Hay algo mágico en ella. Un hombre eligiendo las palabras justas para mirar de frente a la muerte. Y la sospecha de que la historia depende a veces de pequeñas cosas: como de la coquetería de una mujer que cosió con vehemencia una escarapela a un quepis y le salvó la vida a quien una década después sería el primer presidente de la Argentina unificada. Lo que demuestra, también, que el azar o el destino tienen sus caprichos, sin dudas. Odio a Mitre. Pero lo admiro.

Capítulo 4

Tierra ardiente

Juana Azurduy y Manuel Padilla

La luna arde en el cielo / Y yo ardo de amor / El fuego es consumido / Como mi corazón / Mi alma llora / Dolorida / No estoy en paz / qué mala noche / El tiempo pasa pero no amanece / No hay más sol / Si ella no vuelve / Mi tierra está ardiendo / y arde mi corazón / Lo que ella ansía por agua / yo ansío por amor / A quién le canto / mi canción / si no hay nadie / que se asome / en el balcón / La luna arde en el cielo / y yo ardo de amor / El fuego es consumido / como mi corazón...

Arde la tierra, canción popular siciliana cantada por el hijo

de Michael Corleone en el filme *El Padrino III.*

I

El asesino empuñó su sable, levantó de los cabellos la cabeza del moribundo y miró a su alrededor. Se produjo un espeso silencio, el español apoyó el filo sobre la garganta de su víctima y empezó a cortar. La sangre manó serena, sin la fuerza que le imprimía el bombeo del corazón, y manchó las manos del verdugo. El acero entró en la carne e hizo tope con las cervicales, entonces el degollador aumentó la presión y tiró de la cabeza hacia arriba hasta separarla del tronco. Sonrió diabólico y levantó su brazo ensangrentado empuñando el trofeo del enemigo. “Acá tienen a Manuel Ascencio Padilla”, aulló brutal el coronel realista Francisco de Aguilera. Y la soldadesca monárquica estalló en gritos, vivas al Rey e insultos a los republicanos.

La cabeza del caudillo altoperuano tenía la boca y los ojos abiertos. Aguilera la sacudía como poseído, hasta que fijó su mirada en una de las mujeres que estaba cerca del tronco mutilado de Padilla. Se acercó exhibiendo el trofeo de guerra y le dijo: “Tú debes ser Juana Azurduy, a la que llaman la Coronela...”. La mujer intentó negarlo, pero un sablazo seco la decapitó. Mientras la cabeza de la mujer rodaba por la tierra, el asesino pidió una lanza y con sus propias manos clavó la cabeza de Padilla en el extremo. Luego se la entregó a uno de sus ayudantes y ordenó que hicieran lo mismo con el cráneo de la mujer que creía Juana Azurduy. “Clavadlas en la Plaza Mayor de Villar para que todos vean cómo terminan los criminales.”. Se limpió las manos empapadas de sangre y terminó de dar las órdenes para perseguir a las tropas enemigas que se desbandaban después de la batalla de La Laguna, allí arriba, en la profundidad de la América andina. Hacía apenas unas horas que el ejército realista que comandaba había hecho trizas a los republicanos liderados por Padilla y Azurduy.

Pero Juana no había muerto.

Corría el año 1816 y el matrimonio Padilla-Azurduy tenía bajo sus órdenes una tropa de 6.000 hombres con la que habían tomado la histórica ciudad de Chuquisaca, en lo que parecía un golpe letal para los realistas. Todo señalaba que la región pasaba definitivamente a manos de los republicanos, pero en septiembre Aguilera había formado un ejército capaz de enfrentar a los patriotas

en La Laguna. Y allí se dirigió para tentar su suerte con la pólvora y el acero.

El secreto para ganar cualquier batalla está en ocupar la mejor posición en el terreno. Aguilera lo sabía y, por eso, gracias a la traición del guerrillero Mariano Obando, quien le señaló un atajo, pudo madrugar a Padilla y ocupó primero el campo de batalla. Amaneció el 13 de septiembre y ambos ejércitos se encontraron frente a frente. Padilla mandó a su infantería atacar el centro de la formación enemiga y Aguilera dio la orden de esperar y resistir el ataque. Hasta que ordenó avanzar sobre los costados de la infantería criolla, encerrándola, sin permitirle el retroceso ordenado. El combate duró varias horas y fue encarnizado y sangriento. De no ser por la caballería republicana, liderada por Jacinto Cueto, que abrió una brecha en las filas enemigas y les dio la oportunidad a los infantes de retirarse, la masacre se habría adelantado un día.

Padilla, sable en mano, ordenó la retirada al poblado cercano de El Villar, donde lo esperaba Juana, atrincherada con un cañón ligero y la reserva de municiones, acompañada de los lugareños, los hijos desheredados del imperio Inca que la adoraban como a una virgen.

El ejército criollo avanzaba desprolijo hacia el cuartel, cuando Aguilera dio la orden de no darles respiro a los republicanos y los realistas comenzaron la persecución. Confundido, sorprendido, Padilla apenas pudo abrazar a su mujer e informarle de la derrota. Una lluvia de fuego y plomo cayó sobre las casas del viejo poblado. Sin posibilidad de organizarse ni de plantarse frente al enemigo, los patriotas se defendieron como pudieron. Juana recibió un balazo en la pierna y otro en el pecho, pero pudo escapar montada a caballo. Manuel no corrió la misma suerte. Cayó abatido por la balacera del jefe realista, que unos minutos después lo decapitó ante la brutal alegría de la tropa de tiranos. Implacable, feroz, Aguilera ordenó masacrar a los patriotas, fusilarlos o pasarlos a degüello. Entre la noche del 13 y el amanecer del 14 de septiembre fueron asesinados 750 republicanos. La historia recordaría esa noche como la masacre de El Villar. No fue la primera ni la última. Durante más de quince años, la dura tierra del altiplano ardió. Y es una verdad incontrastable que la emancipación de la Patria les debe más sangre y dolor a los valientes arribeños que a los especuladores hombres del puerto de Buenos Aires.

Pero Juana no había muerto.

Llevaba la rodilla destrozada y el pecho abierto por una bala que le

quemaba. Y lloraba la segura muerte de su amado. Otra vez el desconsuelo, como cuando había perdido a sus cuatro hijos, allá en los pantanales. Lloraba a su compañero, a su marido, a su jefe. Y a su pueblo masacrado, a sus sueños atados al carro del enemigo. Ella, “la Azurduy”, la virgen del Alto Perú, la que era una tromba en medio de las batallas, la que iba al galope montada en su caballo brioso, con las crenchas sueltas, galopando al coraje, liderando a sus amazonas, rompiendo las filas realistas a puro sablazo, a gritos limpios. Ella... lloraba. La mujer de la melena negra al viento, con su casaca azul destrozada, con el sable que Manuel Belgrano le había regalado para matar godos, para darles su merecido a los enemigos de la Patria. La de los ojos fieros, el ceño fruncido, los labios apretados, la piel cobriza, el cuerpo turgente. La que llevaba en su rostro color tierra ardiente la independencia y la que demostraba que allí, en el “arriba” altoperuano, la libertad tenía cara de mujer. Ella... lloraba.

II

Juana había nacido en Toroca, cerca de Chuquisaca, el 12 de julio de 1780; Manuel, en Chipirina, el 26 de septiembre de 1774. Se conocían desde chicos porque las tierras de sus familias eran vecinas. Durante los años de los descubrimientos, se enamoraron, se apasionaron y se amaron. Finalmente, se casaron en 1805 y tuvieron cuatro hijos: Manuelito, Mariano, Juliana y Mercedes. Desde jóvenes Juana y Manuel miraban con rencor a los usurpadores. Amigos de Mariano Moreno, Bernardo de Monteagudo y Juan José Castelli cuando los “abajeños” estudiaban en la Universidad de esa ciudad, agregaron a la experiencia de la explotación, el desprecio, la injusticia y la exclusión, la vitalidad de las letras, del conocimiento, de las ideas libertarias.

Por eso cuando bramó, el 25 de mayo de 1809, el grito libertador de Chuquisaca, los enamorados estaban listos para jugarse la vida. Y se la jugaron. Porque Juana y Manuel son el modelo de amor revolucionario: la pareja que entrega su amor a una causa, que vive en función de que, en forma dialéctica, su amor los transforme y cambie el mundo. Son el ejemplo más fatal y valiente de la relación entre amor y política.

Fueron los novelistas románticos franceses los primeros en relacionar amor y política. El paladín romántico se enamora para cambiar el mundo y, en un ida y vuelta dialéctico, quiere convertirse en un héroe político para conquistar el amor

de su dama. Ese modelo fue tomado de las novelas de caballería —una larga lista que culmina en esa sublime ironía literaria que es el Quijote— que son el puntapié inicial para este maridaje que tomó vuelo literario y al mismo tiempo influyó en la historia.

No fueron la única pareja revolucionaria de aquellos años. El terrible amor entre María Guadalupe Cuenca —otra chuquisana— y el febril secretario de la Primera Junta Mariano Moreno marcó la Revolución de Mayo. Allí están para atestiguarlo las cartas lastimosas de la mujer a su adorado Moreno sobre los presagios y las luctuosas señales que ella recibe cuando su hombre navega rumbo a su muerte: “Mi querido y estimado dueño de mi corazón: Me alegraré que lo pases bien y que al recibo de ésta estés ya en tu gran casa con comodidad y que Dios te dé acierto en tus empresas; tu hijo y toda tu familia quedan buenos pero yo con muchas fluctuaciones y el dolor en las costillas que no se me quita y cada vez va a más; estoy en cura, me asiste Argerich, se me aumentan mis males al verme sin vos y de pensar morirme sin verte y sin tu amable compañía; todo me fastidia, todo me entristece, las bromas de Micaela me enternecen porque tengo el corazón más para llorar que para reír, y así mi querido Moreno, si no te perjudicas procura venirte lo más pronto que puedas o si no hacerme llevar porque sin vos no puedo vivir; la casa me parece sin gente, no tengo gusto para nada de considerar que estés enfermo o triste sin tener tu mujer y tu hijo que te consuelen y participen de tus disgustos; ¿o quizás ya habrás encontrado alguna inglesa que ocupe mi lugar? no hagas eso Moreno, cuando te tiente alguna inglesa acordate que tenés una mujer fiel a quien ofendés después de Dios”. Moreno, claro, ya apagaba su fuego en el fondo del océano.

O como ese amor brillante entre Martín Miguel de Güemes y Carmencita Puch, la mujer más bonita de Salta la linda, la rubiecita de tez blanca, ojos claros y boca escarlata que juraba morir de amor y cumplió su promesa. Y allí estaba Martín en su lecho de muerte, después de haberla colmado de besos, de caricias, de noches de amor, después de haber compartido tres hijos. Escondido, tras el balazo mortal que lo alcanzó en la ingle y que lo obligó a refugiarse en el monte lejos de su amada. Y debajo de su poncho colorado, el caudillo, el hombre que San Martín había elegido para frenarles el paso a los godos, dijo antes de morir: “Pobre mi Carmen, no tardará en seguirme... Morirá de mi muerte así como vivió de mi vida”. Luego selló sus labios y entró en agonía. El crepúsculo del 17 de junio de 1821 se llevaba los colores para Martín, que apenas había cumplido 36 años. Carmen, su enamorada, su mujer y su guía, le hizo caso: diez meses después, el 3 de abril de 1822, a los 35 años, se apagó misteriosamente.

Cuenta Juana Manuela Gorriti que cuando Carmen recibió la noticia “sin escuchar a su padre ni a sus hermanos, que la rodeaban llorando, cortó su espléndida cabellera, cubrióse con un largo velo, postróse en tierra en el sitio más oscuro de su habilitación, y allí permaneció hasta su muerte, inmóvil, muda, insensible al llanto inconsolable de su anciano padre, a las caricias de sus hermanos, que la idolatraban, a los ruegos de sus amigos y a los homenajes del mundo; alzando sólo de vez en cuando su luctuoso velo para besar a sus hijos, cual una sombra que, apartando la niebla, volviera un momento a la tierra, atraída por el amor maternal”.

Y por allí se escabullen entre las sábanas, también, José de San Martín y su tímida Remedios de Escalada, o Rosa Campuzano, la fervorosa militante libertadora que se entregó al General en su cama limeña. Y el modosito de Belgrano que hizo de las suyas en plena campaña militar con María Josefa Ezcurra, hermana de la durísima Encarnación y cuñada de Don Juan Manuel de Rosas. Luego, en el Ejército del Norte enloqueció a María Dolores Helguero y Liendo, de quien fue amante incluso después de que ella contrajera matrimonio con otro hombre. Y claro, también Simón Bolívar y Manuela Sanz.

Es que el amor revoluciona, claro, y las revoluciones enamoran.

III

Juana crecía en las tierras de su familia ayudando en el campo, en las tareas de la casa, en relación habitual con los gauchos y los indios, aprendiendo a escuchar y a mandar, imitando a su madre, admirando a su padre, leyendo a Sor Juana Inés de la Cruz en sus versos liberadores. Tras la muerte temprana de sus padres, sus tíos la recluyeron en un convento, donde comprendió en carne propia los versos de la mexicana rebelde. Pero allí, entre las paredes del claustro, Juana participaba de reuniones secretas en las que se leían historias prohibidas como la de Túpac Amaru y Micaela Bastidas. Una historia que le marcó la vida.

Micaela se casó a los quince años con José Gabriel Condorcanqui, conocido como Túpac Amaru II en la iglesia de Nuestra Señora de la Purificación, en Surimana. La pareja tuvo tres hijos. Pero en 1780, el mismo año que Juana nacía, Condorcanqui inició su levantamiento contra la dominación española. En un primer momento, se trató apenas de una rebelión contra las autoridades locales,

pero con el paso del tiempo tomó un matiz independentista que puso en jaque a la Corona.

La respuesta de los realistas reveló la brutalidad de los dominadores. Toda la familia fue apresada y Túpac tuvo que soportar ver como torturaban y asesinaban a su mujer y sus hijos. El 18 de mayo de 1871, en la Plaza de Armas de Cuzco, los españoles llevaron a Micaela al patíbulo, sus verdugos le cortaron la lengua, le ataron una soga al cuello y otra a los pies y mientras agonizaba le patearon el vientre y los pechos. Sus últimas palabras fueron: “Por la libertad de mi pueblo he renunciado a todo. No veré florecer a mis hijos”. Luego le tocó el turno a Túpac, intentaron descuartizarlo vivo atando sus extremidades a cuatro caballos. Como fue imposible, los sicarios decidieron decapitarlo y luego despedazarlo. Su cabeza fue clavada en una lanza y sus miembros exhibidos como método de aterrorizar a sus seguidores.

Si los primeros años de Juana estuvieron marcados por la leyenda de Túpac y Micaela, los de Manuel estuvieron surcados por la brutal política española: su padre Melchor había muerto en un calabozo de Buenos Aires, condenado por haber colaborado con la rebelión indígena de 1784. Rabioso antiespañol, el hombre estudió en Chuquisaca donde se formó en las ideas republicanas y se enamoró de la trinidad liberal: libertad, igualdad, fraternidad. Fue allí donde conoció a Moreno, Monteagudo y Juan José Castelli. Y fue por esos años que se reunía con Juana a transmitirle sus sueños y sus ideas políticas. Y en ese juego de utopías, se enamoraron.

Trabajaban fuerte en el campo, disfrutaban de una buena posición económica, pero como Manuel era criollo no podía acceder a ningún cargo público. Por eso cuando surgió el grito revolucionario de 1809 en Chuquisaca, Padilla no lo dudó: su tiempo había llegado. De inmediato, juró lealtad a la causa americana, se sumó a los indios Chayanta y comenzó a darles pelea a los “maturrangos”. Vengó los fusilamientos de los patriotas levantados en La Paz y comenzó a organizar las milicias populares de la región. Pero la política en el Alto Perú fue un ida y vuelta permanente y el poder cambiaba de mano como una marea. Con la llegada del general Vicente Nieto, la situación se complicó. Manuel debió refugiarse en los montes y Juana tuvo que sacar a fustazos a los partidarios realistas que quisieron expropiarle las tierras.

Manuel, entonces, se puso en contacto con los “abajeños” que habían hecho la revolución allá en el Plata. Se entrevistó con Castelli, compartió con Güemes

la necesidad de emprender una política de guerra de guerrillas para acicatear al invasor. Juana no lo dudó y le exigió a Manuel que la dejara combatir a su lado. Él no se lo permitió, todavía no era su tiempo.

Pero, finalmente, los españoles la dejaron sin casa y Juana se vio obligada a refugiarse con los niños en el hogar de una amiga y de allí al monte y de allí a la milicia. En 1813, cuando los patriotas ocuparon Potosí, Manuel era el caudillo más popular del Alto Perú y su compañera, la mujer más popular de la región. Su ejemplo servía para las demás mujeres que querían pelear por la causa de la libertad: “En poco tiempo, el prestigio de Juana Azurduy se incrementó a límites casi míticos: los soldados de Padilla veían en ella la conjunción de una madre y esposa ejemplar con la valerosa luchadora; los indígenas prácticamente la convirtieron en objeto de culto, como una presencia vívida de la propia Pachamama”, relata Pacho O’Donnell.

Por esos años, la tierra se iluminó de esperanzas para los patriotas. La llegada del Ejército “abajeño” al mando de Belgrano al Alto Perú les daba un poco de respiro a los republicanos de la región. Pero, claro, no iba a durar mucho. Las derrotas en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma, donde el general porteño les dio un papel secundario a los caudillos locales por considerarlos indisciplinados, acabaron con esas ilusiones. El ejército porteño debió retroceder hasta Jujuy y allí Belgrano fue relevado por San Martín, quien comprendió que era inútil intentar subir hacia el Norte y estableció que los lugareños debían realizar lo que se conoce como guerra de recursos, de partidarios o de guerrillas.

De esa manera nació la “Guerra de las Republiquetas”, es decir la guerra de las decenas de caudillos que luchaban en forma independiente contra el invasor español. Entre ellos figuraban Güemes y los Padilla-Azurduy. Porque desde esa época, Manuel y Juana actuarían como un solo ariete, unidos por la pólvora, el fuego, la comida y la cama. Y allí irían también sus hijos, compartiendo la suerte revolucionaria de los padres.

En marzo de 1814, la pareja destrozó a los realistas en las batallas de Tarvita y Pomabamba. Pero la respuesta no se hizo esperar, los españoles redoblaron los refuerzos y se dedicaron a perseguir a Manuel y a Juana. Ellos, entonces, decidieron separarse: él se refugiaría en La Laguna y ella en los pantanos, donde además cuidaría a sus cuatro hijos. Pero la suerte perra quiso que la pareja sufriera el peor golpe que pueden sufrir los padres: se llevó a los hijos. La fiebre palúdica comenzó por Manuel y Mariano, y luego se llevó a las dos princesas,

Juliana y Mercedes. De esa manera, Juana y Manuel entregaban lo más preciado que se puede entregar a una causa: sus propios hijos.

Cuenta la historia que Manuel acusó a Juana de no haber sabido cuidar a sus hijos y que los gritos y los llantos se escucharon por todos los cerros. Pero pronto tuvieron su desquite, y en una noche de amor concibieron a Luisa. Cuentan las crónicas de la época que la muerte de los cuatro niños volvió brutales tanto a Manuel como a Juana, que ya no perdonaban la vida de los enemigos, que no daban tregua ni cuartel, que los rendidos eran pasados a degüello o fusilados en el momento.

Sus enemigos aseguran que Padilla es cruel y sanguinario. Lo acusan de haber desatado una guerra bárbara en la que ya no es la Ley del Talión la que prima, sino una ley más inhumana, por un muerto se exigen dos, por dos, cuatro.

El 2 de agosto de 1814, en el cerro de Carretas, Juana estaba a punto de parir, cuando se escucharon a lo lejos los cascos de la tropilla enemiga, los guerrilleros amantes se refugiaron en el Río Grande, donde nació Luisa, al calor y la urgencia de la vida revolucionaria. Manuel se fue a enfrentar a los realistas y cuenta la leyenda que un grupo de soldados traidores quiso robarle a Juana el tesoro del ejército y ella, con el recuerdo del parto en su cuerpo y con la niña en brazos, desenvainó la espada que le regaló Belgrano y la emprendió a sablazos contra los ladrones. Logró escapar, montar a caballo, cruzar el río y ponerse a salvo. Sabedora de los riesgos que acarreaba para su hija la vida revolucionaria, dejó a Luisa bajo el cuidado de Anastasia Mamani, la india que crió a la niña hasta que la tierra dejó de arder.

IV

Lloraba Juana la muerte de su marido. Y odiaba cuando le contaban que la humedad y el calor pudrían la cabeza de su amado clavada en la pica de la plaza de El Villar. Y su odio la ayudó a sobrevivir y a sobreponerse. Era imprescindible volver a estar de pie, porque los realistas no cejaban en su política de venganzas, de masacres, de violaciones. Porque una de las características más atroces de la Guerra de Republiquetas era justamente el método de sometimiento hacia las mujeres de los soldados y de los oficiales del bando criollo: los monárquicos se apropiaban de las mujeres de los derrotados,

las esclavizaban y las violaban, las convertían en su posesión, como si fueran parte de las haciendas confiscadas. Por eso Juana tenía entre su tropa a la célebre Legión de Amazonas, que eran las mujeres de los soldados, las viudas, las solteras que creían en la Revolución y estaban dispuestas a dar la vida por la Patria.

Caído Manuel, los caudillos de la región de Chuquisaca debían elegir a un nuevo líder para llevar adelante la lucha contra los realistas. Reunidos en un consejo secreto, con Juana vestida de un negro absoluto, propusieron varios nombres, pero ninguno lograba el consenso absoluto entre los jefes. Hasta que uno de ellos pronunció el nombre de la Azurduy, se hizo un silencio y los demás asintieron. Juana los miró a uno por uno a los ojos; el rostro de ella estaba ajado, endurecido, sombrío. “No puedo —dijo—, ustedes saben que la fuerza me falla y que tengo una misión que cumplir: tengo que rescatar a Manuel de la Plaza. Esa es mi única preocupación.”. Los demás callaron. Uno de ellos, le sugirió: “Elija usted, coronela, nosotros aceptamos a quien usted designe”. La mujer, entonces, pronunció los nombres de Jacinto Cueto y de Esteban Fernández. Antes de terminar el cónclave, Juana reiteró su decisión de ir a El Villar a recuperar la cabeza de su amado. Y los nuevos jefes le otorgaron libertad de acción a la mujer de los ojos de bronce y la cabellera oscura como el azabache.

Corría el mes de mayo de 1817, cuando Juana decidió que era tiempo de recuperar los restos de su marido. Y viajó por esa tierra ardiente, dura, resquebrajada, entre los cerros de la puna, al norte de la región de Chuquisaca, entre valles, donde el aire escasea, el hombre empequeñece y el desierto encerrado lastima los ojos del viajero. Y allí iba Juana con los ojos secos de tanto llorar por los dolores de la revolución, con el rostro duro y el corazón de piedra, acompañada por unos cien indios —reclutados por Caipé, un flechero tacafucus —, en busca de la cabeza de su amado, el líder de los pueblos libres, en busca de un fantasma, de un símbolo que les devolviera la dignidad a los pobres de la tierra.

Allí iba en busca de su amor en la tierra ardiente, Juana, la coronela, y en el camino, mientras ella se mantenía en silencio se sumaban sus seguidores, que la adoraban como a una virgen india, que la acompañaban a caballo, a pie, con sus armas, con sus palos, sus azadas, sus tridentes, sus machetes. ¿Por qué ir a buscar una cabeza? ¿Por qué dar la vida por un fantasma, por el recuerdo mancillado de un líder? ¿Qué significa para esa romería el cráneo podrido de su jefe? Van en silencio, cabizbajos, sin alegría, con la certeza de que van a hacer

simplemente lo que deben hacer, lo hacen sin estridencias, sin gritos de alegría, marchan en silencio, melancólicos, recordando los buenos tiempos de la guerra y la esperanza.

Al entrar en el valle donde se encuentra El Villar, Juana miró los tejados desvaídos de los ranchos de adobe, divisó el campanario de la iglesia, cabalgaba sobre el sabor de la venganza. A sus espaldas traía una tropa que ya sumaba 800 hombres y mujeres. Se fue acercando lentamente hasta poder oler el terror en los soldados realistas comandados por el coronel Francisco Baruri. Juana esperó para dar la orden de ataque, pero el odio de los suyos era tan profundo que se abalanzaron sobre las líneas enemigas perforándolas con una sola carga desorganizada. El choque fue brutal. Sangriento. Impiadoso.

Los realistas retrocedieron hasta la plaza central y se atrincheraron para enfrentar el último ataque de los republicanos. Detrás de la formación de los monárquicos, a dos metros de altura, la cabeza descompuesta de Padilla era el fiel testimonio de la brutalidad de esa tierra. Y desde allí contempló cómo los suyos masacraban a los españoles en una carnicería que no dio tregua ni cuartel. No sobrevivió ningún enemigo y los prisioneros fueron pasados a degüello en el mismo momento en que se rindieron.

La plaza mayor era una laguna sangrienta. Juana se secó la transpiración y contempló con dolor el rostro podrido de su amado. Desde la pica, Padilla miraba con los ojos vacíos, la piel adherida al hueso, los cabellos apenas pegados, la carne horadada por el trabajo de los gusanos. Con el ceño fruncido por el dolor, con los ojos lastimados por ver el cráneo de su amado, Juana llegó hasta la lanza y con sus manos desclavó la calavera podrida de Manuel. La tomó en sus manos y besó profundamente lo que habían sido sus labios. Luego, la acunó en sus brazos y en ese silencio quejumbroso posterior a las batallas comenzó a caminar hacia la parroquia del pueblo. Respetuosos, los guerreros y guerreras comenzaron a seguirla hasta atestar la pequeña iglesia de soldados. Juana depositó la cabeza del líder sobre el altar e hizo llamar al cura del lugar y lo obligó a ofrecer la misa de responso con honores como correspondía a un jefe militar del Ejército de las Provincias Unidas.

V

Fueron tiempos oscuros para Juana. Solo le quedaban Luisa y la revolución. Había perdido cuatro hijos y a su compañero de toda la vida. Nada más desolador que perder a la persona que se ama, pero aún peor cuando los unía, además del amor, el compromiso por un futuro mejor, el sueño por una Patria libre, por una tierra sin tiranos.

Juana intentó varias veces reorganizar el ejército, pero sin Manuel, ya no era lo mismo. El ejército porteño estaba desflecado y ya no podía ayudarla, San Martín había liberado Chile y planeaba la campaña al Perú, y los realistas no cejaban terreno en el Alto. Acosada por el enemigo, bajó hasta Salta para ponerse a las órdenes de Güemes, con quien combatió hasta la muerte del caudillo salteño, en 1821. Ese año decidió volver a su tierra para cuidar a Luisa que ya tenía seis años. Todo lo había perdido. Familia, tierras, riquezas. Uno de los pocos momentos de felicidad que tuvo luego de la muerte de su Manuel fue aquel día en que sorpresivamente Simón Bolívar, acompañado del mariscal Antonio José de Sucre, se presentó en su humilde vivienda para expresarle su reconocimiento y homenaje a “tan gran luchadora”. El general americano la colmó de elogios en presencia de los demás, y le dijo: “Esta nueva república no debería llevar mi apellido sino el de Padilla”. Dicen que Juana sonrió emocionada. Bolívar le concedió una pensión mensual de 60 pesos que luego Sucre aumentó a cien, respondiendo a la solicitud de la caudilla. Pero en 1857 le fue arrebatada por el gobierno de José María Linares. Como no podía ser de otra manera, Juana, anciana, enferma en el barrio de Coripata, en su Chuquisaca natal, murió sola. Absolutamente sola. Olvidada. Era un 25 de mayo de 1862, faltaban unos pocos días para que cumpliera 82 años.

Juana entregó todo por la Patria. Una Patria que no sabía de fronteras ficticias ni de mezquindades de pequeños grupos y paisitos desarmados. Junto a los rostros de Moreno, Castelli, Belgrano, San Martín, Artigas, Bolívar, Güemes, Dorrego y tantos otros, asoma su rostro aindiado, el de la flor del Alto Perú, aquella mujer que junto a su hombre encendió la tierra de libertad. Una tierra que todavía está ardiendo.

Capítulo 5

Gerónimo

Gerónimo Costa

(Variaciones sobre una vida histórica)

Si me dieran a elegir, yo elegiría

esta salud de saber que estamos muy enfermos,

esta dicha de andarían infelices.

Si me dieran a elegir, yo elegiría

esta inocencia de no ser un inocente,

esta pureza en que ando por impuro.

Si me dieran a elegir, yo elegiría

este amor con que odio,

esta esperanza que come panes desesperados.

Aquí pasa, señores,

que me juego la muerte.

El juego en que andamos,

Juan Gelman

1856

Campos de Buenos Aires

I

La yegua baya de Gerónimo babea y relincha con desgano. Hace calor húmedo. El sol de las seis de la tarde del 30 de enero se abermeja y enceguece. El lodazal no opone resistencia a las herraduras de los caballos. Ciento cincuenta hombres cabalgan por la pampa, desde Zárate hacia Buenos Aires para recuperar una patria en rebeldía. Para arrebatarles de las manos la provincia de Buenos Aires a los secesionistas. La montonera desordenada va serena. Acuciada apenas por el sol que ha lastimado los rostros durante todo el día y por las bandadas de mosquitos que arrasan con la piel y el cuero cabelludo de los jinetes. Alguien canta, alguien planea ir de putas cuando lleguen a Buenos Aires, esa aldea presuntuosa que ha traicionado a tantos. Alguien canta.

Gerónimo Costa se seca el sudor con el revés de la mano y pide un poco de agua. Una mano amiga le acerca una bota con vino. El hombre bebe, se enjuaga la boca y escupe. El vino con restos de saliva cae sin fuerzas sobre el lomo del caballo.

II

Los caballos están atados como ramilletes a los árboles. El fuego ha torturado lentamente la carne y los hombres arrancan con sus dientes los tendones de los costillares. Cinco fogones bastan para alimentar a la tropa. Cinco tribus se forman alrededor de la ancestral danza anaranjada que muta en rojo, que muta en amarillo. Y vuelve a mutar en rojo. El fuego, el primitivo fuego, ofrece certezas. Las caras hoscas, ásperas, de los hombres se desfiguran al capricho de las llamas. Un hombre canta. Con voz de flauta de madera. Canta vidalitas en nombre de un amor perdido. Una letanía por el lunar oscuro que una mujer tiene sobre su boca. Por un lunar que besa otra boca. Los rostros de esos hombres habituados al oficio de degollar, de cortar carnes humanas, se

endurecen aún más hasta parecer monstruosos. Y el vino atonta. Remedia el dolor. Achina los ojos y lastima tristezas.

La noche respira. Escupe miedos. La negritud del cielo y las multitudes de estrellas acojonan. La infinitud, la pequeñez propia se siente en el alma. Y el alma de los hombres está allí abajo, entre las piernas. El alma de un hombre está en sus huevos.

Gerónimo mira al cielo. Piensa en su mujer, la añora como los hombres de guerra extrañan a sus amadas. Por un momento, intuye que no volverá a verla, a esa muchacha que lo ha querido como nunca nadie lo ha querido. Sabe que por él ha dejado todo. Su lugar natal, su infancia, su oficio y los amores heredados. Gerónimo le agradece en silencio, como si ella pudiera escucharlo. Y quizás ella lo escucha y comienza a saberse sola.

Gerónimo sueña con caballos. Con caballos negros que galopan en su búsqueda. Frunce el ceño como si así pudiera espantar los fantasmas de su sueño. En su interior jinetes de poncho negro lo persiguen como a un potro salvaje en un desierto de espinas y arenas muertas. Su rostro desnuda los infortunios del sueño. Quisiera que su mujer estuviera ahí para chistarle con dulzura y pasarle la mano por la frente. Gerónimo entreabre los ojos, toma conciencia de estar dormido y se calma.

III

Gerónimo se supo frágil desde aquella tarde en que junto con Juan Manuel se asomó al desasosiego. No era la derrota tantas veces visitada y a la que ya se había habituado. Era la mirada esquiva de Juan Manuel y sus palabras traicioneras. Mesuradas, prolijas y cínicas, ellas habían dejado a Gerónimo sin Gerónimo. Le habían arrancado lo sagrado de las entrañas.

Pero esa mañana húmeda y neblinosa, Gerónimo, al ponerse las botas, apenas recordó esa conversación oscura que había tenido con Juan Manuel en la cubierta del buque inglés *Conflict,* cuando ambos partían rumbo al exilio después de la batalla de Caseros. Esa mañana del 31 de enero pensó en sus calles conocidas, en el barro de las paredes, en los olores a cocido que manaban de los zaguanes, en los gritos de la pequeña aldea que él amaba con un orgullo ingenuo. Recordó las esquinas amigas, las caras cómplices que acompañan las tardes sin

decir nada. A su padre y a los criados negros con los que jugaba en la niñez, en ese territorio donde no hay esclavos ni patrones. Tal vez el primer pensamiento que rozó a Juan Manuel fue el recuerdo de los Colorados del Monte entrando en su Buenos Aires en los tiempos de la anarquía. Allí lo había visto por primera vez al hombre rubio de los ojos celestes y el rostro colorado.

De todas maneras no quiso pensar en él. Prefirió recordar las cargas con las que junto a Pacheco, su general, habían arrollado a los imperiales en los campos de Ituzaingó, en la Guerra contra el Brasil. Volvió a sentir el gusto dulzón de la primera sangre en la boca de aquella vieja herida como un presagio.

Dio la orden de levantar campamento, de apagar el fuego, enrollar las mantas, preparar las armas y ensillar los caballos. Una mano morena le acercó un mate caliente que le quemó la lengua y la calmó con un pedazo de pan con chicharrones. Levantó la mirada por encima de la cabeza de sus hombres, aspiró profundo y, en esa contradicción entre la voluntad y la convicción, intentó darse ánimo: “Hoy, Gerónimo —se dijo—, quedarás en la historia como el hombre que recuperó Buenos Aires”.

Espió de soslayo el amanecer para no apegarse demasiado a las buenas cosas de la vida y subió a su yegua baya. Dio la voz de marcha y comenzó a bambolearse con el paso cansino del animal.

Pareció caer nuevamente en el sueño arriba del lomo conocido de su yegua cuando llegaron los tres hombres que formaban la vanguardia. Tras los saludos de rigor, uno de ellos advirtió echando mano a seis sencillas palabras: Mitre viene con tres mil hombres. Gerónimo sólo sonrió.

1838

Isla Martín García

I

Gerónimo parpadeó tres veces, como si no pudiera creerlo. Miró las barcazas acunándose en el horizonte y se mordió el labio inferior. Vio cómo medio millar de hombres bajaba a los botes y se dirigía hacia la playa de la isla.

Se llevó la mano a la cabeza y se desacomodó involuntariamente los cabellos. Aflojó un poco el cuello de su casaca y resopló. Llamó a Juan, el "Gringo" como le decía la soldadesca, y le dio las instrucciones de rigor: una decena de hombres para la plaza de artillería y dos grupos de cincuenta milicianos parapetados detrás del poco generoso promontorio.

Por el muelle vio bajar a un mensajero del almirante Hipólito Daguenet. Bien trazado y exageradamente orgulloso, le entregó una misiva en la que su jefe le aconsejaba en términos pomposos la rendición. Gerónimo tomó aire, respiró profundo, rumió las palabras y contestó con ironía, casi con burla, reforzando la solemnidad del emisario francés: "Dígale a Daguenet que me quedo a defender el honor de mi patria".

Defender el honor de su patria significaba hacerle frente a esos prepotentes franceses que habían bloqueado la Confederación para doblegarla y hacerla firmar la libre navegación de sus ríos interiores, significaba hacerle frente a los orientales traidores que de la mano del "Mulato" Fructuoso Rivera se habían aliado con los extranjeros contra sus hermanos del Plata.

Mientras vio cómo el vicario se embarcaba rumbo a la fragata *Bordelaise* para transmitir su respuesta, Gerónimo pasó suavemente la mano sobre la empuñadura de su sable, como si fuera una tensa caricia. Gustaba sentir su sable allí, golpeándole el muslo izquierdo. Sabía que mientras su mano no se alejara del leal acero nada podía ocurrirle. Así, con la mano sobre el sable miró el sol a media asta golpeando en los vaivenes del río marrón, de esa agua turbia que durante tres años había sido su única esperanza. Quien vive rodeado del agua, aislado, sabe que sólo pueden quebrar su rutina aquellas cosas que trae la caprichosa marea. Como los barcos que a veces traen noticias de su Buenos Aires o Montevideo, o los botes que esporádicas noches traen sonrisas femeninas para aplacar las ansias de sus soldados. Gerónimo apretó el puño de su sable y recordó la boca de su mujer, la uruguayita tenue que la marea le arrojaba las noches insoportables de calor y mosquitos insistentes.

Gerónimo sacudió la cabeza y alejó los recuerdos gratos para concentrarse en la guerra. Siempre, siempre, antes de la sinfonía de la sangre y el fuego pensaba en el placer de las mujeres, como si el deseo lo aferrara a la vida y vilipendiara a la muerte.

Interrumpido una y mil veces por sus ayudantes, despertó del pequeño rito

ya cuando los franceses y uruguayos arrimaban sus botes a la costa. El primero en bajar fue nuevamente el prolijo emisario. Ligeramente rubio, decididamente flaco y con un repulsivo gesto de lascivia y soberbia que consistía en entreabrir los labios y ladear la lengua hacia la izquierda. Y repitió casi las mismas palabras con un aditivo final: “si aprecian sus vidas”. Gerónimo clavó sus ojos marrones oscuros en la claridad del vicario galo, escupió al suelo con desgano y le arrojó sin demasiada pompa, sin un odio puramente declamativo, sino sencillo, seco y tal vez con un dejo de ironía, un circunspecto “por qué no le dice al Daguenet ese que se vaya un poco a la puta madre que lo parió”. Después, ladeó socarronamente la boca y saludó inclinando lentamente la cabeza hacia abajo.

Dio media vuelta y se encontró con la mirada sorprendida del teniente Benito Argerich, quien miró los aprestos de los franceses para desembarcar y contestó: “Es que son más de quinientos, nos van a pasar por arriba”. Costa hizo una mueca de disgusto, se acomodó el cinturón con las dos manos, pensó que sus 35 años eran una buena edad para morir y dijo: “¿Qué otra nos queda? Nunca tuvimos oportunidad de ganarles. No vamos a rendirnos ahora que ya estamos perdidos”. Argerich rió de buena gana y sacudió la cabeza como si no pudiera creer el empecinamiento de su jefe.

II

La primera bomba francesa cayó a pocos metros del promontorio izquierdo del muelle, donde estaban apostados los cuatro cañoncitos criollos. Thorne contestó el fuego pero las balas cayeron insípidas en el agua marrón del río y la veintena de buques franceses se balanceaban indemnes sobre el rumiar de las olas. Ahora sí, los cuarenta cañones galos desplegaron todo su poder. Las explosiones en la playa, delante de los dos promontorios, formaron una espesa cortina de humo blanco que impedía ver los movimientos del enemigo a bordo de los lanchones de desembarco.

Cuarenta cañones disparando sin cesar, uno detrás de otro, regalando su fúnebre ritmo de explosiones, fuego y humaredas. Costa puteó por enésima vez y se refregó los ojos ardidos por el humo gris y vio cómo Thorne había decidido no gastar más pólvora en las lejanas cañoneras y hacía blanco en el desvencijado muelle de madera, donde intentaban hacer tierra los ocupantes del primer bote.

Obnubilado por el humo y el ensordecedor estruendo de los cañonazos estaba Costa cuando una bala de cañón cayó en su madriguera, a escasos veinte metros de donde él daba las órdenes, si se pueden llamar órdenes a un manojo de puteadas y gritos de aliento a sus 130 hombres de a pie. Cuando volvió a incorporarse tuvo ante sus ojos la tantas veces recurrente imagen del infierno: el fuego carcomiendo la madera, el humo reprimiendo los ojos y los pulmones, el olor dulzón de la sangre derramada a mares, los aullidos desesperados de dolor que emanaban de las bocas rotas de su gente, los brazos ennegrecidos y ensangrentados que brotaban del suelo suplicando rescate, los cuerpos mutilados, los llantos, el indescriptible olor a mierda que emanan las heridas abiertas en el vientre y las tripas rodando por el suelo, y allí, en el fondo del cuadro desesperado, la figura de un soldado en cuatro patas con el uniforme raído y destrozado, con una mano completamente bermeja tapándose el ojo derecho y tanteando en el suelo con la mano izquierda. Y otra explosión un poco más lejos y nuevamente otra dentro del parapeto. Y el "Gringo" que le hacía señas, y él que no entendía, y los gritos y los estruendos y las cañoneras francesas con las banderas uruguayas flameando en el horizonte y los oídos aturdidos y los ojos rojos de odio —si es que el odio tiene el mismo color que el miedo— y las manos trémulas. Y los franceses, uruguayos y unitarios desembarcando en tres puntos diferentes de la cabecera de playa y los 130 hombres reducidos a 90 soldados maltrechos y asustados. Y Thorne que seguía gritando y haciendo gestos. Entonces Gerónimo apoyó su rodilla derecha en tierra y sintió la humedad del barro y la sangre y rezó usteando a Dios, porque a Dios no se lo tutea: "Señor, que muera si me acobardo". Y allí, de rodillas, tomó los estandartes del suelo. Su teniente Antonio Miranda lo miró y comprendió sus intenciones de inmediato. De pronto, entre las tinieblas cenicientas de la pólvora y el fuego flamearon los estandartes azules y blancos de la Confederación. Eso es lo que vieron los franceses apostados en el muelle, dos estandartes que emergían del humo escoltados por el griterío de un centenar de hombres que sable en mano arremetía contra ellos desaforadamente. A cincuenta metros del muelle, Gerónimo dejó el estandarte y desenfundó su espada. Supo entonces que no había razones para dejarse matar, ni honor ni patria que defender, que el único estandarte era su orgullo personal y su única patria el centenar de hombres que hundían en su corrida las botas embarradas en la cabecera de playa. Supo entonces que la patria era esa levedad, esa sutileza de sentirse apenas un nosotros. Con el acero fiel en la mano lanzó su grito de guerra y enfiló hacia los soldados enemigos.

El choque de aceros fue como el rugido de una bestia herida. Gerónimo

golpeó y golpeó con su sable contra el primer adversario, un uruguayo moreno, que mientras forcejeaba le gritaba como un autómata que espantaba el miedo: “Hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta”. Luego de dos sablazos, Gerónimo se cansó y le estropeó la cara con la empuñadura, ni tiempo tuvo de quedarse a ver cómo dos ríos de sangre caían de la nariz hasta los labios abundantes del moreno, hundió su sable hasta la mitad del pecho y luego lo sacó ensangrentado. Giró la cabeza y confirmó que Thorne seguía bombardeando a los enemigos que desembarcaban en la playa, a la derecha del muelle, mientras otros doscientos franceses tocaban tierra en la costa a la izquierda del combate principal. Son cinco por uno, se dijo, mientras comprobó que a uno de sus soldados le estaba siendo difícil despachar a otro uruguayo. Levantó su sable y lo decapitó desde atrás de un golpe seco. El soldado le agradeció con la mirada, al mismo tiempo que le advirtió del peligro que se ceñía detrás de él. Volvió a girar el cuerpo y no tuvo tiempo para esquivar el machetazo en el hombro. Sintió el hierro nervioso lacerando y desgarrando la carne, sufrió el dolor, el frío de la carne abriéndose y la humedad de la preciada sangre derramándose por su espalda, tuvo tiempo de mirar a los ojos a su atacante, de odiar esas pupilas grises mientras levantaba su sable para defenderse de la estocada que hubiera sido final si él no hubiese tenido ese movimiento casi mecánico de alzar su espada. El francés lanzó un tercer mandoble y quedó cruzado frente a Gerónimo, después de haber errado el intento. Gerónimo no dudó, como no dudan los animales acorralados, e incrustó su sable en el rostro del francés estropeando su mejilla derecha y destrozando su preciado ojo gris. El francés se tomó el rostro, como queriendo contener el estropicio y cayó de rodillas frente a Gerónimo. Con frialdad impecable hundió la espada en el corazón del galo y luego lo extrajo empujando el cuerpo enemigo con la bota embarrada. El acero salió corrompido, embriagado por la promiscuidad de la sangre.

Retrocedió unos pasos y miró el sable. Unos metros adelante vio cómo dos soldados enemigos degollaban a uno de sus tenientes y cómo acto seguido venían por él. Sintió miedo, sintió cómo flaqueaban sus rodillas, cómo se retorcían las tripas y una gota de sudor frío bajó de su nuca y se perdió entre los jirones de su casaca. Miró hacia atrás y vio a Thorne y a los suyos con las manos en alto, caminó apresurado de espaldas intentando no pisar los cuerpos. En su huida, atontado entre el humo y la derrota sabida, encontró un brazo amigo que lo rescataba del pavor y lo colocaba espalda contra espalda entre los pocos soldados que le quedaban. Gerónimo y los suyos formaban un grupo compacto de apenas veinte guerreros maltrechos, heridos y exhaustos, los rostros ennegrecidos y los ojos desorbitados que miraban desesperados de un lado a

otro, como una fiera acorralada dispuesta a todo. Es que una vez que se mata y que la posibilidad de morir se convierte en certeza, ni siquiera sobrevivir tiene sentido. Sólo el odio tiene sentido, sólo él sobrevive a la muerte.

La soldadesca enemiga los fue acorralando y rodeando. Amenazantes, Gerónimo y los suyos gruñían y lanzaban sordas estocadas. Lentamente, Daguenet, el almirante francés de las campañas napoleónicas, que recién bajado del barco llegaba para cosechar la victoria, lo miró a los ojos con mezcla de admiración y piedad, y le dijo: “Coronel, basta ya, no tiene sentido”.

Qué sabía él, ese impecable y aséptico marino europeo, del sentido y del sinsentido en estas tierras desérticas recién bautizadas como argentinas. Costa despertó. Se llevó la mano ensangrentada a la cabeza acomodándose hacia atrás los cabellos oscuros y húmedos dejando las huellas de la sangre en su frente y puso la mirada en tierra. Daguenet estiró su mano, en busca del sable de Costa y se detuvo ante un gesto arisco del coronel. Gerónimo levantó la mirada y vio a los suyos abatidos pero con el inconfundible gesto del orgullo en el rostro. Reconoció al intrépido subteniente Molina; a los bravos tenientes de milicias Benito Argerich, Antonio Miranda, Juan Rosas y Domingo Turreiro.

Entonces, sí, recién allí, supo que dejar de pelear tenía sentido.

Enfundó su sable y dudó un instante. Ese sable era mucho más que la fría lealtad del acero que durante una hora y media lo había separado de la muerte. Ese sable era su testigo y su testimonio. Fabricado en la lejana e ignota Prusia hacia finales del siglo XVIII, llegó a las manos de su padre, regalo de un astuto y circunspecto comerciante alemán, un año antes de las invasiones inglesas. Su padre, también Gerónimo como él, lo había empuñado en aquellas jornadas de junio cuando una improvisada y desordenada milicia había echado de la Plaza Mayor y del Fuerte a los soldados de la Gran Bretaña. Comerciante próspero de Buenos Aires, Gerónimo padre legó el precioso sable a su hijo una tarde fría de agosto de 1825, cuando Gerónimo hijo hacía los últimos aprestos para incorporarse al Batallón de Cazadores que rumbeaba al Uruguay para enfrentar a los imperiales brasileños. Ese acero, templado en la disciplinada tierra prusiana, melló metales y quebró huesos en la revoltosa batalla de Ituzaingó, que otorgó la libertad a los orientales. Ese acero, ensangrentado en las calles porteñas y en los campos de Ituzaingó, se sublevó contra los militares de Juan Galo de Lavalle en los movimientos de diciembre del 1828.

Claro que no tenía por qué saber, Daguenet, que esa espada levemente arqueada que lucía talladas con desprolijidad las iniciales de su dueño en el amanecer de la hoja plateada, bien cerca de la empuñadura, había atravesado a decenas de cordobeses que militaban en los ejércitos del minucioso general José María Paz. Y tampoco tenía por qué saber que ese sable había emprendido la campaña contra los indios y había cabalgado a escaso metro y medio de la montura del brigadier Juan Manuel de Rosas hasta las inhóspitas tierras que bordean el río Colorado.

Gerónimo llevó sus manos al cinto y desprendió los dijes que sostenían el sable por las anillas de la vaina, acarició por última vez la guarnición del sable y extendió sus dos brazos ofreciendo el acero al enemigo en la innecesaria liturgia de la derrota. Daguenet miró el sable que había surcado el aire de los campos de Ituzaingó y dijo con sincera admiración: “Un hermoso ejemplar, coronel, de la precisión germana”. Gerónimo guardó silencio, respiró profundo y miró a sus costados. Una vez más lo asaltó la misma sensación de hartazgo que le producían los finales de batalla, una vez que la sangre volvía a enfriarse. Los cuerpos mutilados, desparramados, retorcidos en esos cementerios de hierro y barro, las manos cortadas que, aún calientes, se mueven espasmódicas buscando vanamente a sus dueños, el olor dulzón de la sangre, las miradas vacías de los muertos que buscan explicaciones al cielo, los quejidos de los heridos que suenan como letanías de niños huérfanos, y la certeza de que no hay nada más absurdo que un cadáver se entremezclaban en los pensamientos de Costa y una sensación de pena, de piedad, hacia el hombre lo embargaba. Pero no se trataba de esa pena insulsa y declamativa que se parece tanto a la lastimería del hombre cobarde sino a esa especie de revelación, de contemplación religiosa que muy pocas veces se permiten los hombres acostumbrados al oficio de la muerte. Gerónimo miró por última vez el tendal de cadáveres y pensó que si su Dios existía también debía mirar a los hombres con los mismos ojos de perro cansado con que él miraba a la muerte.

III

Gerónimo se recostó en el suelo con la espalda contra la pared. La humedad de la isla le calaba los huesos de la espalda cuando miró a ese ejército de amontonados que esperaban a suerte y verdad en ese amplio patio del cuartel. Fijó la vista en cada uno de los ochenta hombres que quedaban de los 130 que

habían peleado por el escaso tiempo de una hora y media. Allí supo que sus hombres habían asesinado a sesenta soldados enemigos a pesar de la disparidad de fuerzas. Cerró los ojos, se acomodó la mano derecha, llagada de tanto empuñar el sable, y pensó entonces en ella. Recordó la piel mestiza de su rostro, los ojos feroces —violentos incluso cuando cabalgaba sobre las sábanas revueltas—, la boca de labios generosos siempre entreabiertos como esperando el beso o el mordisco. En eso pensaba Gerónimo, cuando la voz enrevesada de Thorne lo rescató abruptamente de los campos de la quimera. Había llegado la comida, un guiso cuartelero para combatir el frío. El coronel, que había perdido por primera vez en trece años su sable, comió a desgano y luego, exhausto, se entregó a los campos renovadores del sueño.

Tres horas después, a las cuatro y media de la tarde, un soldado enemigo, porteño, sin duda, lo vino a buscar y lo llevó hasta el improvisado despacho de Daguenet.

Parado en la puerta del rancho, el francés sonrió con placidez y lo invitó a tomar asiento escritorio por medio. Sus ojos no tenían ya la límpida soberbia del vencedor, aun siendo indiscutiblemente el vencedor de la jornada. Los costos de la victoria no dejaban lugar para la vanidad y Daguenet estaba por encima de esas pequeñeces. Mercenario, bucanero, agente francés y almirante, su sentido práctico le hacía desdeñar toda pompa superflua. Gerónimo lo percibió apenas entró en esa habitación de paredes de barro y techo de pajas secas. Ambos hombres se miraron, se midieron, se envidiaron. Un silencioso ajedrez en el que se disputaba la sutil nobleza del coraje se había instalado entre ellos. Ya no importaban ni los negocios mezquinos del Rey de Francia, ni las tiranías de Rosas, ni las aviesas presunciones de los unitarios. Allí había apenas dos hombres de guerra, acostumbrados a lidiar con los trabajos sucios, con los asuntos en los que los poderosos nunca se atreven a meter las manos.

“Lo felicito, Costa”, afirmó Daguenet sin artificios, bajando apenas la mirada hacia sus manos entrelazadas en las que los dos pulgares giraban acompasados, y sonrió ladeando la boca hacia la izquierda. Gerónimo sonrió y ofreció un “gracias”. Con sigilo miró su sable inerte sobre la mesa y clavó sus mandíbulas para no rogar por el acero amigo. Luego, ambos intentaron conjugar un par de palabras más hasta que se refugiaron otra vez en el silencio. En ese mutismo cómplice en el que los dos se sentían seguros. Volvieron a mirarse una vez más y ya ninguna otra cosa era necesaria. Las palabras sobraban, estaban de más, molestaban.

Gerónimo se levantó y acompañado por un guardia fue hasta la improvisada prisión. Caía la tarde sobre el río plateado cuando volvió a dormirse un par de horas sobre un catre destartalado. Cuando despertó, minutos antes de cenar, encontró su sable a los pies de la cama. Achinó los ojos y se mordió el labio inferior en lo que pudo ser una sonrisa. Se levantó y pidió por Daguenet. El Almirante francés había partido media hora antes rumbo a Montevideo. Nunca más iban a volver a cruzarse. Gerónimo y los suyos iban a ser embarcados en un par de horas rumbo a Buenos Aires recuperando la "absoluta libertad en honor a la valentía que han mostrado, y por la increíble actividad y los talentos militares del bravo coronel Costa", como había escrito Daguenet.

1856

Campos de Villamayor

I

Los campos de Villamayor son ocupados por el enemigo. Están Mitre y el coronel Emilio Conesa en la formación. La media mañana es abrasadora. Otra vez, Gerónimo está en inferioridad de condiciones. No le preocupa. Él sabe que las batallas se ganan o se pierden, pero que lo que queda en el campo es el coraje de los hombres. Mira a sus hombres. Son apenas 150 oficiales y suboficiales. Enfrente hay un ejército de más de tres mil hombres. "Será poco más que una matanza", se queja. Pero no sabe todavía que sus palabras van a ser brutalmente ciertas. No sabe que la muerte ya lo anda a buscando. No sabe que, de manera ilegal e inconstitucional, el gobernador de la provincia rebelde ha firmado en la noche un decreto en el que sentencia a muerte "al grupo de anarquistas capitaneados por el cabecilla Costa". No sabe Gerónimo que lo acusaron de "anarquista" a él, que ha sido siempre un federal constitucionalista, que es un general de la Confederación, que todos lo llaman el "héroe de Martín García". Y tampoco sabe, aunque lo intuye, que sólo le queda una última noche.

Un trámite.

Un galopar de caballos, el humo, el fuego, los gritos. Los golpes, el choque, el olor del miedo, el orgullo del coraje, otra vez el sudor, el calor, los calambres, los dolores, el esfuerzo, la tristeza, la ceguera, el placer de matar, el gozo de

hundir el acero en la carne, las miradas perdidas, el desconcierto, el repliegue, la huida, el encierro, la rendición.

Gerónimo se refugia en una estancia cercana. Está rodeado. Tiene tiempo, apenas, para ver a su tropa entregando las armas. A través de la ventana ve cómo Pedro Bustos, ya rendido, es atravesado por una jauría de lanzas asesinas. Gerónimo pega un grito de horror. Él, que ha sido un héroe, que no le ha temido ni le teme a la muerte, no entiende la crueldad innecesaria. Vuelve a mirar: Benítez, veterano de la guerra con el Brasil, se acerca a la porteñada asesina y le entrega su sable. Con desprecio, como se pica a un toro, desde arriba de un caballo, un oficial le clava un lanzazo por la espalda y se burla como una hiena. Costa no puede creer lo que ven sus ojos. Sin piedad y sin dar cuartel, los secesionistas lancean a todos los confederados. Se salva apenas un puñado.

Alguien grita en la casa. Alguien dice su nombre. Gerónimo se sabe perdido. No tiene miedo. Nunca lo tuvo. Sólo siente el odio del que sabe que va a ser fusilado injustamente. El odio del que ya no puede hacer justicia. Sale al encuentro de sus enemigos con el sable con que defendió a la patria en la isla Martín García.

Gerónimo lanza un aullido de guerra. La historia no lo consigna pero bien podría haber sido un “¡Acá está el Gerónimo Costa, mierdas!”, que tantas veces fue repetido por tantos otros valientes. Se enfrenta a un soldado mitrista, a un segundo, a un tercero. Ya está en campo abierto, peleando contra la partida. Alguien lo enlaza al cuello, él sigue tirando planazos y estocadas. Un hierro enemigo lo hiere en el rostro. Se seca la sangre, está exhausto, apenas ve a sus cazadores. “¡Por la espalda!”, ordena una voz marcial. Siente una explosión detrás de sí. Y el calor en la espalda, como un infierno que quiere escapársele por el pecho.

Gerónimo queda solo. La ronda de verdugos se abre, un par de tiradores terminan la perfidia iniciada por ese disparo a traición. El héroe de Martín García cae de rodillas ante sus asesinos. Antes de morir, recuerda a su mujer, a sus hijos, a sus calles, a los olores de la infancia, recuerda los ojos celestes del Restaurador. Empapado en sangre, apoya su cabeza en la tierra. En esa pampa terrible e impiadosa. Entonces, recién entonces, ante la brutalidad de sus enemigos, comprende las palabras de Juan Manuel. En ese instante comprende por qué ha luchado, por qué ha matado y por qué ahora está muriendo.

1852

Febrero, en el buque Conflict

A Gerónimo siempre le habían intrigado los ojos celestes y límpidos de Juan Manuel. Siempre que lo tenía enfrente escrutaba los ojos de Juan Manuel con cuidadosa obsesión para desentrañar qué pretendía el ahora todopoderoso gobernador de la provincia de Buenos Aires. No era la sencilla claridad de esas dos pupilas lo que intrigaba a Gerónimo. Él había descubierto que en esos ojos no había pasión ni frialdad. Que esos ojos no tenían rasgos de egoísmo ni de inocencia. No eran los ojos de un hombre corrompido por el placer de someter. Que no tenían la frialdad de los tiranos. Los ojos de Juan Manuel traslucían miedo. Terror. A Juan Manuel lo atemorizaban la rebelión de la naturaleza, la anarquía de las cosas, el caótico universo. Por eso necesitaba un Dios. Por eso se impuso como Dios.

Juan Manuel chistó con la boca, como quejándose. Puteó por lo bajo y habló de Facundo, de la sangre, de los asesinos y los salvajes unitarios. Gerónimo lo tanteó con la mirada, escrutándolo. Algo no le gustaba en Juan Manuel. Tenía los ojos vidriosos y al mismo tiempo secos. Como de pescado muerto. Habló y ponderó durante largos minutos al riojano indomable, al pilar del federalismo y de la religión, al héroe de la conjura de San Luis, al vencedor del Tala y Rincón, al general que manejaba los ejércitos como Dios meneaba a su antojo las mareas, al hombre que podría haberle dado una constitución a las provincias, al que defendió como un bastión las minas de Famatina, al amigo y al compañero de la campaña del desierto, al hombre que hizo temblar al aséptico general Paz en La Tablada, al político...

Gerónimo siguió oyendo el murmullo de Juan Manuel mientras perdía sus ojos en la ciudad que en pocos minutos más iban a abandonar rumbo al exilio inglés. De pronto miró a los ojos a Juan Manuel que seguía hablando y lo interrumpió:

—¡Lástima que no haya sido posible constituir el país!

Rosas se puso serio y contestó:

—Nunca pensé en eso.

—¿Y entonces? —volvió a preguntar Gerónimo extrañado e intuyendo que con la respuesta iban a comenzar a morir sus convicciones—. ¿Por qué nos hizo pelear tanto?

Rosas lo miró unos segundos y luego, desde el buque, clavó la vista en la Buenos Aires que se alejaba.

—Porque sólo así se puede gobernar a este pueblo.

Capítulo 6

Hermoso viento

Francisco Pancho Ramírez y la Delfina

¿De qué te indignas, hombre? ¿Por qué lloras, mujer?

¿No sabías que un héroe debe morir y muere

como llevado por su hermoso viento?

El héroe fue una instancia que no sabía dormir

y un desvelo con la boca llena de clamor.

Un peligro en suma, y una incomodidad irritante.

Por eso, cuando el héroe sucumbe, los malditos en acto

se alegran de frente.

Y los benditos cautelosos se duelen de perfil.

Leopoldo Marechal

Delgada. Con los ojos claros anegados por el recuerdo. Como quien vive de prestado, con la tristeza de saber que le debe la vida a un muerto amado. Enjuta. Apenas con los vestigios de lo que ella fue sobre su carne, sobre la leyenda, la maledicencia, el orgullo, el desdeñoso susurro de sus vecinos, el arrullador silencio de quienes la respetan. Ella es la querida del Supremo. Aun cuando hayan pasado casi veinte años de la muerte de su hombre, aun cuando otros hombres hayan pasado por su cuerpo. Camina lento por las calles de Concepción, nadie sabe su edad, nadie sabe su origen, apenas se conoce su bravura militar y la fiereza con que combatió al lado de su hombre. No es un invierno tan frío como otros, pero ella ya está cansada. Pocos días después, cuando junio llegue a su crepúsculo, ella va a morir. En su partida de defunción apenas dirá: "Sepulto con entierro rezado, el cadáver de María Delfina, portuguesa, soltera, no recibió sacramento alguno, de que doy fe. Agustín de Los Santos". Olvidada, apenas acompañada por un breve cortejo fúnebre, la Delfina es enterrada en el camposanto de la parroquia Inmaculada Concepción.

Detrás de los cortinados de una casa céntrica, una mujer sonríe. Ha visto pasar el cadáver de su enemiga. Es Norberta Calvento, ajada por el odio, el rencor, el despecho. Tiene una reivindicación: ver muerta a la mujer que le quitó todo en la vida. Ella ahora queda como la única mujer de ese hombre al que todos llamaban el Supremo. Ella es la novia oficial. La que guarda en su placard el vestido blanco con el que iba a entrar en la parroquia de la Concepción, antes de que su hombre la abandonara por la "tropera portuguesa". Ese mismo vestido que la esperará desvaído hasta la hora de su muerte.

A las dos mujeres las une el infortunio de un nombre. Inseparables por el amor a un mismo hombre, a ese hombre que murió en el invierno del año 1821, cuando guerreaba contra el país de Santa Fe. Respondía a la sonoridad de Francisco Ramírez, música precedida por el ampuloso título de Supremo Entrerriano y apenas interrumpida por el poco feliz apodo de Pancho.

Nacido del vientre de Tadea Florentina Jordán, el 13 de marzo de 1786, Francisco era hijo de Juan Gregorio, hombre del Paraguay, un estanciero que tenía una embarcación con la que llevaba adelante sus negocios en el río Uruguay. Arroyo de la China se llamaba el caserío donde nació el niño y donde vería morir a su padre pocos años después. Es una aldea que sirvió de enlace para el comercio entre la Banda Oriental y las tierras del imperio portugués. Y en la que una de las familias fuertes fue la del andaluz José Francisco López, el

comerciante que le había echado el ojo a la viuda.

Tadea y José se casaron ante la mirada de Pancho, quien, junto a sus hermanos José y Margarita, debió compartir su casa con los siete hijos que tendría el nuevo matrimonio. Niño acostumbrado a criarse solo, fue Francisco quien se encariñó rápidamente con su medio hermano José Ricardo. Ambos crecieron juntos y cabalgaron por las cuchillas entrerrianas, ambos se disputarán mujeres y pelearán codo a codo contra monarquistas, porteños, portugueses y santafesinos. Francisco será el jefe, y Ricardo, su segundo.

Metido a la política desde joven, Francisco será el enlace entre José Rondeau y José Gervasio de Artigas, los dos hombres elegidos por Mariano Moreno en el Plan Revolucionario de Operaciones para sublevar a la Banda Oriental. Luego peleará contra los porteños bajo las órdenes de Eusebio Hereñú, el delegado de Artigas en Entre Ríos. Será un artiguista convencido, proclamará los valores de la federación, de la república, de la democracia.

Por eso, cuando en 1817 Hereñú se dio vuelta y entró a jugar para los porteños —luego de que el Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón pactara con los portugueses la entrega de la Banda Oriental para quitar de en medio a Artigas—, Ramírez, fiel al líder oriental, combatió contra Hereñú y lo venció. Se convirtió así en el dueño de la provincia y en el segundo líder de los federales en importancia.

La historia no registra cuándo Pancho conoció a esa muchacha rubia, de ojos claros, a la que todos llamaron la Delfina. Pero se supone que fue en esos años en los que sus soldados peleaban en dos frentes, contra los porteños en el Sur y contra los portugueses en el Este. Poco se sabe de su origen: para algunos es Delfina Menchaca, una porteña apodada “La Portuguesa”, para otros es la hija bastarda de un virrey portugués o de un estanciero que marchó a la campaña contra Artigas. Muchos la consideran apenas una soldadera, es decir, una de las tantas mujeres que acompañaban al ejército ofreciendo su cuerpo a los milicianos.

La leyenda cuenta que ella estaba atada y que su belleza era evidente a pesar del cansancio, el sudor, la suciedad de las batallas y los días de campaña. La mirada fiera e indómita de Delfina habría cautivado a Francisco, quien hasta ese momento tenía la certeza de un amor tibio con Norberta, su pretendida oficial. Y la simpleza, la rudeza del caudillo entrerriano, la forma en que ejercía el poder,

sus movimientos de animal en guardia y su ternura de hombre de guerra la habrían seducido a ella, su prisionera.

Mientras Pancho se enamoraba perdidamente de la Delfina, ella lo alentaba a renunciar definitivamente a la vida pueblerina, lo incitaba a la lucha, a la política, a su amor revolucionado y montonero. Y Pancho dudaba. Volvía a su pueblo y Norberta le hablaba de su casamiento, del vestido que iba a usar en la boda, de la vida apacible que tendrían allí en su rancho a orillas del Uruguay.

Pero Ramírez soñaba con su disciplinada tropa, la más ordenada y obediente de todo el Protectorado de los Pueblos Libres creado por José Gervasio Artigas. Anhelaba el humo de los fogones, el olor de la pólvora, el rechinar del acero, el golpeteo de las herraduras contra la tierra, los gritos de guerra, el sabor de la sangre y el coraje. Por eso, cuando estaba en su Concepción se sentía como un puma enjaulado, y no veía la hora de volver a la campaña.

Y Ramírez volvió a la lucha. Regresó al cuartel donde lo esperaba esa mujer, su mujer, la dueña de su destino. Vestida de “coronela” con casaca de paño y charreteras, ella lo esperaba con su cabellera rubia revuelta, sensual, y los ojos bravíos. Francisco se definió, finalmente, y rompió su relación con Norberta. No fue una decisión fácil, era la hermana de uno de sus amigos más fieles y era la mujer “ideal” para la sociedad. Sin embargo, no era la mujer “justa”, como diría Sándor Márai, la mujer que mejor se ajustaba a los deseos, a la vida y a la muerte que iba a terminar cargando Ramírez.

El año 1819 fue clave para la historia de la Revolución en las Provincias Unidas. Lejos quedaban los días de gloria: Mariano Moreno y Juan José Castelli, muertos; José de San Martín tratando de armar la invasión al Perú acompañado por Bernardo de Monteagudo; Artigas, entreverado con los portugueses en la Banda Oriental; y Juan Martín de Pueyrredón, frustrado en su intento de que algún príncipe europeo quiera hacerse cargo de estas complicadas tierras. Tiempos difíciles.

Buenos Aires intentó, entonces, someter a las provincias del interior a una constitución centralista sancionada por el Congreso el 10 de mayo de ese año. Apenas veinte días después, Pueyrredón debió renunciar por la crisis política que generó el rechazo a su idea de la monarquía y a la nueva constitución. Y asumió el oriental José Rondeau, quien debió enfrentar el intento secesionista de la provincia de Tucumán. Ramírez y Estanislao López, caudillo de Santa Fe, habían

desobedecido a los porteños y estaban aprestándose para la guerra contra Buenos Aires. Por esa razón, Rondeau convocó al Ejército del Norte a bajar a la capital para reprimir a los jefes litoraleños. Pero en Arequito, las tropas se amotinaron y dejaron sin recursos militares a los porteños. Desairado, el oriental decidió presentar batalla a los litoraleños en los campos de Cepeda el primero de febrero de 1830. La victoria de los federales fue aplastante: los porteños sólo pudieron recuperar la artillería que, al mando de Juan Ramón Balcarce, logró replegarse hasta San Nicolás. Y la derrota conmovió a Buenos Aires hasta los cimientos, demolió a las autoridades nacionales y puso fin al Directorio Supremo. El nuevo gobernador, Manuel de Sarratea, para calmar las aguas y frenar a las fuerzas federales firmó con Entre Ríos y Santa Fe el Tratado de Pilar. En ese documento, las provincias se comprometían a respetar la unidad nacional y el sistema federal de gobierno, se llamaba a un congreso constituyente y se establecía un pacto ofensivo y defensivo. Allí se disponía, además, el despacho de una comunicación a Artigas para que firmara el tratado en nombre de la Banda Oriental.

El pacto fue una maniobra engañosa por parte de Buenos Aires, sobre todo contra Artigas, quien recientemente había sido derrotado por las fuerzas imperiales portuguesas en la batalla de Tacuarembó. Ramírez y López, sabedores de la debilidad del oriental, se apresuraron a firmar la paz con los porteños. Artigas se sintió traicionado por no haber sido consultado de antemano y, luego de refugiarse en Entre Ríos, desafió a Ramírez en su propio territorio. La provincia era muy pequeña para los dos caudillos. El Oriental venía en decadencia y el entrerriano en franco ascenso. Los dos hombres se desconfiaron, se desentendieron, y las ideas de la federación pagaron el precio de las vanidades y las desinteligencias. Se enfrentaron en un par de batallas y, finalmente, en Las Tunas, el 24 de junio de 1820, en el interior de esa provincia acuchillada por la geografía, Francisco derrotó a su ex protector político. El secreto de esa batalla estuvo en la pericia artillera de un hombre que años después haría historia: Lucio N. Mansilla, enviado por Buenos Aires para ayudar a vencer al líder oriental. Comenzó, entonces, la persecución de Artigas, hasta que exactamente un mes después, a unos pocos kilómetros de la ciudad de Curuzú Cuatiá, las tropas entrerrianas destrozaran a las artiguistas. Esa sangrienta batalla marcó el fin de la carrera política del más lúcido de los caudillos federales, quien debió marcharse definitivamente al exilio paraguayo.

Francisco y la Delfina quedaron como dueños de la mesopotamia.

No faltó mucho para que Pancho, ese caudillo organizado y moderno, quisiera institucionalizar el poder que sustentaba sobre su pericia de jinete, guerrero y líder popular. En septiembre, sancionó un Reglamento Constitucional para las tres provincias, y el 24 de noviembre fue proclamado Jefe Supremo de la República, título que no usó jamás él personalmente debido a sus convicciones republicanas, pero que derivó en el mote de Supremo Entrerriano. Pocos días después, proclamó la primera constitución provincial de la historia argentina: Entre Ríos pasaba a ser una república federal que quería ingresar en igualdad de condiciones en la Federación. Ramírez tuvo un rol modernizador en la provincia en materia social y política. Además, quiso recuperar la Banda Oriental, pero necesitaba un ejército más poderoso. Se lo pidió al Paraguay y, como el por entonces director José Gaspar Rodríguez de Francia se lo negó, decidió recuperar ese país para las Provincias Unidas del Sur. La campaña duró poco, en enero de 1821 volvió a Entre Ríos sin haber alcanzado su objetivo. La razón: López había firmado el pacto de la estancia de Benegas con Martín Rodríguez, el nuevo gobernador de la provincia de Buenos Aires, a espaldas del Supremo Entrerriano. Ramírez se sintió traicionado —de hecho, tanto los porteños como los santafesinos recelaban de su poder— y arremetió contra López. La acusación más fuerte era que en el nuevo tratado no figuraba ninguna cláusula que estableciera la recuperación de la Banda Oriental, desde hacía ya casi cinco años en manos de los portugueses. Como si se tratara de un perro que se come la cola, los caudillos litoraleños se fueron traicionando unos a otros: Ramírez a Artigas, López a Ramírez, en una sinfonía interpretada por quien se llevó la mejor parte en esta danza de enfrentamientos: la porteñada centralista que fue deshaciéndose uno por uno de los políticos que la molestaban.

Ramírez se lanzó a la guerra contra Buenos Aires y Santa Fe. Acompañado por la Delfina y por el chileno José Miguel Carrera —un personaje nunca bien desentrañado por la historia argentina— cruzó el Paraná para derrotar a López. No lo sabía pero esa era su última campaña, ya nunca volvería a pisar el suelo entrerriano.

Como suele ocurrir muchas veces en los grandes desastres, los primeros signos siempre son positivos. Cerca de Coronda, derrotó al inefable Gregorio Aráoz de Lamadrid, un guerrero valiente como pocos, pero desordenado, sanguinario y veleidoso como nadie. Pero rápidamente, Ramírez se desayunó de la verdad: estaba solo en territorio enemigo. Mansilla lo había traicionado y se había quedado con sus tropas en Entre Ríos. Buenos Aires dominaba el Paraná. Pancho y la Delfina estaban aislados y contaban con apenas 700 hombres.

Lamadrid volvió a la carga contra él y en los campos surcados por el río Carcarañá intentó asestarle un golpe durísimo. Ramírez, en inferioridad numérica —un entrerriano contra dos porteños—, pudo vencer al tucumano unitario, desbandar a su ejército y apropiarse de la caballada, la artillería y 380.000 pesos que formaban el botín de guerra. Pero fue una victoria pírrica: en la sangrienta batalla perdió a la mitad de sus hombres.

Eran apenas 300 hombres que enfilaban hacia la ciudad de Córdoba para hacer pie allí y recuperar fuerzas. Pero a mitad de camino, López les salió al cruce con los suyos. Ramírez ya casi no tenía soldados para presentar batalla. El santafesino cargó contra el entrerriano y el Supremo apenas pudo huir hacia el sudoeste de la provincia mediterránea, cerca de San Luis. Allí atacó a Bustos pero fue repelido por el caudillo cordobés.

La situación era desesperante. Carrera decidió abandonar a Ramírez y buscar territorio chileno para ponerse a salvo. Pero Francisco y la Delfina creyeron que era mejor replegarse hacia Entre Ríos, cruzando el Paraná por el norte santafesino, desafiando a los indios chaqueños. Ninguno de los dos hombres logró su objetivo: Carrera fue detenido por el gobernador mendocino Tomás Godoy Cruz, que lo ejecutó sin piedad y desmembró su cuerpo; Francisco, en cambio, tuvo una de las muertes más románticas de la historia argentina.

Iba el Supremo ladeando las sierras cordobesas, escapándoles a los enemigos que le mordían los talones como perros de presa. Era apenas un batallón de hombres deshilachados y una mujer, que a pesar de la inclemencia de la guerra no perdía su belleza. Iban montados a caballo, sucios, desgastados, vencidos, entre los montes silenciosos, bebían de los arroyos generosos, se alimentaban de lo poco que les quedaba. Iban mustios, apurando el paso para sortear al ejército enemigo que les podía salir al cruce en cualquier momento. Y entre esa tropilla de fantasmas iba él, quien había sabido ser el Supremo, el dueño de la mesopotamia por algunos meses, el caudillo entrerriano, el protegido de Artigas, el hombre que ató su caballo a un palenque en las afueras de Buenos Aires, la caprichosa, y les advirtió a los porteños que o anulaban la constitución unitaria o se acababa Buenos Aires, el que sembró de terror a la capital. Y el Supremo pensaba en esa patria veleidosa, en la que no se puede confiar, en la de la suerte inconstante, en esa patria de ojos morenos, traidores, que lastiman como cien puñales.

En esas cosas pensaba el Supremo cuando en los primeros días del frío julio serrano, uno de los suyos le dio el aviso de que una partida lo seguía de cerca y que el cruce era inminente. A desgano, Ramírez ordenó apretar el paso. Él, que fue el Supremo, estaba obligado a huir como una alimaña.

El 9 de julio llegaron a las cercanías de Río Seco. Tras sus pasos andaba el gobernador interino de Córdoba, el coronel Francisco Bedoya. Y a la mañana siguiente, minutos después de las siete, los mediterráneos se abalanzaron sobre los entrerrianos. El asalto fue un desastre para los litoraleños que se desbandaron al grito de sálvese quien pueda. Era el fin de la aventura y los sueños del Supremo. Pero todavía faltaba que pagara con su vida su empeño.

A media mañana la batalla estaba decidida a favor de los cordobeses. Ramírez logró huir con un puñado de soldados entre los que iba la Delfina. El repiqueteo de las herraduras sobre la tierra mustia de invierno le ponía música a la tragedia que se avecinaba. Iban con los rostros tensos, desafiando el viento frío, ligeros, huyendo de las armas enemigas. Y detrás, la soldadesca enemiga que anhelaba el trofeo que había exigido López: la cabeza del Supremo Entrerriano.

Entonces —siempre hay un entonces en toda historia— el caballo de la Delfina trastabilló y la portuguesa fue a dar contra el suelo. Lastimada por la caída, intentó ponerse en pie cuando se vio cercada por los enemigos que se le acercaban como perros cimarrones. Blandió su sable, opuso resistencia, intentó dar un par de estocadas, pero uno de los soldados logró echarla a tierra. La rodearon y recién en ese momento se dieron cuenta de que se trataba de una mujer y de que esa mujer era bonita. Y empezaron a burlarse de ella, a manosearla, a magrearla arrojándosela de un lado al otro. La Delfina gritó, berreó, pidió ayuda, mientras las manos sucias de sus captores la desnudaban.

Como si el instinto de hombre enamorado lo hubiera golpeado, Francisco tiró de las riendas de su caballo y se dio media vuelta. Miró a sus soldados y preguntó por la Delfina. Ninguno pudo contestarle la pregunta y entonces se percataron de que la mujer había caído. En un segundo, Ramírez espoleó al animal y encaró hacia sus enemigos.

Hay allí un acto de bizarría. Ramírez estaba acabado. Todo lo que había construido políticamente lo había perdido. Estaba prácticamente solo. Su mujer había caído en manos enemigas y él tenía a pesar de eso la oportunidad de

escapar. Pero acaso la mejor definición de la valentía sea hacer aquello que hay que hacer aun cuando sea inconveniente. Francisco era diestro en el hábito del coraje, por lo tanto ésta no fue una excepción en su vida. Tal vez estuviera en su naturaleza. Y habría que preguntar si es en realidad valentía aquello que surge naturalmente. O si el amor no es, acaso, el terreno predilecto del coraje.

En ese momento escuchó los gritos desesperados de la Delfina que estaba siendo abusada por la manada de soldados. Francisco empuñó su tacuara montonera y ensartó a uno de sus enemigos. Pero en el movimiento, su pecho quedó al descubierto y uno de los soldados cordobeses le acertó un pistoletazo. Los entrerrianos se trabaron en la escaramuza y lograron rescatar a la Delfina de las garras de sus violadores. Pero ya todo había terminado. Francisco sintió el fuego en el pecho y se recostó sobre su caballo. Y el animal, como si supiera que su jinete se entreveraba con la muerte, aquietó su paso y prosiguió su camino zigzagueando. Las versiones históricas difieren en lo que ocurrió después, pero nos gusta creer que Ramírez pudo apearse del animal y, sable en mano, enfrentó por última vez a sus enemigos. Era un federal que moría a manos de federales. Dice la leyenda que, como un animal herido, atinó a lanzar un par de sablazos. Pero una lanza traidora le atravesó el vientre. Lo último que vieron sus ojos fueron los caballos amigos que ponían a salvo a su mujer y la llevaban a tierra segura, a la lejana Entre Ríos, esa que él ya nunca volvería a ver.

Los entrerrianos galopaban furiosos por el norte cordobés. Atrás quedaba el cuerpo muerto de quien había sido su líder. Atrás quedaba el cadáver del hombre que marcaría la vida de esa mujer rubia que dejaba de ser “la Coronela”. Un último y brutal sacrificio faltaba en esta lidia de carne y aceros. Uno de los soldados tomó a Ramírez de los cabellos y con un machetazo seco separó la cabeza del tronco. Mandó enterrar el cuerpo y envolvió el cráneo en un poncho sucio de tierra y sangre.

La cabeza del Supremo Entrerriano le llegó a López poco tiempo después. En una última humillación innecesaria, la mandó embalsamar y la hizo colgar en una jaula de una de las arcadas del Cabildo de la ciudad de Santa Fe, desde donde él gobernaba su provincia. Dice la leyenda que cuando López se cansó de tener la cabeza de su enemigo a la vista de todos, la colocó en su despacho y se la mostraba a los enemigos políticos que venían a presionarlo o a querer intimidarlo. Muchos años después, el gobernador santafesino quedó entreverado en el crimen de otro caudillo federal, Juan Facundo Quiroga, y eso marcó el apagón de su estrella política. Murió enfermo de tuberculosis el 15 de junio de

1838. Y nadie pudo arrancarle el orgullo de haber sido uno de los pilares de la federación, como Artigas, como Ramírez, como Manuel Dorrego.

Apenas un año después, el 28 de junio de 1839, en la ciudad conocida como Arroyo de la China (actual Concepción), muere la querida de Ramírez. Hace muchos años que dejó de ser la “Suprema”, la viuda. Incluso, toda la ciudad sabía y se horrorizaba por las visitas que recibía en su casa de un hombre secreto. También se rumorea que hasta el propio Mansilla la codició. Sin embargo, su muerte esparce tristeza. Porque quién sabe sin con la Delfina no murieron también las últimas cosas que amó Francisco. Quién sabe sin con la Delfina no volvió a morir Francisco. Una sola persona quizás esté alegre por su muerte. Y el quizás es una duda. Esa persona, claro, es Norberta Calvento, la novia oficial del Pancho Ramírez. Matar y morir por amor es el culmen del coraje romántico. Pero tal vez no haya mayor acto de valentía que vivir enamorado de un amor derrotado.

Norberta sobrevivirá más de cuarenta años a los protagonistas de esta historia: morirá soltera y sin hijos el 22 de noviembre de 1880. La enterrarán con el vestido de novia que no había podido usar en su frustrada boda con Francisco Ramírez.

Capítulo 7

La sombra de la Federación

Ciriaco Cuitiño

Nada como esa Federala

manera de vivir r de morir.

…..

Así persistía

Cuitiño

con su apellido de tendero gallego

su mala fama,

su escapulario bendito y su degüello.

La refalosa crecía entre sus venas

y la federación por sus sombras.

“Cuitiño”,

Jorge Luis Borges

I

El carcelero lo miraba con desprecio. Ahora, lo miraba con desprecio. No antes, cuando le temía. Sino ahora que era un condenado a muerte y le quedaban un par de horas. El carcelero no le tenía miedo. A él. Justamente a él, que había sido el terror, el carcelero no le tenía miedo. A él, que había teñido de rojo los años federales. A él, que nombrarlo generaba pavura. Al señor del degüello y el macabro baile de la refalosa. Al dueño de los mataderos, al señor de la noche y el acero. Al jefe de la Mazorca, de la "más horca", el que mandaba matar con el marlo allí donde sus enemigos perdían su hombría. El que olía a los "bárbaros salvajes impíos unitarios", fiscalizaba sus barbas, sus cabellos. Quien había desterrado el celeste y el verde de la ciudad. Él, en fin, cuyo gálico nombre, Ciriaco Cuitiño era el horror.

—Diga su última voluntad, Cuitiño —dijo con desdén el carcelero que ya no le temía y se animaba a nombrarlo.

Cuitiño lo miró burlón. Con ácida arrogancia. Escupió al suelo y dijo:

—Hilo y aguja, nomás...

—¿Para qué? —preguntó sorprendido el carcelero.

—Hilo y aguja, nomás... —repitió Cuitiño y volvió a sonreír burlón.

II

El siguiente relato sobre la muerte de Cuitiño pertenece a Manuel Gálvez, ese contradictorio y prolífico escritor nacionalista de la primera mitad del siglo XX. Y lo cuenta en su elocuente biografía de Hipólito Irigoyen: "Es el 29 de diciembre de 1853 —relata el escritor—. Un pueblo numeroso arrebata la Plaza de la Concepción. Desde el alba, han ido reuniéndose allí gentes de toda clase: señores, negros, gauchos, compadritos. Son seis mil, según un periódico del siguiente día: gran multitud para aquella Buenos Aires de ochenta mil habitantes. Y a pesar de lo abigarrado del gentío y de la ansiedad que lo inquieta, un silencio

unánime, solemne, permanece en el ámbito del lugar. ¿Qué espera esta multitud? A las nueve, dos hombres van a ser fusilados. Ella quiere ver morir a los que fueron elementos de acción de don Juan Manuel de Rosas; el déspota hermoso y rubio, el bienamado de las plebes de Buenos Aires y de los gauchos de la pampa, dueño del país durante cuatro lustros y arrojado del poder un año y diez meses antes".

Relata Gálvez que uno de los condenados salió resuelto del calabozo, afirmando que él había servido a un gobierno legítimo y que no había actuado nunca sino bajo las órdenes de Don Juan Manuel. Al otro, "el terror y la insensibilidad del lado derecho de su cuerpo le impedían salir del calabozo". Dos soldados lo tuvieron que sacar a la fuerza al hombre que lloraba y temblaba.

Luego los subieron engrillados a una carreta de bueyes y los acompañaba un fraile franciscano que les otorgaba la extremaunción. Un cortejo de curiosos los seguía. "El de la barba blanca", lo describe Gálvez, va casi desmayado, tembloroso. El otro, el de los cabellos terribles y la barba oscura, va de pie, orgulloso, desafiante: "¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva Don Juan Manuel de Rosas!", dicen que gritaba a quienes lo insultaban. Es fornido, magro, de carnes duras y semblante feroz. Corta el aire con la mirada y tiene voz de trueno. Lleva la camisa abierta y los pantalones azules rayados.

Suben al patíbulo. Al de barba blanca le envuelven la cabeza con un poncho descolorido y lo sientan en un banquito. Llora, gime. Susurra pidiendo perdón. El otro, no, claro. No teme a la muerte. Convencido de que hizo lo correcto, grita que no quiere ni que lo aten ni que le venden los ojos. Que quiere enfrentar a la muerte con el pecho desnudo, grita, que tiren si tienen pelotas. Los matadores se arrojan sobre él para sujetarlo, para atarle los brazos a la espalda y sentarlo en el banquillo. Mientras el de barba blanca se desmaya por el miedo, él enfrenta al pelotón con el pecho henchido de coraje. Él, que fue la mano derecha de la vida y de la muerte en Buenos Aires, no va a andar temiéndole a la muerte. La multitud se calla. Hay momentos en que el valor de un hombre hace callar a las multitudes. Se escucha un grito victorioso: "¡Viva la Santa Confederación! ¡Mueran los salvajes unitarios!". Se escuchan los disparos. No son los salvajes unitarios los que han muerto. Son los dos jefes de la Mazorca los que yacen sin vida.

Los matadores toman los dos cadáveres y los cuelgan en la horca. Para que todos vean cómo terminan los federales rebeldes. Gálvez nos explica quiénes

eran esos dos hombres: “El ajusticiado que murió valerosamente era el coronel Ciriaco Cuitiño. El ajusticiado de los ojos azules y de la barba blanca llamábase Leandro Alén”.

III

Mendocino era. Y había nacido en 1795. El primer registro que tiene la historia de Cuitiño es en 1818, como teniente de milicias, ya en la provincia de Buenos Aires. Fervoroso federal y partidario de Manuel Dorrego, es nombrado alcalde de Quilmes en 1827, donde combatió al cuatrerismo con métodos durísimos. Tras el golpe de Estado que realizó Juan Galo de Lavalle, Cuitiño se plegó a los caudillejos federales que combatieron a los unitarios por la provincia. Eran los tiempos en que Ramón Estomba y Federico Rauch sembraban el terror en la campaña. Fue ese año 29 cuando los seguidores de Dorrego eran asesinados de maneras brutales como ser atados a las bocas de los cañones y despedazados cuando disparaban los proyectiles. Fue ese año 29 cuando, por única vez en la historia argentina, se registraron más muertes que nacimientos. Gobernaba Lavalle, el primer dictador de estas tierras.

El terror unitario concluyó hacia fin de año, tras la batalla de Puente de Márquez, en la que Rosas y los suyos —entre ellos Cuitiño— derrotaron por más de veinte años a los liberales. Fue por esos días que Ciriaco conoció al líder político que marcaría el resto de su vida y por el que iba a estar dispuesto a matar y morir en su nombre.

Fervoroso militante federal, ingresó en la Policía durante el primer gobierno de don Juan Manuel, donde alcanzó el puesto de comisario. Pero no fue hasta 1833, que su nombre comenzó a hacerse famoso. Ese año, el partido Federal se resquebrajó entre los “lomos negros” o “cismáticos” (doctrinarios y moderados) y los “apostólicos” o “netos” (partidarios de Rosas y radicales). El gobernador Juan Ramón Balcarce, cansado de la tutela de su predecesor, inició una serie de contactos con los unitarios con el fin de ampliar su base de poder. Rosas llevaba adelante la campaña contra los indios y descuidaba el armado político en la ciudad. Pero para eso estaba su mujer, la impertérrita doña Encarnación Ezcurra, la que tejía por debajo los hilos de la Sociedad Popular Restauradora. Su presidente formal era Julián González Salomón, y estaba integrada por miembros de las familias más tradicionales de la ciudad: los Terrero, los Arana,

los Anchorena, los Pinedo, los Mansilla.

Los apostólicos golpearon contra Balcarce —a quien consideraban un traidor— en octubre de 1833. Y en noviembre el gobernador renunció a favor de Juan José Viamonte, un federal neutral, pero que consultaba habitualmente a doña Encarnación. Fue durante esos días y noches que la mujer se dedicó a crear el brazo armado de la Sociedad Popular. Lo llamaron la "Mazorca" porque sus miembros debían mantenerse unidos como los granos del choclo. Los jefes eran Cuitiño y Andrés Parra, quienes reclutaron sus parapoliciales entre las fuerzas de seguridad de la cuidad y los cuchilleros de los mataderos. Y entre sus hombres estaban Silverio Badía, Manuel Troncoso, Fermín Suárez, Estanislao Porto y Leandro Alén, entre otros.

Nada está confirmado por la historia, pero las crónicas de la época aseguran que la Mazorca marcaba a los unitarios y a los federales moderados, que los perseguía, los acallaba, los amenazaba. Durante dos años —de 1840 a 1842—, los llamados "años rojos" de la ciudad, los mazorqueros se dedicaron a saquear las casas de los opositores. Los reconocían por la ropa afrancesada, por la barba prolija, por los ademanes o porque utilizaban el color celeste para vestirse. Incluso, dice la leyenda que algunas personas fueron apresadas porque en las ventanas y balcones de sus casas florecían pimpollos celestes.

Y no ahorraban sangre en los métodos que usaban para asesinar. El cuento "El matadero", de Esteban Echeverría, da una imagen de cómo eran esas formas terribles de matar. Preferían el degüello. Esa era la firma de la mazorca. Lo apodaban jocosamente "violín y violón". Y tenían una danza macabra llamada "La Refalosa" que consistía en mantener de pie al degollado, que mientras hacía movimientos espasmódicos, se desmayaba y se resbalaba en el charco de sangre que manaba incontenible de su cuello.

La otra forma de humillar a sus enemigos era golpear a sus víctimas hasta mantenerlos al borde de la muerte para luego introducirle un choclo en el ano y dejarlos morir de esa manera. Si la víctima tenía suerte, los mazorqueros decidían degollarla, así se acababa su sufrimiento. Los registros policiales aseguran que en el año 1840, aquel que se inició con la invasión de Lavalle, fueron asesinados al menos veinte opositores unitarios. Dos años después, el mismo número de víctimas se produjo en Buenos Aires cuando los unitarios fueron definitivamente derrotados en la batalla de Arroyo Grande, en la que las tropas del oriental federal Manuel Oribe derrotaron a las del oriental colorado

Fructuoso Rivera.

Lo curioso es que tanto en 1840 como en 1842, la Mazorca dejó de actuar cuando el mismísimo Rosas, ese hermoso déspota, como lo llamaba Gálvez, ordenó públicamente que se terminaran los crímenes. Y los crímenes se acallaron. Cuatro años después, en 1846, Rosas mandó disolver la Sociedad Popular Restauradora y con ella su grupo parapolicial que le debía, casualmente, el nombre a un poeta federal devenido con los años en un furibundo unitario. José Rivera Indarte escribió en su juventud el poema "Viva la Mazorca", que comenzaba diciendo: "Al unitario que se detenga a mirarla. // Aqueste marlo que miras / de rubia chala vestido / en los infiernos ha hundido / a la unitaria facción".

Ciriaco aquietó, entonces, su puñal rojo punzó. Se dedicó a su labor como jefe de serenos y comisario, a regentear la pulpería que lo hacía medianamente rico y a participar de reuniones con los federales más cercanos a Rosas. Incluso había juntado unos pesos y se compró la casa donde había vivido Mariquita Sánchez de Thompson, el mismo lugar donde dicen que se cantó por primera vez el himno nacional argentino.

IV

La derrota de Caseros fue una debacle personal para Cuitiño. Él, que había entregado con pasión y honestidad su vida a la causa federal, que había bañado en sangre el barro de las calles de la aldea porteña para proteger a su líder, que había obedecido ciegamente a doña Encarnación, él, ya no tenía lugar en la Buenos Aires liberal y vengadora. Durante dos años le anduvieron perdonando la vida a Ciriaco sus enemigos, en esa extraña paz armada que significó el proceso posterior a la caída de Rosas. Perdido andaba con su barba oscura, apenas veteada por dos o tres líneas de canas, con su mirada huidiza, paranoica, como de gato negro en la negra noche.

El 11 de septiembre de 1852 los porteños decidieron separarse de la Confederación Argentina. Dos meses después, el general Hilario Lagos se levantó contra la porteñada rebelde. Allí encontró Ciriaco su esperanza perdida. Se alistó en el ejército sitiador que mantuvo a raya a la ciudad durante meses. Pero una noche cometió un error extraño para alguien como él. Entró en la

ciudad junto a Alén para visitar a su familia. Un sereno dio la voz de alto, la desconocieron y la balacera quebró el silencio nocturno. Un rechinar de aceros brilló en una esquina hasta que una partida los acorraló. Se entregaron cuando ya no tenían opción.

Fueron encarcelados y luego ocurrió lo de siempre. Un juicio operado donde se comprobaron algunas muertes y se inventaron otras tantas y una sentencia puesta: fusilados y que sus cuerpos fueran expuestos para escarmiento durante cuatro horas.

V

No hay mayor muestra de bizarría que la forma en que un hombre encara su propia muerte. Allí se acaban las palabras. Cuitiño, si es que fue valiente, no lo fue cuando mataba, cuando sembraba el terror en la noche porteña. No lo fue con el puñal punzó en la mano ni con el sable en las batallas que combatió. Su valor se presentó allí, cuando supo para qué había vivido. Un instante de coraje, a veces, justifica toda una vida de cobardías. En la historia de Ciriaco, ese instante lo redime, en cierto modo, de todos sus horrores.

El soldado, que ya no temía nombrarlo, le alcanzó el hilo y la aguja que a modo de última voluntad había pedido el hombre que había sido el terror en Buenos Aires.

—¿Para que quiere aguja e hilo, Cuitiño? —preguntó insolente el soldado.

Cuitiño, que horas después iba a morir como un valiente, sonrió chusco. Comenzó a coser su camisa blanca a los pantalones azules a rayas. Midió lo que iba a decir y explicó con ese coraje que a veces tienen las palabras:

—¿Sabe qué pasa? Como después de fusilados nos van a colgar, no quiero que a un federal se le caigan los pantalones ni después de muerto.

Capítulo 8

El día del árbol

El cacique Arbolito y Federico Rauch

Uno piensa que los días de un árbol son todos iguales.

Sobre todo si es un árbol viejo. No. Un día de un viejo árbol es un

día del mundo.

La balada del álamo carolina,

Haroldo Conti.

Corren tiempos sangrientos en las provincias Unidas del Sur. Un golpe militar derrocó al gobierno legal y legítimo de la provincia de Buenos Aires, y el jefe de los sublevados, Juan Galo de Lavalle, asesinó el 13 de diciembre de 1828 en los campos de Navarro al primer mandatario, el líder popular y federal Manuel Dorrego. Los unitarios están nuevamente en el poder. Y son brutales. En las ideas y en las prácticas. Son tiempos de dictadura, la primera dictadura de estas tierras.

En los periódicos porteños, los unitarios amenazan con colgar a los demás líderes federales, como al cordobés Juan Bautista Bustos, al santafesino Estanislao López o al riojano Facundo Quiroga. El poeta y escritor Juan Cruz Varela aconseja con asepsia darwinista: “Lavalle debiera degollar a cuatro mil” y le advierte a los federales: “¡Ojo a Navarro y la barba en remojo!”. Julián Segundo Agüero, un sacerdote poco pío, le recomienda al general rubio: “No dudo que Usted ha de concluir con estos salvajes, es necesario que se logre cuanto antes”. La nueva consigna se publica en el diario unitario: “O nuestra causa triunfa o el país se convertirá en un desierto”.

Esa es la porteñada liberal y unitaria que no soportó que el partido de los populares alcanzara el gobierno de la provincia y ahora esparce todo su desprecio por las calles y la campaña bonaerense. Fueron y son los dueños del poder que, resentidos por haber perdido la autoridad, intentan escarmentar a los sectores populares. Se creen ilustrados y están dispuestos a imponer su civilización a los palazos.

Las escenas de represión son brutales. Juan Apóstol Martínez, por ejemplo, patrulla la provincia de Buenos Aires en busca de los caudillejos federales. Y cuando los encuentra los obliga a cavar sus propias tumbas. Pero hay algo aún peor: es la forma de morir lo que horroriza a todos. Ata a los gauchos a las bocas de los cañones y sus cuerpos son destrozados por las metrallas. El coronel Juan Ramón Estomba asesina de esa misma manera al mayordomo de la estancia “Las Víboras” de la familia Anchorena, sólo porque no sabe o no quiere decir hacia dónde se ha marchado Juan Manuel de Rosas.

La civilización acusa a sus enemigos de bárbaros, de salvajes, les quita entidad como seres humanos, creen que con ellos se puede hacer cualquier cosa. Cosifican a sus enemigos, los degradan, los humillan y, paradojalmente, son ellos los que se barbarizan, los que se incivilizan. Al matar al “bárbaro”, es el

civilizado el que asume el lugar del otro, el que se convierte en la barbarie que asegura combatir. Nada más terrible que el horror civilizado, que la ciencia puesta al servicio de la muerte, que el progreso como mayordomo del diablo.

Entre los peores civilizadores se encuentra un frío prusiano nacido en Weinheim, en 1790, y que participó de las batallas napoleónicas, donde aprendió el arte de matar. Llegó a estas costas a mediados de 1819 y en 1823 se puso bajo las órdenes de Bernardino González Rivadavia, quien le encomendó encargarse de los indios ranqueles al sur de la metrópoli. El negocio era sencillo. El gobierno de Martín Rodríguez, cuyo hombre fuerte era Rivadavia, había logrado que unos quinientos estancieros se apropiaran de poco menos de nueve millones de hectáreas, y el encargado de mantener a raya a los ranqueles a quienes les habían robado las tierras, de brindar seguridad a los apropiadores de riqueza, no era otro que el alemanote Rauch, premiado con el grado de coronel del reciente Ejército Nacional reformado.

Rauch tenía una fórmula infalible: atacaba a los ranqueles por sorpresa y mataba por igual a hombres, mujeres y niños, nadie se escapaba a su política genocida. Y hasta tenía una gélida racionalidad económica. En los partes de guerra remitidos a Rivadavia, el chacal prusiano escribía: "Hoy 18 de enero de 1828, para ahorrar balas, degollamos a 38 ranqueles”.

Rauch realizó tres campañas contra los indios entre 1826 y 1827. La primera se inició el 26 de octubre de 1826, cuando partió desde Toldos Viejos (a 50 kilómetros de la ciudad de Dolores) con ochocientos hombres y masacró a los indígenas de la zona como represalia al saqueo que los indios habían realizado contra las haciendas de la región.

La segunda se produjo en noviembre de ese mismo año, con el doble de soldados que la anterior y el mismo objetivo: eliminar a los habitantes originarios de las tierras del Sur. La tercera se concretó en enero de 1827. En esa ocasión fue tan cruel que fue premiado por los estancieros de la zona por su rudeza.

En 1829, el pérfido coronel Rauch arremetió también contra los federales. La cacería se extendió por toda la provincia y el prusiano no daba tregua ni cuartel: los prisioneros de guerra eran ejecutados vilmente: los descuartizaba a los hachazos limpios. En pocos meses fueron asesinadas más de mil personas, incluso niños de siete años que llevaban la divisa rojo-punzó. En 1829 los

registros indican que por única vez en la historia las muertes sobrepasaron a los nacimientos. Los políticos federales eran obligados a exiliarse, entre ellos, Juan Ramón Balcarce, Tomás y Juan José Anchorena, Felipe Arana, Manuel Vicente Maza, Victorio García Zúñiga, Manuel Hermenegildo Aguirre y Francisco y Agustín Whright, quienes logran escapar hacia Montevideo.

En la campaña sureña, Ramón Bernabé Estomba cometió atrocidades tan tremendas que sus propios oficiales subalternos lo amarraron a la cama y lo llevaron maniatado a Buenos Aires, donde murió ese mismo año en un hospicio. Y a Rauch no le fue mejor.

Su nombre huinca era Nicasio Maciel. Pero todos lo conocían como Arbolito por su aspecto físico: flaco, alto, porrudo y de color madera. Pertenecía al grupo ranquel liderado por Painé, el padre de Panghitruz Güor. Este último no es otro que el célebre Mariano Rosas, cautivo de Juan Manuel y protagonista del clásico *Excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla. Arbolito nunca fue líder ranquel, pero pasó a la historia gracias a un oscuro día de justicia. El día que degolló en los campos de Las Vizcacheras al inefable alemán Rauch.

Corría el mes de marzo del cruento año 29. El sur de la provincia estaba sublevado contra los unitarios. Los federales salían de los campos como hongos y era incontrolable la furia popular. Indios y gauchos se habían aliado contra el enemigo común, y en la frontera los caudillejos y los caciques compartían información e incluso tejían pactos defensivos y ofensivos. Y saqueaban juntos las poblaciones que obedecían al Gobierno, como la Guardia del Monte, el 19 de marzo.

Lavalle envió a Rauch con sus húsares a recuperar el ganado robado y el alemanote llegó el 21 a la costa norte del río Salado y avistó a los enemigos que huían rumbo al Sur, hacia ese lugar que los porteños denominaban el desierto. Ambos ejércitos se encontraron en Las Vizcacheras a las dos de la tarde del 28 de marzo de 1829. De un lado, los experimentados húsares de Rauch que habían participado en la guerra contra Brasil, del otro, los valientes montoneros e indios federales que le hacían frente al Ejército de línea, aun cuando estuvieran en desventaja numérica y de armas.

Dos valientes están a punto de enfrentarse: Rauch y Arbolito. Dos culturas, dos historias, dos lenguas, dos memorias, dos hombres. El coraje de la técnica europea contra el del pecho desnudo, el de la soberbia estrategia contra el de la

improvisación y la pobreza.

Frente a frente los federales se alistaron en línea de combate de la siguiente manera: los escuadrones Sosa y Lorea formaron el ala derecha, flanqueados por los indios de Arbolito; los escuadrones Miranda y Blandengues el ala izquierda, y como flanqueadores a los indios de Mariano Rosas; el escuadrón González y milicianos de la Guardia del Monte al centro.

Seguro de su victoria, Rauch se puso al frente de la caballería y sable en mano mandó a atacar al enemigo con la confianza de que con una sola carga iba a desparramar a los federales por todo el campo de batalla. Pero se equivocó. Su carga partió el centro enemigo pero no pudo ver que los flancos adversarios habían puesto en fuga a las tropas unitarias. Convencido de que la batalla ya había sido ganada con apenas un ataque de caballería, volvió al galope al centro de la plaza. Pero se dio cuenta tarde de lo que estaba ocurriendo: sus soldados se dispersaban perseguidos por el gauchaje montonero.

Rauch no tenía alternativas. Rodeado, intentó abrirse paso a los sablazos entre los paisanos de a pie bajo la atenta mirada de Arbolito. El alemán se batió con bizarría contra varios enemigos que intentaban bajarlo del caballo con sus lanzas. Y pudo hacerse paso entre la montonera. Pero tuvo mala suerte: espoleó a su caballo, pero cuando tomó velocidad, el cabo de Blandengues, Manuel Andrada, le lanzó las boleadoras que enredaron las patas del caballo y echaron por tierra al prusiano. Se levantó herido y allí se encontró frente a frente con Arbolito. Los dos valientes de miraron. Se putearon en distintos idiomas pero se odiaron con el mismo lenguaje. Los músculos tensos, el sudor recorriendo las frentes, las espaldas, las heridas de ambos que no podían contener la sangre ni la carne que pugnaban por salir. Los aceros a punto de batirse. Se atacaron, se demolieron a sablazos, se lastimaron, se hundieron el hierro en el cuerpo, se cansaron, resoplaron, volvieron a putearse. Exhausto, Rauch se descuidó, entonces Arbolito clavó su espada en el costillar izquierdo del alemán, que lanzó un grito de horror. Su rostro se transfiguró. Supo que ese era el fin que había venido a buscar a este desierto del Sur. Miró por última vez los ojos de su matador. Eran ojos oscuros, nobles, valerosos. Arbolito hizo fuerza para sacar del cuerpo de su enemigo el hierro ensangrentado. Rauch cayó boca abajo y encontró en esa pampa la muerte bárbara que lo andaba esperando.

El vencedor de ese duelo de valientes tomó al derrotado de los cabellos y con su sable separó la cabeza del cuerpo. La levantó de los pelos y lanzó un grito

de victoria. La montonera festejó bulliciosa: había muerto el hombre que había sembrado el terror en esos campos del Sur, el implacable degollador de indios y gauchos, el asesino de niños y mujeres. Era un oscuro día de victoria.

Nadie supo en Buenos Aires el destino de Rauch. El informe del coronel Anacleto Medina al señor Inspector General coronel Blas Pico decía circunspecto: “Chascomús, Marzo 29 de 1829 — El coronel que suscribe pone en conocimiento del Señor Inspector General, jefe del estado mayor, que habiéndose reunido en el punto de Siasgo al señor coronel Rauch, en virtud de órdenes que tenía, marchó toda la fuerza en persecución de los bandidos que habían invadido el pueblo de Monte, y ayer a las dos de la tarde fueron alcanzados, como cuatro leguas de la estancia de los Cerrillos, del otro lado del Salado, en el lugar llamado de las Vizcachas. Una y otra división se encontraron, y, cargándose, resultó flanqueada la nuestra por los indios, que ocupaban los dos costados del enemigo. Después del choque, cedió nuestra tropa a la superioridad que, en doble número, tenía aquel, y se dispersó a distintos rumbos, ignorando el que firma cuál habrá seguido el comandante general del Norte. Se me ha incorporado parte del Regimiento de Húsares con todos sus jefes, hallándose heridos el comandante Melián, el ayudante Schefer y el teniente Castro del regimiento 4. El señor coronel D. Nicolás Medina se infiere que es muerto; y no será posible detallar la pérdida que habrá resultado, por no saber si se ha reunido por otro rumbo a otro jefe. La pérdida del enemigo debe ser bastante. Me he replegado a este punto con 72 húsares y 48 coraceros del 4. En él pienso permanecer, y defender esta población, que tengo probabilidad de que va a ser atacada, y se halla en gran compromiso el vecindario que se declaró por el orden. El que suscribe saluda al Señor Inspector con su acostumbrada consideración. Anacleto Medina”.

Nada decía el parte del duelo de valientes. Nada del horror y de la muerte. Relata el soldado federal Prudencio Arnold en sus memorias que la cabeza cortada de Rauch la llevaron a la localidad Guardia del Monte y la arrojaron a las puertas de la casa de su madre, a quien Rauch había amenazado con azotarla y quemarla en la plaza. Hasta allí los hechos documentados. La leyenda cuenta que una noche oscura un jinete desconocido arrojó la cabeza en una de las embarradas calles de Buenos Aires como advertencia a los unitarios. De esa manera se enteró la ciudad aldea del “destino sudamericano”, en palabras de Jorge Luis Borges, del oficial prusiano Federico Rauch.

Capítulo 9

Caballo de mar

Martín Miguel de Güemes

Las tierras, las tierras, las tierras de España,

las grandes, las solas, desiertas llanuras.

Galopa, caballo cuatralbo,

jinete del pueblo,

al sol y ala luna.

¡A galopar,

a galopar,

hasta enterrarlos en el mar!

A corazón suenan, resuenan, resuenan

las tierras de España, en las herraduras.

Galopa, jinete del pueblo,

caballo cuatralbo,

caballo de espuma.

¡A galopar,

a galopar,

hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;

que es nadie la muerte si va en tu montura.

Galopa, caballo cuatralbo,

jinete del pueblo,

que la tierra es tuya.

¡A galopar,

a galopar,

hasta enterrarlos en el mar!

Rafael Alberti

Una de las características diferenciales del hombre es la capacidad para organizarse para la guerra. La posibilidad de poner toda su creatividad al servicio de la masacre es quizás el rasgo más oscuro del ser humano; desde el arco y la flecha hasta los misiles teledirigidos, el arte de la guerra ha sido permanentemente renovado por invenciones técnicas, tácticas y estratégicas. La historia bélica recuerda combates ganados por escudos resplandecientes, honderas solitarias, caballos de madera, disciplinadas falanges, soberbias torres de asalto. Más allá del valor y la osadía, ha habido tercos elefantes enfrentando las nevadas montañas de los Alpes, barcos combatiendo entre sí —desde los trirremes griegos hasta los acorazados de la Segunda Guerra Mundial, sin olvidar las célebres carabelas—, buques bombardeando ciudades sitiadas, multitudinarios ejércitos enfrentándose, brutales cruces de artillerías, carniceros bombardeos aéreos sobre altivas ciudades. Es decir, el hombre ha utilizado todo tipo de recursos para hacer la guerra: ha arrojado bombas atómicas, ha incendiado ciudades hasta los cimientos, ha usado perros, caballos, barcos, aviones, cañones. Se han enfrentado infantes contra caballeros, cazabombarderos contra barcos, buques contra puertos fortificados y decenas de combinaciones posibles. Pero hay una que por su naturaleza física es prácticamente imposible. Justamente esa se registró en estas tierras, mejor dicho en estas aguas. Se produjo el 12 de agosto de 1806, cuando los ingleses eran derrotados tras la Primera Invasión Inglesa y el jefe de la partida era un jovencito salteño que años después iba a tener una actuación destacada en la lucha contra los realistas en su provincia natal. Esa tarde, en las costas de Buenos Aires, un imberbe Martín Miguel de Güemes abordó un barco con una carga de caballería.

Nacido en una familia acomodada de Salta, esa ciudad antigua y bonita que crecía gracias al comercio con el Alto Perú. Con sus casas señoriales, de balcones sevillanos y tejados colorados, con sus paredes de piedra, sus ventanas de madera y el barroquismo engalanado, con su aristocracia de barrio, de callejas de barro y piedra. Con su sociedad fuertemente estamentada dominada por españoles con esclavos negros e indios y con los criollos que soportaban el peso de no pertenecer y de recoger lo que el círculo dominante español les dejaba. Y allí en esos patios rodeados de gruesas paredes, detrás de esos frentes enrejados, de esas puertas que a veces permitían espiar los frutales, transcurría la vida de una ciudad conservadora, religiosa, sincrética, que se enriquecía con la plata que bajaba de Potosí hasta el puerto de Buenos Aires, primero, y luego con el comercio de ganado y ropa.

Allí, en esa ciudad barroca, nació Martín, hijo de Gabriel de Güemes Montero de la Bárcena Campero y de María Magdalena Goyechea de la Corte, el 7 de febrero de 1785. Su infancia transcurrió en la casa de Manuel Tejada, quien la rentaba para la sede de las Cajas Reales, ya que el padre del futuro caudillo era tesorero de la Intendencia. El matrimonio tuvo otros hijos: Macacha, Francisca, José, Gabriel, Juan Benjamín, Manuel Isaac y Napoleón. Y en ese clima de relativa prosperidad se crió quien apenas una década después se iba a convertir en el caudillo de los gauchos del Norte. Pero esa es otra historia que aquí no será narrada.

Tenía catorce años cuando, luego de hacer la instrucción básica, sus padres decidieron iniciarlo en la carrera militar. Y el 13 de febrero de 1799 ingresó como cadete en el Regimiento Fixo de Buenos Aires apostado en la ciudad de Salta. En los siguientes seis años, Martín, ya un adolescente imberbe, se paseaba digno por los montes salteños y las calles con su uniforme. Hasta que cuando cumplió los veinte años fue trasladado a Buenos Aires para recibir la instrucción militar superior como correspondía a los hijos de las familias acomodadas del Virreinato. Partió del Norte en octubre de 1805 y llegó al cuartel de Dragones el 24 de diciembre.

Prácticamente no tuvo tiempo de aclimatarse ya que seis meses después de su llegada, el Río de la Plata se vistió de velas inglesas que se balanceaban sobre las aguas llevando en su vientre 1626 soldados de su majestad el Rey de Inglaterra, el hasta ese momento invencible Regimiento de Infantería número 71.

Esa mañana fría de junio, los británicos hicieron tierra en las playas de Quilmes y se dirigieron a la ciudad para conquistarla casi sin resistencia. La historia la conoció como la Primera Invasión Inglesa, sin embargo se trataba del segundo intento por parte de la Corona Británica y no iba a ser el último. La idea original pertenecía a Home Riggs Popham, quien supuso que la capital del Virreinato del Río de la Plata podía ser una buena plaza para dominar todo el Atlántico sur y ganarle la partida imperial a la Corona española. El marino inglés sospechaba que en Buenos Aires había una fuerte oposición al régimen colonial y que una buena parte de los comerciantes y terratenientes estaría dispuesta a sostener a los ingleses por su política de libre comercio.

El 26 de junio los británicos tomaron la ciudad, que se entregó sin necesidad de hacer capitulaciones exageradas. El Virrey había escapado con los fondos públicos y había dejado a Hilarión de la Quintana, brigadier y coronel del

Regimiento de Dragones de Buenos Aires y gobernador de armas, a cargo de la defensa. Después del mediodía, el general de las tropas de tierra del Rey de Inglaterra, William Carr Beresford, ocupaba el Fuerte sin resistencia.

La ocupación fue relativamente tranquila hasta el primero de agosto, cuando se produjo el combate de Perdriel. Ese día, a la una de la madrugada, las puertas del Fuerte se abrieron para dar paso a 700 hombres de infantería y seis piezas de cañón. Algún soplón había avisado de que en Perdriel, a 20 km de Buenos Aires, se reunían las tropas criollas comandadas por Juan Martín de Pueyrredón, y Beresford ordenó rápidamente el ataque. A las siete de la mañana, tomaron por sorpresa a los 50 hombres criollos que apenas alcanzaron a armarse y a presentar batalla. Luego de media hora de combate abierto la victoria quedó en manos de los criollos: mientras que los patriotas sufrieron tres muertos y seis prisioneros, y perdieron tres cañones, los ingleses tuvieron que lamentar la vida de cuatro oficiales y soldados, y perdieron un cajón de municiones. Beresford decidió, entonces, atrincherarse en el Fuerte a esperar el desembarco de Liniers que se efectuó el 4 de agosto con una tropa de 1500 hombres en total. El día 10, a la una de la tarde, Hilarión de la Quintana se presentó a las puertas del Fuerte e intimó a los gritos al general Beresford para que se rindiese. Desde adentro una voz le contestó en un español mal entrazado que iba a defender la plaza “hasta lo que dicte la conciencia”. Unas horas después, las tropas criollas acantonadas en los corrales de Miserere marcharon sobre el Parque de Artillería de Retiro, que fue completamente reducido tras 45 minutos de intenso combate.

El 12 de agosto se produjo el combate final. Los porteños empujaron con sus armas a los ingleses atrincherados en las calles hasta replegarlos en la Plaza Mayor guarnecida con dieciocho piezas de cañón y con soldados apostados sobre las terrazas que daban a la plaza de la Recova. Las tropas criollas bajaron hacia la plaza por las calles San José (actual Florida), al mando de Liniers, Santísima Trinidad (San Martín), San Martín de Tours (Reconquista) y por Las Torres (Rivadavia) y Cabildo (Hipólito Yrigoyen). La última columna descendió por el lado sur de la plaza, por las calles San Francisco (Moreno) y San Carlos (Alsina) e ingresó por Santa Rosa (Bolívar) y San Martín (Defensa). Luego de más de tres horas de combate, los ingleses se replegaron hasta el interior del Fuerte e izaron la bandera blanca, pidiendo las condiciones para la capitulación. Pero no fue admitida y la balacera volvió a arreciar contra la casa de gobierno. Recién después de que Beresford mandara a izar la bandera española, el combate concluyó. Los británicos habían perdido 157 hombres —entre ellos tres oficiales — y 1.200 prisioneros. Los criollos padecieron 205 bajas. La rendición oficial se

realizó a 150 metros de la puerta del Fuerte, bajo los arcos del Cabildo, cuando Beresford, después de haber entregado todas las armas, estrechó la mano de Liniers en esa tarde de frío brutal.

Mucho se ha escrito del heroísmo de los porteños en las jornadas de la Reconquista, pero poco se sabe de que ese día 12, mientras los ingleses se rendían, se había producido el combate más extraño que podía realizarse en aquella época: una carga de caballería abordaba y sometía a los ocupantes de un buque de guerra.

Cuando se produjo la invasión, el joven oficial salteño fue enviado en una misión especial a la ciudad de Córdoba. Pero cuando el virrey Sobremonte se enteró de la patriada de Liniers, le pidió que le llevara un mensaje secreto al francés y que fuera "quemando etapas", es decir a la máxima velocidad posible. El cadete, que partió de la Estancia La Candelaria —a casi 800 kilómetros de Buenos Aires—, realizó el trayecto en apenas dos días, un verdadero récord para la época. Lo cierto es que el 12 de agosto, el muchacho moreno de ojos de pólvora combatía contra los ingleses en la ribera del río al mando de una partida de caballería. Desde el río el buque *La Justina* azotaba con sus bombardeos a las tropas españolas que querían acercarse al Fuerte por la costa o por las calles cercanas. Había peleado con fiereza con sus 26 cañones y sus más de cien tripulantes entre oficiales y marineros. Pero el río traidor le jugó una mala pasada. Una bajante repentina hizo que la nave encallara a pocos metros de la costa. Enterado de esto, Liniers se dirigió a Güemes y le ordenó que, al frente de un escuadrón de Húsares de Pueyrredón, siguiera el barco desde la costa. Pero Martín y sus gauchos se salían de la vaina por atacar a los invasores. Contrariando la orden de sus superiores, miró a sus soldados y las sonrisas de sus compañeros de guerra lo envalentonaron. En ese momento, tomó las riendas, taconeó a su caballo y enfiló hacia el río, al grito de carga. Sus soldados lo siguieron envueltos en un griterío que dejó pasmados a los tripulantes de la nave.

Los caballos enfrentaron al río color marrón bufando y relinchando, mientras sus jinetes disparaban sus tercerolas endemoniadas, tacuaras y sables en mano, y desde *La Justina* devolvían el fuego. Güemes y los suyos llegaron hasta el buque rodeándolo y atacando a los enemigos por todos los flancos. En ese momento, en el aire entumecido por el humo, el capitán inglés levantó un trapo blanco en señal de rendición. Martín ordenó el alto al fuego y abordó la nave para hacerse cargo. Los ingleses, entonces, descubrieron que habían perdido la batalla a manos de un jovencito alto, moreno, de ojos profundos, que hablaba

con un acento extraño. Para esos jinetes que realizaron el bizarro abordaje, el río color de león había sido el campo de batalla más movedizo que habrían de conocer.

Capítulo 10

Tema del traidor y del héroe

Martiniano Chilavert

Siempre el traidor es el vencido y el leal es el que vence.

Calderón de la Barca

La traición no triunfa nunca, porque si triunfa nadie la llama traición.

James Harrington

Un traidor es un hombre que dejó nuestro partido para inscribirse en otro. Un convertido es un traidor que abandonó su partido para inscribirse en el nuestro.

Georges Benjamin Clemenceau

I

¿Cuándo un hombre comienza a convertirse en un traidor?

¿Cuándo un traidor comienza a convertirse en un héroe?

II

Reza. Como le ha enseñado su madre, con esas palabras lejanas y latinas. Camina lentamente con los ojos cerrados. Con las manos cruzadas en el pecho. Da un paso y otro, despacio, sintiendo el placer de la tibia tierra debajo de sus botas. Susurra la oración aprendida en la España de su niñez. Pocos minutos de vida le quedan ya, pero ha decidido vivirlos como un valiente. No le queda otra cosa, a Martiniano, que morir como ha vivido. La historia —ellos— dirá que ha sido un traidor. Quienes conocen lo que realmente sucedió en aquellos tiempos saben que murió como un hombre.

III

¿Cómo se define a un hombre? ¿Es suficiente con pronunciar las caprichosas letras que forman un nombre o los signos del apellido que arrastra de los suyos durante siglos? Nada dice “Martiniano Chilavert” de él, de sus historias, de los sufrimientos, las alegrías y las convicciones.

Es apenas un nombre que la historia olvidará o, peor, que será empedrado de injurias, de insultos, de acusaciones. Es un coronel de la Confederación Argentina, nacido con un siglo libre y ensangrentado, hijo de Francisco, aquel oficial español que traicionó a su suelo natal por el amor a la exuberante tierra americana. Es hijo de un traidor y de un héroe. Con su padre y hermano mayor José Vicente viajó en el buque *Canning* que trajo de regreso a Buenos Aires a José de San Martín, a Carlos María de Alvear, a Matías Zapiola. Y fue uno de los 120 granaderos que empujó a los realistas hasta el río en las barrancas de San Lorenzo.

En cuanto a Martiniano, sólo pudo defender a su patria en unas pocas batallas. Y la última, la definitiva, la más importante, la perdió perdido. Por lo demás, llevó durante su vida la tristeza de haber peleado como artillero durante treinta años en una miserable guerra entre argentinos. Ha servido a Alvear, al endemoniado Lavalle, al inconstante Fructuoso Rivera y siempre ha estado equivocado. Ha vivido equivocado. Ha luchado con empecinamiento a favor de un error. Lo descubrió tarde, es cierto, pero se ha dado cuenta de que lo estaba y ha intentado enmendar su falta.

No hay piedad para un hombre que descubre la verdad y admite su error, para un hombre que cambia de bando. O sólo la hay si ese hombre es un pusilánime y renuncia a la verdad descubierta tras la derrota. Martiniano, que ha sido tantas cosas, español, argentino, ingeniero, militar, artillero, unitario, federal; se ha permitido ser de todo excepto un cobarde. Y, en esta vida combativa de amigos y enemigos, los miserables, los que ahora están a punto de matarlo, perdonan cualquier cosa excepto el coraje en la derrota.

IV

Chilavert siempre ha odiado a la tiranía en todas sus formas. Lo saben quienes lo acompañaron en la gloriosa jornada de Ituzaingó, en aquella mal terminada guerra con los brasileños imperiales. Lo saben quienes han discutido con él cuando criticaba los atroces métodos de Lavalle y sus coroneles en la campaña del Sur. Durante años ha combatido a Rosas en los campos de Entre Ríos, Corrientes, Buenos Aires, en Quebracho Herrado y Famaillá, cuando Lavalle inició su “Campaña Libertadora”, en la sangrienta batalla de Arroyo Grande.

Nadie pude decirle que no ha sido un unitario consecuente. Aun cuando le cuestionara a Lavalle la presencia de los franceses, cuando le dijera que no era conveniente luchar contra Rosas con la ayuda de los extranjeros porque eso se asemejaba a una guerra contra su patria más que una batalla política. Aun cuando en 1843, en el comando de campaña, discutiera con el oriental Rivera y lo acusara de querer desmembrar la Confederación. “Hace tiempo que veo que la guerra que usted hace no es a Rosas sino a la República Argentina, ya que su lucha es una cadena de coaliciones con el extranjero. De resultas de ello Argentina ha sido ultrajada en su soberanía, favoreciendo esto a Rosas, ya que la

opinión pública ve amenazada la Patria", le contestó ante el silencio espasmódico de los demás jefes militares.

Corrían tiempos difíciles para la Confederación Argentina. Desde 1838 la escuadra francesa había cerrado con su flota el puerto de Buenos Aires porque Rosas no exceptuaba a los ciudadanos de ese origen del servicio militar ni le ofrecía un tratamiento de "nación favorecida" al reino de Luis Felipe de Orleáns. Y en la flamante República de Uruguay Rivera había derrocado al presidente constitucional Manuel Oribe, de excelentes relaciones con los federales. El primer bloqueo culminó con el tratado Arana-Mackau el 29 de octubre de 1840.

Pero la escalada del conflicto continuó. El 16 de febrero de 1843, Oribe impuso un sitio a Montevideo que duraría hasta 1851, tras el pronunciamiento de Justo José de Urquiza. Finalmente, el enfrentamiento estalló en julio de 1845, cuando las fuerzas navales de Francia y Gran Bretaña volvieron a bloquear el puerto de Buenos Aires, secuestraron los buques de la Armada Argentina capitaneada por Guillermo Brown y comenzaron el ataque contra las ciudades de Colonia del Sacramento, Gualeguaychú, Fray Bentos y Salto, entre otras. En noviembre la flota invasora decidió abrir y violar el río Paraná. El día 20 llegó a la vuelta de Obligado, donde el general Lucio N. Mansilla había atado una hilera de pequeñas embarcaciones con cadenas para impedirles el paso a los imperialistas y dispuesto tres baterías de cañones para atacarlos.

Las crónicas de aquellas épocas relatan que las tropas argentinas se batieron con alma y vida hasta quedar sin munición, que los soldados eran reemplazados cada treinta minutos porque caían abatidos por el fuego enemigo y que los invasores vencieron por la superioridad numérica y por la tecnología de los nuevos barcos de guerra a vapor y los cañones estriados de carga posterior. Después del bombardeo y el desembarco, las cargas de bayoneta se repitieron y los principales jefes argentinos fueron heridos en combate. Sabino O'Donnell, testigo de la batalla, escribió: "Hoy he visto lo que es un valiente. Empezó el fuego a las nueve y media de la mañana y duró hasta las cinco y media de la tarde en las baterías, y continúa ahora entre el monte de Obligado el fuego de fusil (son las once de la noche). Mi tío ha permanecido entre los merlones de las baterías y entre las lluvias de balas y la metralla de 120 cañones enemigos. Desmontada ya nuestra artillería, apagados completamente sus fuegos, el enemigo hizo señas de desembarcar; entonces mi tío se puso personalmente al frente de la infantería y marchaba a impedir el desembarco, cuando cayó herido por el golpe de metralla; sin embargo se disputó el terreno con honor, y se salvó

toda la artillería volante. Nuestra pérdida puede aproximarse a trescientos valientes entre muertos, heridos y contusos; la del enemigo puede decirse que es doblemente mayor; han echado al agua montones de cadáveres [...] Esta es una batalla muy gloriosa para nuestro país. Nos hemos defendido con bizarría y heroicidad". El final fue apoteótico. Mientras los soldados vivaban a la patria matando y muriendo, Mansilla mandó tocar a la banda de música del Regimiento Primero de Patricios el Himno Nacional Argentino, coreado a gritos de rabia por los bravos que defendían la posición hasta que debieron rendirse.

Los invasores lograron quebrar la resistencia argentina pero a un costo altísimo. Se adentraron en el Paraná, pero unos meses después debieron retroceder porque la hostilidad de los puertos interiores no les daba respiro a los marinos. La Vuelta de Obligado significó, entonces, un hito nacional, un bastión que Rosas ostentaba frente a sus enemigos unitarios que apostaban por los extranjeros desde Montevideo y desde las ciudades del sur de Brasil.

V

¿Nada ocurre en la conciencia de un patriota unitario cuando ve a su tierra violada por las dos potencias extranjeras más importantes de la época?

VI

Martiniano es un patriota de sangre en la sangre. Y comienza a dudar. Vive en la ciudad de Pelotas, en el estado de Rio Grande do Sul, en Brasil. Desde allí le escribe una carta a Manuel Eguía, unitario exiliado en la capital uruguaya, donde le plantea sus cuestiones: "Para la prensa de Montevideo, la Francia y la Inglaterra tienen todos los derechos, toda la justicia. Aún más: pueden dar una puñalada de atrás, un tajo de pillo, arrebatar una escuadra, quemar buques mercantes, entrar en los ríos, asesinar a cañonazos, destruir nuestro cabotaje; todo eso, y mucho más que falta aún, es permitido a los civilizadores [...] Para esta prensa el francés maquinista que cae atravesado por una bala es digno de compasión y duelo; lo llama desgraciado, y ve rodar 400 cabezas argentinas y no derrama una lágrima, no muestra el menor sentimiento por la propia sangre; no hay pensamiento de nacionalidad, una palabra de dolor sobre la tumba de 400 hermanos [...] La prensa de Montevideo es completamente franco inglesa, y el

pueblo argentino quiere y siente la necesidad de una que sea suya, teniendo elementos americanos que bastan ellos solos, sin mezcla extranjera, para triunfar sobre Rosas: pero al poder material que avance contra él, debe asociarse el poder moral, porque esa empresa no es solo del sable; este sólo ha conseguido la mitad del triunfo, y más de una vez ha sido nuestra ruina el empleo de un solo medio. Queremos, pues, un escritor que no deprima a Rosas sin motivo ni alabe a Paz sin merecerlo".

Las palabras de Chilavert resultaron un escándalo para los unitarios montevideanos. No era cualquiera Martiniano. Había sido el Jefe del Estado Mayor de Lavalle en su "Campaña Libertadora" muy pocos años atrás. Era la voz de un hombre comprometido con la causa. De un héroe. De alguien que había sangrado y sudado por el unitarismo. Un hombre que quebraba su lógica de grupo, que iba en contra de lo que pensaban los suyos, que enfrentaba el pensamiento cursi de la manada y se permitía hacerse preguntas. Dudar. Reflexionar libremente. Volver a pensar. Se debatía en esa cuestión fundamental de la identidad. ¿Ser fiel al grupo? ¿A las propias convicciones? ¿A la Patria? Se preguntaba Martiniano, mientras en Montevideo comenzaban a hablar mal de él a sus espaldas. A cercarlo ideológicamente, a sospechar de su entereza moral.

VII

¿En qué momento un hombre se convierte en un traidor? ¿Cuando duda? ¿Cuando afirma? ¿Cuando actúa?

VIII

Seis meses después de la batalla de Obligado, Martiniano tenía claras sus convicciones. Iba a dejar de ser unitario para pasarse a la filas enemigas. Él, que había combatido a la tiranía durante lustros, ahora escribirá las palabras más difíciles de su vida: la carta en que se declara un traidor. El 15 de abril de 1846 se dirige al gobierno de Montevideo:

"Don Martiniano Chilavert, de nacionalidad argentino, coronel de Artillería de la República, ante V.E. con el mayor respeto expone: que ha servido durante nueve años a la República, sin que los más amargos sinsabores, ni las más

atroces calumnias, ni injustas proscripciones hayan disminuido su ardiente celo y su constante adhesión a la causa que sostenía, pues consideraba en ella envuelta la dicha de la Patria; objeto de todos sus conatos y el más enérgico sentimiento de su corazón.

”Mas ahora, Excmo. Señor, esa misma Patria querida a la que sirve desde la edad de quince años, se ve hostilizada por dos formidables potencias y, a su juicio, amenazada en sus más altos intereses, en su dignidad, en su gloria y en su futura prosperidad.

”Estas razones, y ser opuesto a sus principios combatir contra su país unido a fuerzas extranjeras, sea cual fuere la naturaleza de gobierno que lo rige, lo han decidido a retirarse a la vida privada, a cuyo efecto a V.E. suplica se digne concederle la absoluta separación del servicio.”

Para sus enemigos esa renuncia era una defección, pero para Martiniano seguía teniendo gusto a poco. En Montevideo la carta produjo escozor. Sus antiguos camaradas ya lo empezaban a señalar como traidor. Y lo era Chilavert en cierto sentido. Había traicionado una idea que ya no era la suya, un grupo al que no pertenecía. Y había sido fiel a sus convicciones, a lo que él consideraba era su patria. Acompañaba el gesto sanmartiniano de apoyo a Rosas en su defensa de la soberanía nacional frente a las potencias extranjeras. El viejo general le legaría su sable al Restaurador, Martiniano, su brazo fuerte.

El 11 de mayo escribió una vibrante carta al jefe del Ejército Confederado, Manuel Oribe:

“En todas las posiciones en que el destino me ha colocado, el amar a mi país ha sido siempre el sentimiento más enérgico de mi país. Su honor y su dignidad me merecen un religioso respeto. Considero el más espantoso crimen llevar contra él las armas del extranjero. Vergüenza y oprobio esperan al que así proceda, y en su conciencia llevará eternamente una acusación implacable, que sin cesar le repetirá: ¡traidor, traidor, traidor!

”Conducido por estas convicciones me reputé desligado del partido a quien servía, tan luego como la intervención binaria de la Inglaterra y la Francia se realizó en los negocios del Plata, y decidí retirarme a la vida privada, a cuyo efecto pedí al gobierno de Montevideo mi absoluta separación del servicio, como se impondrá V.E. por la copia de la solicitud que tengo el honor de acompañar

[...]

”Vi propagadas doctrinas que tienden a convertir el interés mercantil de la Inglaterra en un centro de atracción al que deben subordinarse los más caros de mi país, y al que deben sacrificar su honor y su porvenir. La disolución misma de la nacionalidad se establece como principio [...]

”El cañón de Obligado contestó a tan insolentes provocaciones. Su estruendo resonó en mi corazón. Desde ese instante un solo deseo me anima: el de servir a mi Patria, en esta lucha de justicia y gloria para ella. Todos los recuerdos gloriosos de nuestra inmortal Revolución en que fui formado se agolpan; sus cánticos sagrados vibran en mi oído. Sí, es mi Patria, grande, majestuosa, dominando el Aconcagua y Pichincha, anunciándose al mundo para esta ínclita verdad: existo por mi propia fuerza. Irritada ahora por injustas ofensas, pero generosa, acredita que podrá ser quizás vencida, pero que dejará por trofeos una tumba flotando en un lago de sangre, alumbrada por las llamas de sus lares incendiados.

”Al ofrecer al gobierno de mi país mis débiles servicios por la benemérita mediación de V.E. nada me reservo; lo único que pido es que se me conceda el más completo y silencioso olvido sobre lo pasado. No porque encuentre en mi conducta algo que me pueda reprochar. ¿Podrá un hombre deprimir al partido a quien sirvió con el mayor celo y ardor, sin deprimirse a sí mismo?”

Martiniano Chilavert, se nota en sus trazos fervorosos y dignos, es un traidor de una integridad absoluta.

IX

A principios de 1847, Chilavert ya se encuentra en Buenos Aires. Rosas le da el alta en el Ejército de la Confederación y le mantiene el cargo de coronel de Artillería. Hace exactamente dieciocho años que Martiniano no pisa el suelo natal. Y su regreso es una vuelta extraña: a sus espaldas deja el desprecio de sus antiguos compañeros de armas; por delante tiene la desconfianza de los federales que, si bien sienten como una victoria política y propagandística tener al segundo de Lavalle entre sus propias filas, todavía desconfían de las razones por las que ese aguerrido militar se diera vuelta.

Cómo regresa a su patria un hombre que la ha extrañado durante dieciocho años, que ha combatido en sus tierras pero que nunca se ha asentado. Qué odios, qué rencores guarda el que ha sido obligado a extrañar a su patria durante tantos días y tantas noches. Y qué vergüenzas, qué dolores, qué remordimientos lleva en la conciencia aquel que un día se da cuenta de que ha vivido equivocado. Ese hombre, con ese peso en la espalda, es Martiniano Chilavert, el coronel de los artilleros, que ahora se encuentra frente a frente con Juan Manuel de Rosas, ese tirano que detestaba, y que sin embargo lo ha cautivado en su casa de Palermo, con sus ojos férreos y su conversación parca pero amena.

Y también halla un país diferente del que había imaginado en Rio Grande por la prensa de Montevideo: la Buenos Aires federala es una ciudad segura por el exceso de fuerzas de seguridad y con más de dos mil comercios. La Ley de Aduana sancionada en 1835, junto con el bloqueo anglo francés, había favorecido al artesanado y a la incipiente industria del país: la azucarera en Tucumán, la textil en Córdoba y los astilleros en los puertos de Santa Fe y Entre Ríos, Corrientes y la Boca. En 1846 se instaló la primera fábrica a vapor, pero ya había más de cien empresas manufactureras, dos fundiciones y más de 700 talleres que trabajaban el cuero. Cuando se abrió la exportación, aumentaron los salarios internos y la migración del campo a la ciudad. La Confederación tenía Bolsa de Comercio, una Casa de la Moneda fuerte, sin deuda externa, un banco de la provincia que emitía moneda garantizada por el Estado y las exportaciones, entre 1829 y 1849 se habían triplicado.

Chilavert se sorprende con el gobierno federal. Y comienza a hacer militancia epistolar: le escribe a sus ex camaradas unitarios en Montevideo y se cartea con Juan Bautista Alberdi, el intelectual más interesante de esa generación, exiliado en Chile. Le escribe al tucumano: “Nunca, jamás, el amor a la Patria ha sido ni más enérgico ni se ha hallado más profundamente radicado en el corazón de los argentinos que en esta época. Dos naciones poderosas prevalidas de su fuerza y de nuestra desgracia atacan nuestra independencia e intentan ponernos condiciones vejatorias y contrarias a los altos intereses y glorias de la Confederación. El general Rosas repele esta agresión —argumenta apasionado—. ¿Habrá un pecho que se precie de ser argentino insensible a la magia de esta sublime y gloriosa situación? ¿Por qué, pues, no vienen a tomar parte en tan honrosa lucha? La puerta está abierta para todos, el general Rosas no excluye a nadie, para todos hay lugar [...] Usted, que tiene influjo sobre muchos de esos jóvenes, háblele a nombre de la Patria: estoy seguro que sus palabras serán oídas”.

Desde Montevideo las respuestas eran unísonas: “El traidor Chilavert” lo llamaban.

Y Martiniano respondía furioso: “¡Miserables que os ufanáis de la más exquisita inmoralidad! ¡Me llamáis traidor porque no os acompañé en vuestra carrera de crímenes y de deshonra! Yo haré ver que lo sois vosotros, inveterados traidores, falsarios, manchados con todos los crímenes y sin el menor sentimiento de honor. Infames cobardes que habéis preferido vender vuestra Patria al extranjero antes que sufrir las penalidades del destierro [...] ¿Y sois vosotros los que me llamáis traidor? ¿Y por qué? Porque he ofrecido a mi patria mis débiles servicios en esta cuestión santa, de justicia y de gloria para ella. Sabed, pues, que este dictado es el timbre más honroso de mi vida [...] No os aflijáis, llegó el tiempo de los desengaños para todos, y vuestros hijos os maldecirán por las ignominias que les legáis”.

X

Día de gloria. El 26 de febrero de 1850. Nunca Argentina había sido tan digna como esa mañana soleada. Primero se escuchó el cañonazo de uno de los barcos ingleses que pasaba frente a la bandera azul —no celeste— y blanca de la Confederación, luego vendrían veinte cañonazos más y finalmente, otros veintiuno de la escuadra francesa. Los porteños hinchaban sus pechos orgullosos y festejaban a los gritos el espectáculo maravilloso. Las dos potencias más importantes del mundo desagraviaban el pabellón de un país perdido ubicado en el sur de América.

La Confederación había triunfado. Obligado, Tonelero, el Rosario, Acevedo y Quebracho eran los sitios donde los criollos habían demostrado su bizarría con las armas. Juan Manuel de Rosas había doblegado a la diplomacia invasora: los ríos interiores pertenecen a la Nación Argentina, los invasores debían abandonar todas sus posesiones —territoriales y buques robados— y antes de irse estaban comprometidos a desagraviar el pabellón nacional.

Desde el otro lado del Atlántico, el Libertador San Martín, apenas enterado de la firma del acuerdo, le había escrito a Rosas el 2 de noviembre de 1848: “A pesar de la distancia que me separa de nuestra Patria, usted me hará justicia de creer que sus triunfos son un gran consuelo para mi achacosa vejez [...] Así es

que he tenido una verdadera satisfacción al saber el levantamiento del injusto bloqueo con que nos hostilizaban las dos primeras naciones de Europa: esta satisfacción es tanto más completa cuanto el honor del país no ha tenido que sufrir, y por el contrario presenta a todos los nuevos estados americanos un modelo que seguir [...] jamás he dudado que nuestra patria tuviese que avergonzarse de ninguna concesión humillante presidiendo usted a sus destinos [...] Esta opinión demostrará a usted, mi apreciable general, que al escribirle, lo hago con la franqueza de mi carácter y la que merece el que yo he formado de usted. Por tales acontecimientos reciba usted y nuestra patria mis más sinceras enhorabuenas".

Y tres meses después del desagravio al pabellón nacional, le transmitió el 6 de mayo de 1850: "Como argentino me llena de un verdadero orgullo al ver la prosperidad, la paz interior, el orden y el honor restablecidos en nuestra querida patria: y todos esos progresos efectuados en medio de circunstancias tan difíciles en que pocos estados se habrán hallado. Por tantos bienes realizados, yo felicito a Ud. sinceramente como igualmente a toda la Confederación Argentina. Que goce Ud. de salud completa y que al terminar su vida pública sea colmado del justo reconocimiento de todo argentino. Son los votos que hace y hará siempre a favor de Ud. éste su apasionado amigo y compatriota Q.B.S.M.".

Los unitarios habían sido derrotados. Los invasores habían sido humillados. San Martín, ese capitán con el que Chilavert había viajado en la *Canning* en 1812, había apoyado la causa de la Patria. Martiniano era feliz. Era el traidor más feliz de esta tierra.

Pero la felicidad iba a durar poco. Demasiado poco.

XI

¿Se pueden medir y comparar las traiciones? ¿Puede ser un traidor más traidor que otro?

XII

El joven historiador Pablo Camogli acierta cuando escribe en su libro

Batallas entre hermanos que el combate de Caseros es el antecedente de la guerra contra el Paraguay. Explica que entre 1851 y 1852 se formó la Primera Triple Alianza, es decir el antecedente de la entente que barrió con el Paraguay —a instancias de Gran Bretaña— de Francisco Solano López. Es interesante la idea, y muy sugerente. Porque lo que dice, en realidad, es que en 1866 Argentina, Uruguay y Brasil acabaron con el último americanista autónomo que quedaba en la cuenca del Plata. Lo que significa es que la guerra contra Rosas no es otra cosa que parte de un proceso más abarcativo: no se trata de una guerra civil entre unitarios y federales, si no de una campaña de sometimiento y disciplinamiento de los nuevos países americanos por las potencias mundiales, en este caso Gran Bretaña. De esta manera Rosas no es un simple tirano, como quiere hacerlo pasar la historiografía oficial, sino la primera de las víctimas de un acomodamiento de las piezas del continente por parte de la diplomacia inglesa, la gran titiritera.

El 29 de mayo de 1851 el gobernador de Entre Ríos y segunda espada de la Confederación Argentina, Justo José de Urquiza, firmó con los uruguayos colorados y el Imperio del Brasil una Triple Alianza para vencer al presidente legal y legítimo de Uruguay, Manuel Oribe, y derrocar a Rosas. Hacia fin de ese año, el entrerriano cruzó el río Uruguay con una tropa de 7.500 hombres, cercó a Oribe que continuaba con su sitio a Montevideo y lo obligó a rendirse. En noviembre de ese mismo año, Urquiza formó —con la subvención del imperio brasileño y de Gran Bretaña— el llamado Ejército Grande que contaba con 28.500 hombres, 50.000 caballos y 45 piezas de artillería. Más de un tercio de esa formación estaba integrada por extranjeros, sobre todo brasileños deseosos de vengar la vergüenza de Ituzaingó. El 3 de febrero de 1852, en el campo que iba desde El Palomar hasta Morón un Ejército Confederado de 23.000 hombres y 50 piezas de Artillería esperaba al invasor extranjero unido a los unitarios.

La decisión de presentar batalla por parte de los federales la tomó personal y exclusivamente Rosas la noche del 2 de febrero, durante un consejo de guerra en el que estuvo presente Chilavert. El cónclave comenzó apenas oscureció y estaban el general Agustín de Pinedo y los coroneles Hilario Lagos, Gerónimo Costa, Mariano Maza, Pedro Díaz, Pedro Bustos, Martín de Santa Coloma y Juan José Hernández, entre otros jefes. Tomó la palabra Rosas, el tirano de ojos de celestes y pómulos colorados que amaba el pobrerío de Buenos Aires, y dijo: “Mi deber como gobernante y mi honor me obligan a dirigir la batalla que posiblemente enfrentemos mañana para sostener hasta el último trance los derechos de la Confederación; pero quiero decirles que si los jefes y los oficiales

entienden que debemos pactar con Urquiza y el Brasil, a mí no me queda otro remedio que someterme a esa decisión".

En ese momento, la sangre le golpeó la cara a Martiniano que pidió la palabra y cortó al Restaurador: "El deber de defender a la Patria es indiscutible. Yo no sabría dónde ocultar mi espada, la que la Patria puso en mis manos, si hubiera que envainarla frente al enemigo y sin combatir. Estoy resuelto a acompañar al Gobierno hasta el momento final y pienso que es una gloria inmarcesible morir al pie de mis cañones. La suerte de las armas es variable como los vuelos de la felicidad que el viento de un minuto lleva del lado que menos se pensó. Si venceremos, entonces, yo me hago eco de mis compañeros de armas, para pedirle al general Rosas que emprenda inmediatamente la organización constitucional. Si somos vencidos, nada pediré al vencedor; que soy suficientemente orgulloso para creer que él pueda darme gloria mayor que la que puedo darme yo mismo, rindiendo mi último aliento bajo la bandera a cuya honra me consagré desde niño".

XIII

¿Pueden las palabras de un traidor estar tan cargadas de heroísmo?

XIV

Rosas lo mira y extiende su mano derecha: "Coronel Chilavert, es usted un patriota; esta batalla será decisiva para todos. Urquiza, yo, o cualquier otro que prevalezca, deberá trabajar inmediatamente la constitución nacional sobre las bases existentes. Nuestro verdadero enemigo es el Imperio del Brasil, porque es Imperio".

Chilavert entonces expone su plan: "Urquiza, en vez de conservar su comunicación con la costa norte con la escuadra brasilera y, por consiguiente, con las fuerzas brasileras que guarnecen la Colonia, ha cometido el error de internarse por la frontera oeste de Buenos Aires, aislándose completamente de sus recursos y sin asegurar la retirada en caso de un desastre. Probablemente, al proceder de un modo tan contrario a la estrategia, se ha dejado arrastrar demasiado por versiones que aseguraban que las poblaciones y la opinión se

pronunciarían a favor de los aliados a medida que éstos avanzasen, dejando a su retaguardia poderosos auxiliares de su cruzada. Pero no sabemos de un solo pronunciamiento a favor de los enemigos: por lo contrario, desde que pasó el Paraná hasta el día de ayer, y por regimientos, por escuadrones y por partidas más o menos numerosas, se han pasado del enemigo a nuestro campo aproximadamente 1.500 hombres. El enemigo está frente a nosotros, es cierto, pero está completamente aislado, en un centro que le es hostil, en una posición peligrosísima para un ejército invasor, y de la cual nos debemos aprovechar. Cuantos más días transcurran tanto más fatales serán para el enemigo cuyas filas se clarearán por la deserción. Pienso que no debemos aceptar la batalla de mañana como tendrá que suceder si nos quedamos aquí, que, por el contrario nuestras infanterías y artillerías se retiren rápidamente esta misma noche a cubrir la línea de la ciudad, tomando las posiciones convenientes; que, simultáneamente, nuestras caballerías en numero de 10.000 hombres salgan por la línea del Norte hasta la altura de Arrecifes y comiencen a maniobrar a retaguardia del enemigo, corriéndose una buena división hacia el Sur para engrosarse con las fuerzas de este departamento, y manteniendo la comunicación con las vías donde pueden llegarnos refuerzos del interior. Es obvio que el enemigo no tomará por asalto la ciudad de Buenos Aires ni cuenta con los recursos necesarios para intentarlo con probabilidades serias, ni los brasileros consentirían en marchar a un sacrificio seguro. Y entonces una de dos: o el enemigo avanza y pone sitio a la ciudad, o retrocede hacia la costa norte a dominar esta línea de sus comunicaciones y en busca de sus reservas estacionadas en la costa oriental. En el primer caso militan con mayor fuerza las causas que deben destruirlo irremisiblemente. En el segundo caso, nosotros quedamos mucho mejor habilitados que ahora para batirlo en marcha y en combinación con nuestras gruesas columnas de caballería a las que podremos colocar ventajosamente. Y en el peor de los casos, no somos nosotros sino el enemigo quien pierde con la operación que propongo, pues para nosotros los días que transcurren nos refuerzan y a él lo debilitan”.

No estaba mal el plan de Martiniano, pero prevaleció la decisión de Rosas de dar batalla. ¿Por qué? Quizás porque el gobernador ya estaba viejo y cansado y quería una conclusión rápida. Lo cierto es que la suerte estaba echada. El cónclave pasó a estudiar la mejor estrategia para enfrentar a los imperiales en los campos de Caseros.

El 3 de febrero amanece caluroso. Insoportable. A las nueve de la mañana, Rosas recorre a caballo la formación. Luce cansado, como indiferente. Se

detiene en el centro y arenga a Chilavert: “Coronel, sea usted el primero que rompa sus fuegos sobre los imperiales que tiene a su frente”. Orgulloso, Martiniano manda cargar su batería y disparar contra las filas enemigas.

Y sus baterías disparan.

Y disparan.

Disparan.

Y cuando Urquiza manda a toda su infantería cargar contra el Ejército Argentino, disparan.

Y cuando los orientales atacan por la izquierda, disparan.

Y cuando la batalla comienza a inclinarse del lado de los imperiales, disparan.

Cuando Benjamín Virasoro y los brasileños arrollan la derecha argentina, los cañones de Martiniano giran hacia ese flanco y disparan.

Y cuando el centro argentino se desbanda y la batalla está irremediablemente perdida, sus baterías disparan.

Y hacia las dos de la tarde, cuando Chilavert se da cuenta de que se está quedando sin municiones, manda a sus valientes artilleros a recoger las balas enemigas en el campo de batalla y continúa disparando.

Y cuando se da cuenta de que es el único sector del Ejército Argentino que todavía hace frente a los invasores, continúa disparando.

Y cuando se queda sin municiones propias, dispara las balas enemigas.

Y cuando se le acaban las bombas enemigas manda buscar piedras, y dispara.

Y, minutos después de las tres de la tarde, Martiniano manda realizar el último disparo.

Había cumplido su promesa: fue el hombre que inició y terminó la batalla

de Caseros.

Exhausto, muerto de calor, destruido anímicamente, comprendió que estaba todo perdido. Por un instante intuyó su destino. Su ayudante, el sargento Aguilar, al ver que los enemigos comenzaban a avanzar, le rogó llorando:

—Coronel, lo van a matar, monte a caballo y escape, yo lo guío hasta el Maldonado...

—Mi pobre Aguilar, te perdono lo que me propone tu cariño. Los hombres como yo no huyen. Toma mi reloj y mi anillo y dáselos a mi hijo Rafael. Adiós...

En pleno desastre, Martiniano, el traidor, tuvo un último gesto de belleza y dignidad. Mientras sus soldados huían, él se paró al pie de uno de sus cañones y encendió una chala, esperando al enemigo. Displicente, bizarro, enormemente digno.

Cuando lo rodearon, montó a caballo y los miró a todos desde allí arriba. Imponente en sus gestos, Chilavert se regodeaba en su propio orgullo. Un joven capitán de infantería, José María Alaman, se le acercó por fin y tomó el caballo de las riendas, Martiniano lo escupió con su fiera mirada y apuntándole a la cabeza con su pistola, le dijo:

—Si me toca, señor oficial, le levanto la tapa de los sesos, pues, lo que busco es un oficial superior a quien entregar mis armas.

Minutos después, apareció el coronel Cayetano Virasoro, y Chilavert le dijo con ironía: “Señor comandante o coronel, me tiene usted a su disposición, sólo le prevengo que sufro de hemorroides, así que antes de bajarme del caballo, hágame pegar cuatro tiros...”.

XV

¿Qué podrán decirse un héroe y un traidor en una habitación a solas?

XVI

Día 4 de febrero de 1852. Rosas renunció por la noche. Urquiza, los unitarios y los brasileños son dueños de la Confederación Argentina. Chilavert pasó la noche encarcelado. Apenas pudo dormir. Esa mañana, el jefe de los invasores que ocupó la casa del Restaurador en Palermo, manda llamar a Martiniano.

Cerca del mediodía, los dos traidores se miran a los ojos. Los dos tienen alrededor de cincuenta años. Urquiza es morrudo, de labios gruesos, mirada de perro sabueso, mentón ancho, frente despejada, con un extraño mechón de pelo que le surca la cabeza e intenta ocultar la calvicie. Martiniano es magro, de cabellos encanecidos, bigotes tupidos oscuros y tiene la mirada altiva. Es soberbio. Nadie sabe lo que se dijeron entre esas cuatro paredes.

Seguramente, el entrerriano federal acusó de traidor al porteño unitario. Y Martiniano le contestó que él volvería a hacer lo que hizo una y otra vez. Y soberbio, pasó al ataque; le dijo que el único traidor en esa habitación era Urquiza que había recibido 100.000 pesos de los brasileños para volverse contra su patria. Son especulaciones. Nadie sabe de verdad qué ocurrió. Excepto que el entrerriano traidor abrió la puerta con la cara desencajada, los ojos desorbitados y ordenó a los gritos:

—¡Fusílenlo! ¡Que lo fusilen de inmediato!

Martiniano sólo atinó a mirarlo con desprecio. A humillarlo con la sonrisa de los valientes.

Y marchó detrás de sus asesinos. El héroe le dio la espalda al traidor y comenzó a caminar rumbo a su propia muerte.

Sin que Chilavert lo oyera, Urquiza bajó la mirada y cabizbajo completó hosco:

—Por la espalda, como a los traidores infames...

El mayor Modesto Rolón hizo una mueca de sorpresa. Martiniano caminaba sereno por los jardines de Palermo. Cuando llegaron al improvisado patíbulo, pidió unos minutos para rezar, para reconciliarse con su Dios. Caminó lentamente, repitiendo la oración que su madre le había enseñado allá lejos, en la España de su infancia. Luego se quitó el poncho y el sombrero y se los regaló a los soldados que lo iban a fusilar. Finalmente, se sacó los tiradores y los arrojó al

suelo junto con un paquete de cigarrillos: “Hay algo de dinero, repártanselo”, les dijo con mezcla de generosidad y desdén a sus verdugos.

Se paró de frente a los tiradores y les ordenó:

—Pueden tirar, ya estoy listo...

Entonces, una voz abochornada le dijo:

—La orden es de espaldas, coronel...

Martiniano bufó, abrió sus párpados colérico, se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes. Cuando bajó los brazos, estaba convertido en una fiera. Cuando un oficial se le acercó para ponerlo de espaldas, el volcán de coraje estalló con su lava ardiente de gritos, insultos, puteadas, trompadas y patadas. El oficialito salió despedido de un golpe:

—Tirad, tirad, ¡carajo! —gritaba enceguecido golpeándose el pecho como enrabiado—. Al pecho, cagones, ¡que así muere un hombre como yo!

Ante tanto valor, los fusiladores bajaron sus fusiles. Una voz marcial los contuvo. Chilavert continuaba gritando. Los soldados cerraron los ojos. La escena se hacía interminable. Hasta que sonó un disparo. Martiniano sintió el golpe en la cabeza, la sangre de la frente le empapó el rostro, se tambaleó, pero siguió desafiando a los gritos a sus matadores. Se produjo una macabra danza en que un hombre se batió contra sus asesinos. Intentaron amarrarlo para rematarlo. Pero al héroe, al traidor, aún le quedaba vida para pelear desarmado. Lo rodearon, lo golpearon con palos, le pegaron culatazos, le hundieron las bayonetas en su cuerpo, le abrieron la cabeza de un sablazo. Pero Martiniano seguía parado, peleando, sin entregarse.

Hasta que cayó de rodillas. Su cuerpo abierto, sus ropas desechas, su sangre manando incontenible. Los perros asesinos dieron un paso hacia atrás, lo dejaron solo en su agonía. Su cuerpo se convulsionaba, todavía peleaba contra el irrefutable final. Ya no tenía preguntas. Su carne magullada, sus huesos quebrados encontraban la certeza de una muerte digna. Martiniano llevó por última vez sus manos al pecho y antes de caer boca abajo, susurró, expulsando los coágulos de sangre de su boca:

—Tirad, tirad al pecho, hijos de puta...

Epílogo

De valientes está lleno el cementerio.

Dicho popular

No es fácil hablar de la épica en nuestro país.

La primera razón es porque a los argentinos nos han robado la épica aquellos que creen que el heroísmo es una cuestión de fanfarrias y marchas militares que tantos destrozos provocaron en los últimos ochenta años. La segunda es porque, generalmente, hemos elegido la filosofía cruel del Viejo Vizcacha antes que la ética martinfierrista de la Ida y desconfiamos de que exista la entrega desinteresada. La tercera causa es porque el arte del coraje ha costado demasiadas vidas en estas tierras y por él se ha derramado demasiada sangre. La última razón es porque los héroes nos molestan, nos interpelan, nos ponen incómodos en nuestra propia visión cínica de la realidad colectiva; el acto de coraje está allí como reflejo de nuestra propia comodidad, de nuestras pequeñas miserias y cobardías cotidianas.

Siempre me ha llamado la atención la desapropiación de las palabras que sufrimos los argentinos. El colonialismo del lenguaje es, quizás, la antesala de un pensamiento enajenado. Uno de los términos más utilizados en los medios de comunicación, en ciertos círculos artísticos donde funciona como una palabra fetiche para cierta estética esnobista, es “bizarro”. Hoy se utiliza como sinónimo de ridículo, de chusco, de producto de Clase B, por causa de la transferencia del uso inglés del vocablo *bizarre*, utilizado por las malas películas estadounidenses.

En nuestro idioma, la palabra “bizarro” tiene un significado muy diferente: refiere a la valentía, el coraje, la generosidad y la entrega de una persona. Este libro habla justamente de eso: de la bizarría, la valentía y el coraje. Lejos de realizar una denuncia etimológica sobre el lenguaje, me pareció interesante sugerir la posibilidad de que defender el idioma propio sea, quizás, un pequeño acto de coraje colectivo.

Admitiré que no hay buenas definiciones para ese tríptico de palabras. Por cierta inclinación al romanticismo decimonónico —herencia fervorosa de haber leído en la adolescencia *Hernani*, *Los tres mosqueteros*, *Cyrano de Bergerac* y las historietas *El Eternauta*, *Dago y Nippur de Lagash*, entre otras—, admiro los actos de cierto tipo de coraje. Pero, como no podía ser de otra manera, estoy comprendido dentro de la descripción que hace Jorge Luis Borges en “Nuestro pobre individualismo” del “héroe popular” argentino: “el del hombre solo que pelea con la partida, ya en acto (Fierro, Moreira, Hormiga Negra), ya en potencia o en el pasado (Segundo Sombra)”. Imagino la valentía, entonces, como un acto

realizado por una persona en contra de su propia conveniencia inspirado en un valor superior al del mísero interés, a veces, incluso, por un deber ser inexplicable.

Pienso que no hay un acto de coraje más perfecto, por ejemplo, que el del Sargento Cruz en esa "noche desesperada de la literatura argentina", como la definió el autor de *Ficciones*, en que en contra de su propio beneficio no consiente en que se mate a un valiente en desventaja numérica —allí el valor supremo de la valentía o, cosa que no alcanza a comprender Borges, de la solidaridad— y renuncia a su identidad de "justicia" para convertirse en un perseguido como el gaucho malo que defiende. Es un hombre que ha perdido todo en nombre de nada, o casi nada. Para cualquier persona moderna y racional es solo una opción basada en un error de cálculo. Sin embargo, hay algo de verdad existencial en ese pasaje del que tanto se ha hablado y escrito. No en vano Borges dice en su otro cuento, "Biografía de Tadeo Isidoro Cruz", que el destino de un hombre consta del instante en que sabe para siempre quién es. Uno podría decir, entonces, que no hay mayor acto de coraje que animarse a saber quién es uno y actuar en consecuencia. Porque la identidad no es un reconocimiento teórico sino una decisión, una puesta en juego, una voluntad. La identidad es el acto de coraje más trascendental que puede llevar adelante un ser humano o una comunidad. Significa plantar bandera, decir "soy esto, somos esto" y enfrentarse a un contexto, a una circunstancia, que no hace otra cosa que intentar disuadirnos de que seamos. Allí está la muerte para recordarnos, esa gran secuestradora de identidades, que nacemos para no ser.

Valientes es un libro que justamente reivindica esa decisión de ser, de encontrar instantes fatales que les permitan a los héroes de estas páginas enfrentar su destino. Allí hay una mujer queriendo matar como un hombre, un gaucho que se encuentra en el matar, guerreros y guerreras que se baten por el fantasma de la dignidad, que desafían adversidades, que renuncian a templadas existencias en busca de un bien que, finalmente, los sume en una derrota.

Estas historias no hablan de los hombres que ya han sido enmarmolados por la historia. Son breves crónicas de personajes Lado B, no demasiado reconocidos por la oficialidad del pasado. En muchos casos son hombres y mujeres que llevan adelante un belicismo poético. O como escribe Leopoldo Marechal en su *Megafón o la guerra:* "Los grandes hechos de armas, que no abundan en la historia, se desarrollaron como teoremas poéticos. Un Aníbal, un Napoleón o un San Martín son poetas en acción de combate o guerreros en acción de poesía".

Celebro y participo de esa definición de que la valentía porta, además, una virtud estética. El coraje no es otra cosa que un acto de belleza existencial.

Los argentinos no somos afectos a nuestra propia épica. El enfrentamiento cívico militar entre 1955 y 1983 ha limado nuestra posibilidad de admirarnos a nosotros mismos. Al complejo de inferioridad, a la tilinguería, tan bien descripta por Arturo Jauretche, se suma la práctica de la autodenigración constante. Los mexicanos utilizan la palabra "malinchista" para describir la conducta perversa de "admirar lo ajeno y menospreciar lo propio". Los argentinos somos profundamente malinchistas, nuestros intelectuales del establishment —desde el gran escritor Domingo Faustino Sarmiento hasta el devaluado Marcos Aguinis, con su "atroz encanto de ser argentino"— son desvergonzadamente malinchistas. Somos capaces de consumir la épica extranjera en la butaca de un cine comiendo nachos con queso fundido, pero nos da pudor admirar la valentía de quienes nos precedieron. Como si admitir el coraje de otros disminuyera nuestras virtudes individuales.

Yo admiro, claro, al valiente que se bate solo contra la partida. Y más aún al que es heroico en compañía, porque se anima a confiar en el que comparte su suerte. Héctor Germán Oesterheld, el autor de *El Eternauta*, prefirió siempre al héroe colectivo por sobre el individual. Es una apuesta riesgosa, digna de un valiente literario como él. En estos tiempos de relatividades, de dudas poco generosas, de nimias lealtades, el coraje me parece uno de los pocos principios a respetar. Como escribe Arturo Pérez Reverte en la primera página de *El capitán Alatriste:* "No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente". Vale lo mismo, claro, para las mujeres.

Siempre me ha llamado la atención la ausencia de las mujeres en los relatos del pasado. Ellas han sido borradas de la historia hasta hace poco tiempo, que han surgido desde el fondo de los años. Entre estos valientes hay varias mujeres. Son idealistas, brutales, sanguinarias, corajudas, con lo que demuestran que las virtudes y los defectos atribuibles a los hombres en las guerras bien pueden ser protagonizados por las damas. Son heroínas que han abandonado la dócil punta de las agujas tejedoras por el implacable filo de los sables.

Un párrafo aparte se merece Martiniano Chilavert, quizás, el prototipo perfecto del héroe buscado. No sé si todo traidor sea un héroe, pero es posible que todo héroe sea un traidor para alguien. Me gusta esa historia de dobleces, de contradicciones, de paradojas y reflejos como si se tratara de espejos

enfrentados. Pero, además, el fusilado de Caseros se merece, todavía, un reconocimiento histórico por parte de los argentinos. Como Gerónimo Costa, un general de la Nación, que ha sido ejecutado en un levantamiento militar exactamente cien años antes de que se produjeran los fusilamientos de Juan José Valle y sus compañeros, en una circularidad histórica que asusta.

Si es cierto que todo héroe es un traidor, también habría que reconocer que la aparición o la necesidad de figuras épicas es una mala noticia para una sociedad. Donde hay héroes, hay asesinos. Hay muerte. Los héroes nacen en la excepción. Por eso tiene razón Bertolt Brecht cuando dice “desgraciado el país que necesita héroes”.

Tiene razón Brecht. La existencia del héroe nos confirma el suceso de una tragedia.

Vertiente de la Granja, Córdoba,

septiembre de 2010.

Agradecimientos

A Constanza Brunet, por este reencuentro.

A Laura Pratto, mi primera editora.

A Romina D’Alfonso, porque colaboró en el informe de algunos capítulos.

A mis viejos, y a Marina. A Estanislao Brienza, cuarta generación de argentinitos, a toda la familia, claro.

A los que me ayudaron alguna vez en este camino de palabras. (Perdón si me olvido de alguno). Por orden de aparición: Guillermo Arizó, Marcelo Izquierdo;, a mis amigos personales Roberto Caballero, Daniel Capalbo, Alberto López Girondo, Jorge Sigal, Luis Tino Sicilia, Daniel González; a los que me tendieron una mano: Jorge Fernández Díaz, Adolfo y Carla Castelo, Pablo Stancanelli, Ezequiel Martínez, Ulises Gorini, Daniel Freidemberg, a la generosa María Seoane, a Cecilia Fumagalli, al gran periodista Jorge Lanata, Sergio Olguín, Guillermo Alfieri, a Jorge Halperín, Tom Lupo, a Eduardo Anguita y Vicente Muleiro. A Cecilia Suárez y a quien corresponda, también. A Javier Rombouts.

A Mario “Pacho” O’Donnell, por su inexplicable generosidad y amistad.

A los compañeros Marcos Citadini, Agustina “Abus” Díaz, Javier Vicente, Sara Lasa, Silvana Avellaneda, Claudio Canuyán y Alicia Cuniberti. A Diego Tomasi y Carlos Ubosky. Al resto de la banda. A María Sucarrat, claro, y a Gustavo Cirelli, Ricardo Gota, Cynthia Octaviano, Juan Alonso y Fernando Capotondo, un oscuro héroe de las redacciones.

A las buenas muchachadas que me acompañaron en los diarios *La Prensa*, *Perfil*, *Crítica* y *Tiempo Argentino.* Y en las revistas *3 Puntos, TXT* y *Acción.* ¿A los amigos de Facebook y Twitter?

Este libro recibió los afluentes, además de Pacho, de Felipe Pigna, Hugo Chumbita, Norberto Galasso y Osvaldo Bayer, entre tantos otros consignados.

Perdón a todos por el exceso de gratitud...

Integraron la Banda de Sonido de este libro: Las 34 puñaladas, Ignacio Corsini, Jorge Cafrune, Los Federales, Atilio Reynoso, Hernán Lucero, Roberto Rimoldi Fraga, Hernán Figuero Reyes, Alfredo Zitarrosa, José Larralde, Eduardo Falú, Cuchi Leguizamón, Acá Seca, Orozco-Barrientos, Los Olimareños, Carlos Di Fulvio, Liliana Herrero, Teresa Parodi, entre otros.

Este libro, como no podía ser de otra manera, fue escrito, también, bajo la atenta e impiadosa supervisión de El Enzo.

¡Gracias Totales!

Bibliografía

A

Álvarez, Juan: *Las guerras civiles argentinas,* Eudeba, Bs. As., 1984.

Aráoz de Lamadrid, Gregorio: *Memorias,* Eudeba, Bs. As., 1968.

B

Baldrich, J. Amadeo: *Historia de la guerra del Brasil,* Eudeba, Bs. As., 1974.

Balmaceda, Daniel: *Espadas y corazones. Pequeñas delicias de héroes y villanos de la historia argentina.* Marea, Bs. As., 2004.

Balmaceda, Daniel: *Oro y espadas. Desde que Pedro de Mendoza se instaló en Buenos Aires por culpa de un loco hasta cinco minutos antes de mayo de 1810,* Marea, Bs. As., 2006.

Batolla, Octavio: *La sociedad de antaño,* Emecé, Bs. As., 2000.

Beruti, Juan Manuel: *Memorias curiosas,* Emecé, Bs. As., 2001.

Brienza, Hernán: *El loco Dorrego, Marea,* Bs. As, 2007.

Busaniche. José Luis: *Estampas del pasado, Hyspamérica,* Bs. As., 1986.

Busaniche, José Luis: *Historia argentina,* Taurus, Bs. As., 2007.

C

Camogli, Pablo: *Batallas entre hermanos,* Aguilar, Bs. As., 2009.

Camogli, Pablo: *Batallas por la libertad,* Aguilar, Bs. As., 2005.

Carretero, Andrés: *Dorrego, Pampa y Cielo,* Bs. As., 1967.

Chávez, Fermín: *El Revisionismo y las montoneras*, Theoría, Bs. As., 1984.

Chávez, Fermín: *La cultura en la época de Rosas*, Theoría, Bs. As., 1991.

Chávez, Fermín: *La vuelta de Don Juan Manuel*, Theoría, Bs. As., 1991.

Chiaramonte, José Carlos: *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina, 1800-1846*, Ariel, Bs. As., 1997.

Chumbita, Hugo: *Jinetes rebeldes. Historia del bandolerismo social en la Argentina*, Colihue, Bs. As., 2009.

D

DeAngelis, Pedro: *Acusación y defensa de Rosas*, La Facultad, 1946.

De Marco, Miguel Ángel: *Bartolomé Mitre. Biografía*, Planeta, Bs. As., 1998.

F

Ferns, H. S.: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar, Bs. As., 1979.

Fitte, Ernesto: *Dorrego y Rosas. Entretelones del soborno de tropas mercenarias al servicio de Brasil*, Fernández Blanco, Bs. As., 1961.

Font Ezcurra, Arturo: *San Martín y Rosas, Juan Manuel de Rosas*, Bs. As., 1965.

Fradkin, Raúl: *¡Fusilaron a Dorrego!*, Sudamericana, Bs. As., 2008.

Frías, Bernardo: *Historia del general Martín Miguel de Güemes y de la provincia de Salta, o sea, de la Independencia argentina*, Desalma, Bs. As., 1972.

G

Galasso, Norberto: *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín,* Colihue, Bs. As., 2000.

Gálvez, Lucía: *Martín Güemes. Baluarte de la Independencia,* Aguilar, Bs. As., 2007.

Gálvez, Manuel: *Vida de Don Juan Manuel de Rosas,* Fontis, Bs. As., 1984.

H

Halperín Donghi, Tulio: *Historia Argentina. Tomo III. De la revolución de Independencia a la confederación rosista,* Paidós, Bs. As., 1993.

Halperín Donghi, Tulio: *Proyecto y construcción de una Nación (Argentina 1846-1880),* Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980.

Halperín Donghi, Tulio: *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla.* Siglo XXI, Bs. As., 2002.

I

Irausta, Julio: *Vida política de J. M. de Rosas,* Llopis, Bs. As., 1974.

Iriarte, Tomás: *Memorias,* Edic. Argentinas S.I.A., Bs. As., 1947.

L

Lafforgue, Jorge y Tulio Halperín Donghi: *Historias de caudillos argentinos.* Alfaguara, Bs. As., 1999.

Levene, Gustavo: *Historia argentina,* Bs. As., 1964.

López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina,* Kraft, Bs. As., 1913.

M

Mitre, Bartolomé: *Antología,* Ángel Estrada Editores, Bs. As., 1943.

Mitre, Bartolomé: *Episodios de la Revolución,* Eudeba, Bs. As., 1960.

Mitre, Bartolomé: *Historia de Belgrano y la independencia argentina,* Suelo Argentino, Basas., 1950.

Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín y la emancipación americana.* Trazo, Bs. As., sin fecha.

Moniz Bandeira, Luiz Alberto: *La formación de los Estados en la cuenca del Plata,* Norma, Bs. As., 2006.

Moreno, Mariano: *Plan revolucionario de operaciones.* Plus Ultra, Bs. As., 1975.

Myers, Jorge: *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista,* UNQUI, Bs. As., 1995.

Myers, jorge: *Estanislao López, el patriarca de la Federación,* Plus Ultra, Bs. As., 1964.

Myers, Jorge: *Francisco Ramírez, él supremo entrerriano,* Plus Ultra, Bs. As., 1964.

Myers. Jorge: *Güemes, el caudillo de la guerra gaucha,* Plus Ultra. Basas., 1986.

O

O'Donnell. Pacho: *Juana Azurduy,* Planeta, Basas., 1994.

O'Donnell, Pacho: *El grito sagrado.* Sudamericana, Basas., 1997.

O'Donnell, Pacho: *El águila guerrera,* Sudamericana, Basas., 1998.

O'Donnell, Pacho: *Juan Manuel de Rosas,* Planeta, Bs. As., 2002.

O'Donnell, Pacho: *Caudillos del Interior,* Norma. Bs. As., 2008.

Ortega Peña, Rodolfo y Eduardo Luis Duhalde: *Facundo y la montonera*. Plus Ultra, Bs. As., 1968.

P

Palacio, Ernesto: *Historia de la Argentina*, Peña Lillo, 1965.

Pasquali, Patricia: *Juan Lavalle. Un guerrero en tiempos de revolución y dictadura*, Planeta, Bs. As., 1998.

Paz, José María: *Memorias póstumas*, Emecé, Bs. As., 2000.

Peña, David: *Juan Facundo Quiroga,* Hyspamérica, Bs. As., 1986.

Peña, Milcíades: *El paraíso terrateniente.* Fichas. Bs. As., 1969.

Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica histórica argentina*, Codex, Bs. As., 1968.

Pierotti, Edgard: *Rivadavia,* Martín Fierro, Bs. As., 1951.

Pigna, Felipe: *Los mitos de la Argentina*, Norma, Bs. As., 2004.

Pigna, Felipe: *Los mitos de la Argentina 2*, Planeta, Bs. As., 2005.

Puiggrós, Rodolfo: *Historia económica del Río de la Plata,* Peña Lillo, Bs. As., 1948.

R

Ramos Mejía, José María: *Rosas y su tiempo,* Emecé, Bs. As., 2001.

Ramos, Jorge Abelardo: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina,* Distal, Bs. As., 1999.

Reyes Abadie, Washington: *Artigas y el federalismo en el Río de la Plata,*

Hyspamérica, Basas., 1986.

Ribeiro, Ana: *El caudillo y el dictador.* Planeta, Montevideo, 2003.

Roberts, Carlos: *Las invasiones inglesas,* Emecé, Bs. As., 2000.

Rosa, José María: *Historia argentina*. Granada, Bs. As., 1965.

S

Sábato, Hilda Y Alberto Lettieri (Comp.): *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces.* Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 2003.

Saldías, Adolfo, *Historia de la Confederación Argentina,* Hyspamérica, Bs. As., 1987.

Santillán, Diego Abad De: *Gran enciclopedia argentina,* Ediar, Bs. As., 1958.

Sarmiento, Domingo: *Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas,* Emecé, Basas., 1999.

Sebreli, Juan José: *Crítica de las ideas políticas argentinas,* Sudamericana, Bs. As., 2002.

Segreti, Carlos: *Bernardino Rivadavia. Hombre de Buenos Aires, ciudadano argentino.* Planeta, Bs. As., 1999.

Shumway, Nicolás: *La invención de la Argentina,* Emecé, Bs. As., 1993.

U

Un Inglés: *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825),* Taurus, Bs. As., 2002.

Uteda, Saturnino: *Vida militar de Dorrego,* Anaconda, La Plata, 1917.

Uzal, Francisco: *El fusilado de Caseros. La gloria trágica de Martiniano*

Chilavert, La Bastilla, Bs. As., 1974.

V

Varios Autores: *Nueva historia argentina, t. III,* Sudamericana, Bs. As., 1998.

Wilde, José: *Buenos Aires, desde 70 años atrás,* Eudeba, Bs. As., 1961.

Z

Zinny, Antonio: *Historia de los gobernadores* de *las provincias argentinas,* Hyspamérica, Bs. As., 1987.

Índice

Capítulo 1. No hay más macho que la gata. Martina Chapanay 3

Capítulo 2. Un manto de neblinas. Antonio el Gaucho Rivero 3

Capítulo 3. La vertical del madero. Bartolomé Mitre 3

Capítulo 4. Tierra ardiente. Juana Azurduy y Manuel Padilla 3

Capítulo 5. Gerónimo. Gerónimo Costa 3

Capítulo 6. Hermoso viento. Francisco Pancho Ramírez y la Delfina 3

Capítulo 7. La sombra de la Federación. Ciriaco Cuitiño 3

Capítulo 8. El día del árbol. El cacique Arbolito y Federico Rauch 3

Capítulo 9. Caballo de mar. Martín Miguel de Güemes 3

Capítulo 10. Tema del traidor y del héroe. Martiniano Chilavert 3

Epílogo 3

Agradecimientos 3

Bibliografía 3

Esta primera reimpresión de *Valientes*

se terminó de imprimir en Nuevo Offset,

Viel 1444, Buenos Aires,

en el mes de junio de 2011.